

MÓNICA BUSTOS
NOVELA B

Lectulandia

A través de estas páginas, la novel escritora paraguaya Mónica Bustos retoma la tradición del llamado «Cine B» para crear una intensa narración que nos conduce por acciones descarnadas y escenas paródicas, con humor ácido y una cautivadora recreación de elementos bizarros. Una auténtica novela coral, que entrelaza diversas historias y juega con distintos puntos de vista.

El hilo conductor es una bella y enigmática mujer que, en varios sitios de América Latina, aparece y desaparece más allá de toda lógica. Quienes se cruzan en su camino, a veces con fatales consecuencias, se obsesionan con descubrir su identidad.

Así conocemos las historias de quienes giran en torno a ella: una pareja que perdió a su hijo en un accidente brutal e inexplicable; unos viajeros que terminan en alucinantes celebraciones y rituales caníbales; una sanguinaria secta, perseguida por la policía, cuyos miembros creen que la misteriosa mujer es la encarnación profetizada en su libro sagrado; buscadores de ovnis; hombres lobo *beatniks* reunidos en un bar; un cineasta dedicado a documentar perversiones sexuales; unos mineros que, en pleno desierto, buscan cazar al chupacabras; una joven con delirios místicos obsesionada con la sangre; un perturbador asesino serial y otros personajes que dan vida a historias terribles y situaciones tan absurdas como memorables, entrecruzadas a ritmo vertiginoso.

Lectulandia

Mónica Bustos

Novela B

ePub r1.0
WAIF 04.02.14

Título original: *Novela B*
Mónica Bustos, 2013

Editor digital: WAIF
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

«Me gusta la oscuridad. Es amistosa».

Irena Dubrovna. Cat People, 1942

CORNELIUS ESTÁ MUERTO

El oficial que toma la denuncia no cree en fantasmas, así que desestima el caso inmediatamente. Quizás la cosa que se puso enfrente del auto fue un cuervo o un buitre. Algo capaz de huir velozmente de ahí. Para él las cosas son sencillas: si no deja rastros humanos, no es humano. Si no es humano, es un animal.

Vincent limpia el cristal de sus anteojos mientras describe en tiempo presente el recuerdo distorsionado o la alucinación que se reproduce en una especie de pantalla dividida en su mente. Con trompetas mexicanas como banda sonora, su bebé sale despedido por la ventana en *bullet time* y vuela por el cielo azul o nada, nada como en la portada de un disco de Nirvana, mientras él lo ve ahí por varios minutos flotando en el cielo o en el mar, lo contempla desde todos los ángulos mientras el niño descalzo y ligero permanece congelado como un muñeco hiperrealista. Vincent trata de alargar su vida evocándolo con sus palabras detallistas, inventando un fotograma retenido en un mundo paralelo, en un tiempo pasado maquillado de ahora, de presente indefinido. Le adiciona horas a un suceso que no transcurrió ni en un minuto, ni en un segundo.

El comisario contempla compasivamente a ese padre loco y piensa que quizás el tipo perdió el juicio después del accidente. Les dice a él y a su esposa que ya no hay nada que pueda hacer por ellos, las actas del accidente no revelan una cuarta presencia, y en ese pueblo la policía no tiene recursos para investigar algo tan improbable como lo que el señor ha venido a denunciar.

Despide a la pareja con una simplicidad casi irrespetuosa y se asoma a la ventana para cerciorarse de que se alejen con una resignación normal en su Ford sedán rojo por la misma carretera infinita por la que vinieron. Pero lo que ve no es un simple auto rojo echando polvo mientras regresa a la ruta, sino un carro fúnebre sin frenos que pasea por el mundo una sillita vacía para bebé. Se relame la melancolía ajena para hacer pasar el tiempo, hasta que lo interrumpe una voz molesta como el zumbido de un mosquito muy cerca del oído, que le dice que *eso* ya pasó una vez. El que habla es un hombre esposado a un banco, el borracho incómodo al que arresta todos los días para tener alguien con quien hablar. El oficial lo mira por encima del hombro, no quiere darle importancia, prefiere seguir calzándose el dolor de la joven pareja, aunque toda esa situación de empatía sólo lo lleva a cuestionar cosas que no tiene ganas de averiguar, prefiere, más por morbo que por deber, retraerse y contemplar el dolor que la muerte no le ha causado a él; siente un placer repulsivo en las entrañas, típico del pobre diablo con suerte. De pronto, pierde el control y, sorpresivamente, eso se convierte en empatía. Primero una curiosidad instintiva; luego, el sentido del deber que llama. Sin embargo, es muy flojo para realizar su trabajo. Pero el reo, que se refleja en la imitación del RayBan Aviator espejado del comisario, adivina que ese

silencio es finalmente una invitación para contar lo que sabe, y su historia de terror empieza con la clásica fórmula: *Hace tres años, en ese mismo lugar...*

Quince días después, la joven pareja es citada en el mismo pueblo desierto, el comisario ha logrado emprender una pequeña investigación, algo todavía inconcluso, pero al menos un intento por sostener la credibilidad de un padre desolado.

—Voy al grano. Siéntense. Los llamé porque encontramos algo que podría interesarles. El expediente del Caso Islas-Domínguez. Un hombre iba conduciendo por esa misma ruta en la que usted perdió a su hijo, lo acompañaban su mujer y su hija de nueve meses. La pareja mantenía una discusión cuando ocurrió un accidente mortal. La mujer, llamada Isabella Domínguez de Islas, se entregó en marzo del año pasado y ahora espera su condena en prisión. Su declaración podría interesarles.

Llueve. El vehículo se desplaza a gran velocidad. Isabella golpea a su marido por algo que acaba de decir, el hombre con una mano trata de inmovilizarla contra el tablero, antes de que puedan volver la mirada al frente un estruendo los paraliza. La colisión desvía el vehículo a un lado de la carretera, caen en una zanja. Lo primero que se le ocurre a ella es que arrollaron a un perro. Su marido prensado entre el volante y el parabrisas roto intenta desprenderse un pedazo de vidrio incrustado en el lacrimal. La niña llora en algún lugar. Isabella, en estado de shock, baja del auto y ve a una mujer vestida de negro con la cabeza hundida en un charco de sangre sobre el asfalto. Regresa al vehículo y le dice a su esposo que han matado a una mujer. No llaman a la policía, no llaman a una ambulancia, se toman su tiempo para empujar el auto y sacarlo de la zanja. Con una mirada pactan la complicidad y la fuga.

—Vea, no le digo que a su bebé lo mató un fantasma, pero ahora sí creo que ustedes *la* vieron.

Vincent pone cara de película que anuncia una secuela. Su mujer una de zombi con alprazolam y dice:

—Escúcheme... ¿R. Fernández? —titubea al leer el nombre en la placa desteñida del comisario y le escupe el humo de su cigarrillo en la cara—. Lo felicito por creer en lo paranormal. Pero dígame, Fernández, toda esta información... ¿de qué nos sirve ahora? Cornelius está muerto.

LA FIESTA DE LOS MUERTOS

La vegetación cambió sutilmente en los últimos kilómetros recorridos. Estaban atravesando una frontera natural en donde dos tipos de flora se fusionaban. El nuevo paisaje que se formaba parecía un delirio, no había señalizaciones por ninguna parte, tampoco se cruzaron con otros vehículos desde hacía horas, pero era esa misma desolación la que los hacía sentirse observados. Estaban preparados para que la camioneta se quedara sin combustible, la luz de reserva llevaba encendida un buen rato; cuando se detuvo lo tomaron con calma, lo único que les quedaba para comer eran barritas de cereal que guardaron en la mochila, así que fueron caminando a buscar ayuda. Suponían que en algún lugar cercano debía de haber gente, los caminos de tierra tenían huellas de ruedas y zapatos.

Ambos eran jóvenes, vestían ropas sucias, tenían melenas enmarañadas y barbas espesas, cargaban con mucha meticulosidad un mapa en progreso en el que uno de ellos, cualquiera que lo tomara, iba dibujando los caminos a medida que transitaban. Desde lejos parecía sólo un gran garabato sin pies ni cabeza, sin puntos cardinales. Desde cerca se confirmaba que era eso. A pesar del caos cartográfico, los dos hombres reconocían cada uno de los cruces, cerros o lagunas que dejaban atrás con sólo echarle un vistazo al mapa, o podría decirse que era el propio mapa el que se ayudaba de sus memorias para reconocerse a sí mismo. Siguieron marcando puntos y líneas, curvas y espacios que sólo cobraban sentido cuando ellos los recordaban. No era un mapa que guiaba hacia dónde seguir, sino cómo regresar.

Llegaron a un poblado tranquilo con construcciones alpinas al pie de un cerro, se quedaron en lo que parecía ser un albergue. Había un cartel en alemán y señalizaciones con íconos de una cama y de una taza. El interior estaba decorado con viejos pósters de películas europeas, las mesas y sillas eran de diferentes estilos y algunas parecían estar ahí sólo para ocupar espacio pero no para ser utilizadas. Escogieron sentarse en unos sillones bajos enfrentados a una mesa de café y, mientras esperaban que alguien apareciera, hablaron sobre la diferencia entre una piscina y una pileta, al final estuvieron de acuerdo con que en ese momento a los dos les habría gustado chapotear en cualquiera de ellas.

Al rato, una mujer de rostro infantil y piernas salvajes los atendió, tenía grandes senos medio descubiertos y los dos pensaron lo mismo: habrían apostado que su nombre era Helga, pero no apostaron, los visitantes sólo querían agua servida en vasos, esperando que de esta manera no tuvieran que pagar nada. La mujer de profundos ojos azules y rodete dorado recogido por encima de la coronilla no hablaba castellano, aunque se esforzó en darse a entender. Al principio, los extranjeros pensaron que la mujer tenía alguna discapacidad o trastorno del lenguaje, hasta que detectaron que podría tratarse del dialecto hunsrückisch, con influencia de portugués,

guaraní, italiano y castellano. Al ver que no la entendían, la mujer fue a buscar a una intérprete, idéntica a ella físicamente, pero su vivacidad la elevaba a un plano completamente diferente. Se expresó correctamente en castellano, aunque con acento germano, y aclaró que el agua no era gratis, al contrario, era lo más valioso en el pueblo. Ellos sólo tenían unos cuantos billetes y monedas que en ese lugar no servían para nada. Las gemelas se cruzaron de brazos para reclamar el pago y a ellos se les pasó por la mente la imagen de sus huesos olvidados en un calabozo en medio de esa selva sólo por no poder pagar la cuenta. Mientras pensaban en una solución, entró al comedor un tipo raro con chaleco caqui manchado con café o con tinte de cabello y al ver la situación se hizo cargo poniendo algo en las manos de las mujeres; con esto las dejó satisfechas, se sentó junto a los forasteros, les invitó pulque de guayaba y les habló del torneo de fútbol local. Fue directo: consistía en un hexagonal y faltaban jugadores para uno de los equipos. Los extranjeros no estaban en condiciones de negarse, no sólo porque el extraño les pagó la cuenta, sino porque sabían que no tardarían en volver a tener sed. De todas formas, no tenían prisa ni nada podían perder.

Todo fue extraño desde el principio. No sólo porque no se aclararon las reglas del juego, ni porque se les midió la altura y el tamaño de la cabeza antes de empezar, ni porque cada equipo sólo contaba con cuatro integrantes, sino por el enrarecido ambiente general; no había entusiasmo en el resto de los jugadores, a excepción de dos gringos que aunque no podían comunicarse con nadie, porque sólo hablaban en inglés, se empeñaron en ganar todos sus partidos. Los dos equipos finalistas estaban compuestos por extranjeros y nativos, dos y dos por cada uno.

Antes del juego final se sirvió a un lado de la cancha, que sólo era un rectángulo con dos arcos de madera, una barbacoa que se cocinó a fuego lento bajo la tierra. En una larga mesa, la única con mantel, se acomodaron hombres con guayaberas blancas y mujeres con vestidos también blancos e invitaron a los finalistas a acompañarlos.

—¿Qué es esto? —preguntó uno de los extranjeros cuando le sirvieron el plato.

—Eso es intestino grueso relleno de sesos y médula espinal. Un manjar —contestó un tipo apuesto que fumaba un cigarrillo artesanal con guante de cuero a pesar del calor, la otra mano no se le veía, probablemente acariciaba bajo la mesa el muslo de la morocha sentada a su lado.

—Qué extraño... —murmuró otro extranjero.

—¿Extraño por qué? —dijo el galán que bien podía haber sido un robot o un experimento genético. Medía seguramente un metro noventa, sus ojos celestes casi transparentes, angelicales, flotaban en el suave rostro blanco enmarcado por una abundante cabellera rubia. Tenía el mentón de Marlon Brando y labios carnosos demasiado humectados y rosados como para ser reales, su dentadura inmaculada era casi perfecta, sólo tenía una ligera separación entre los dos dientes delanteros.

—No se ofenda, amigo. Es sólo que me resulta raro...

—Amigo no. Stammer. José Stammer —interrumpió haciéndose escuchar por todos los que compartían su mesa.

—Encantando —respondió el extranjero, se levantó y extendió su mano para estrechar la de Stammer—. Martínez, José Martínez.

Pero Stammer no le estrechó la mano.

—¿Qué es lo que le resulta raro, Martínez?

—Sin ofender, creo que es bastante desagradable la idea de que sesos y médula espinal puedan mezclarse y compactarse y ser introducidas en una cavidad por donde pasaba la comida digerida, en donde se formaban las heces. Es como inducir a un ser al canibalismo post mórtem. O peor, porque es como si se comiera a sí mismo y luego se defecara. Imagínese, defecando sus sesos y médula espinal. Partes anatómicas tan distantes unas de otras, con funciones vitales tan diferentes. Al final es tan sensible e insignificante el cuerpo, quiénes somos nosotros para disponer de un tercero por placer cuando no hay voluntad ni fuerza que lo proteja. ¿En qué se diferencia un necrófilo de un carnívoro? Quiénes somos nosotros, los hombres, para faltar el respeto al cuerpo de otro ser.

—¿Va a comerse eso o sólo va a filosofar al respecto? —preguntó Stammer golpeando el plato de Martínez con un cuchillo.

—Lo siento. Se me pasó el apetito.

—Debe probarlo, es una ofensa si no lo come. En este pueblo no desperdiciamos nada.

La mujer de Stammer se rio como si acabara de escuchar lo más gracioso del mundo y al hacerlo quedaron al descubierto las piedras azules incrustadas en sus dientes. Era una morena de cuerpo macizo como una figura de madera tallada por la fantasía colectiva de hombres con grandes expectativas. Se paró una sola vez y bastó para que los que no la conocían se enteraran de que sus muslos eran la ley. Sus pechos pequeños y elevados ya habían sido captados desde un principio por los extranjeros. De cabello negro y largo, ojos pequeños y felinos, la mujer tenía una belleza de otro planeta. Los otros comensales hicieron silencio para escuchar a Stammer y luego regresaron a sus propias conversaciones en su idioma, sólo algunos observaban de reojo a los extranjeros sin animarse a hablarles.

Stammer encendió otro cigarrillo y después de una bocanada se dirigió a los jugadores avisando que el partido empezaría en breve, se disculpó y abandonó la mesa.

Los jugadores no hablaban entre sí, no había nada que discutir, la estrategia era simple: ganar. Aunque hubieran tenido que comunicarse, los extranjeros no habrían sabido cómo hacerlo, sus compañeros sólo hablaban en el dialecto que ellos no entendían.

El ingreso a la cancha fue silencioso, no hubo recibimiento, los rostros de los espectadores expresaban gravedad o solemnidad, más que un partido de fútbol el evento parecía un ritual. Desde un inicio el torneo fue extraño, pero no hubo tiempo para conjeturas sino hasta ese partido final. Había algo más que diversión en el hecho de jugar con taparrabos o en la imposición de capas para no ser descalificados. A algunos inclusive, hasta les pusieron máscaras de goma o de cuero. No usaban camisetas, los equipos se diferenciaban por los colores con los que les hicieron pintar el cuerpo.

Hacer los goles era sencillo, los rivales eran flojos, sólo los gringos querían ganar, sus compañeros nativos hacían el menor esfuerzo posible; iba venciendo el equipo de los extranjeros que hablaban español. En determinado momento, Martínez se detuvo y le dijo a su amigo:

—Mira alrededor. Creo que es aquí.

Su compañero echó un vistazo a las graderías.

—Entonces era cierto, existe.

—Sí, llegamos.

Les hicieron un gol mientras estaban de espaldas y eso les sirvió para reincorporarse. El partido había que rematarlo de una vez y volver a lo de ellos. Qué era eso, volver a qué. Para eso el mapa, para no olvidar que en algún lugar algo empezó.

El silbato sonó para dar por terminado el encuentro y entonces la gente festejó con aplausos. El gobernador, un anciano en uniforme militar que parecía disfraz de Día de Brujas, se acercó a presentar sus respetos a los campeones. En realidad era el uniforme que usó en una guerra y que nunca se había sacado más que para remendarlo o ajustarlo a las nuevas medidas que el tiempo esculpía en él, y así varias décadas después lo que quedaba del uniforme original era mínimo.

Todavía el premio no había sido develado, pero los dos forasteros que habían llegado sin nada se tranquilizaban ahora pensando que gracias a eso podrían confiar en que esa noche no los dejarían sin comida ni techo.

—¿Saben que llegaron justo para la Fiesta de los Muertos? —preguntó Stammer sosteniendo una copa de vino.

Stammer debía de ser alguien importante. Tenía la arrogancia de quien sabe que nadie le negará nada y hasta parecía causar temor en algunos.

—¿Aquí se celebra el Día de Muertos? —preguntó Martínez.

—No es un día. Es una temporada. Son los meses de recolección de la cosecha que finalizan con un evento astronómico, cuando el Sol pasa por el nadir —dijo Stammer.

—¿Nadir? ¿Y qué se hace?

—Ya lo sabrán —dijo apartando a los ganadores de la multitud—. ¿Cómo me

dijeron que llegaron hasta aquí?

—No le dijimos todavía, la verdad es que mi amigo y yo llegamos por casualidad.

—Casualidad es el segundo nombre del diablo —murmuró Stammer con una sonrisa extraña.

—A esta altura de mi vida, creo que casualidad es mi segundo nombre... Le decía, emprendimos el viaje en busca de los pueblos en los que vivieron los nazis que se ocultaron en Sudamérica después de la guerra, sabemos que estuvieron por Argentina, Brasil, Uruguay y Paraguay. ¿Ha oído hablar de La Campana? Los nazis estaban desarrollando un modelo de máquina de tecnología avanzada con propiedades anti-gravitacionales. Tenemos información de que el prototipo fue traído en un avión de seis motores desde Noruega. Si esta máquina se llegó a terminar quizás sirva de explicación para muchos de los avistamientos de objetos voladores no identificados...

Stammer se echó a reír.

—Hablo en serio. Sé que suena ridículo, pero el caso es que cualquier información nos servirá, lo que nos interesa es documentar el paso de estos científicos por acá, pero sobre todo, qué tan sostenible es la versión de que siguieron trabajando en La Campana. Si esa máquina fue construida y probada en Sudamérica, alguien en algún lugar debió de haberla visto, o sus padres o abuelos. Éste no es sólo un trabajo, es una promesa. Una misión. Queremos comprobar que pudo ser posible o desmentirla de una vez por todas. Llegamos por casualidad, pero sabemos que es adonde queríamos llegar porque este pueblo tiene muchos...

—*Zwillingen*.

—¿Perdón?

—*Zwillingen*. Gemelos.

—Exacto. ¿Cómo supo que iba a decir eso?

—No son los primeros cazadores de nazis que llegan a la aldea.

—Pero no somos...

—Aquí ya lo hemos visto todo. Lo hemos escuchado todo. No son los primeros que fingen llegar por casualidad y se interesan por los gemelos. Todo el mundo sabe que el doctor estuvo aquí...

Lo interrumpe un grito masculino que viene de lejos. Los extranjeros preguntan qué fue eso.

—Es la señal de que la fiesta ha comenzado. Regresemos, nos esperan — Stammer hace un gesto con la cabeza para que lo sigan de vuelta al lugar en el que se jugó el partido—. Entre los años cincuenta y sesenta el pesticida DDT causó infertilidad a humanos y animales, pero a finales de los sesenta el doctor llegó hasta aquí con un equipo avanzado de medicina, podía hacer cosas que dejaban a la gente con la boca abierta. No podía pasar desapercibido, era fascinante. La gente lo quería

porque él podía curarlo todo, realizaba trasplantes de huesos para que algunos fueran más altos, hacía transfusiones de sangre, podía preñar animales de granja con sus propias manos, y lo que hacía con los animales podía hacerlo con humanos. El doctor hacía inseminación artificial cuando en este continente casi nadie sabía lo que significaba eso.

—¿Quién era ese doctor?

—Joseph Mengele, claro. Aquí se lo conoce simplemente como el Doctor. En los sesenta el servicio secreto israelí, Mossad, localizó a Eichmann en Argentina, lo secuestraron y lo llevaron a Jerusalén para ser juzgado y ejecutado. Mengele también vivía ahí, pero después de eso fue al Paraguay a solicitar protección, el presidente de ese país se la dio. El doctor obtuvo la nacionalización paraguaya para evitar ser extraditado. Desde entonces anduvo por aquí y por allá, Paraguay y Brasil alternadamente. En este pueblo no había nada, ni diarios ni radio, el doctor podía usar su verdadero nombre e igual nadie habría sabido quién era. No era extraño un alemán aquí, nada de esto existiría si no hubiera sido por inmigrantes. Nadie sabía nada sobre su pasado, era común ver hombres con una esvástica tatuada en la axila y a nadie le molestaba. Y aunque así fuera, el doctor ni siquiera tenía el tatuaje. Nuestra escuela fue levantada por nazis, en ella se izaba la bandera del Partido Nacionalsocialista. Pero eso fue hace muchos años; ser nazi es un concepto político y la política no tiene sentido aquí. Aquí no somos nazis, ni racistas, sólo buscamos la pureza de la sangre. Buscamos la perfección. Algunos creen que porque soy ario soy racista, se equivocan.

—¿Perdón?

—Convivimos varias razas aquí, pero lo más puro de cada una. Sucede como en el torneo que acaban de ganar, todos los equipos débiles fueron eliminados y quedaron los mejores, ustedes.

—Creo que esto no dista mucho de ser un discurso nazi. Yo no lo quiero escuchar, permiso... —se disculpó Martínez e hizo un gesto a su compañero para que lo siguiera.

—¿A dónde creen que van? No pueden abandonar la fiesta —dijo señalando hacia donde estaba la cancha.

Parecía que empezaba un espectáculo, aborígenes enmascarados bailaban en ronda y cantaban en alemán, las graderías estaban repletas y en silencio.

—Solamente queremos la información que vinimos a buscar, luego nos largaremos. No somos espías ni cazadores nazis, esas cosas ya no existen, dejen de ser paranoicos.

—Y lo dicen ustedes que vienen a buscar un ovni. Miren, el doctor no estaba trabajando en La Campana. No era su área, esos estuvieron en Bariloche. Él trabajaba en genética... Y como todo genetista, transfirió sus conocimientos de generación en

generación... —sonrió soberbio.

—¿De qué está hablando? ¿Formó discípulos? ¿Hay pruebas de que estuvo por acá?

Stammer le puso un brazo en el hombro y lo miró a los ojos.

—Digamos que aquí no hay ninguna máquina voladora, pero tenemos un interesante laboratorio de biología.

Los extranjeros se miraron sonrientes, primero con incredulidad y luego, cuando se dieron cuenta de que el hombre hablaba en serio, se miraron con sorpresa. Uno de ellos se apresuró a sacar una filmadora de su mochila.

—¿Podemos verlo?

—Sí, lo van a ver... —se rio Stammer—. Pero la cámara se queda aquí.

Detrás de esas últimas palabras, que no deberían de haber significado más que un simple procedimiento rutinario o una mínima exigencia para el resguardo del patrimonio del pueblo, se asomó con impaciencia una intención oscura, un ápice de locura imposible de seguir ocultando. Todo se volvió blanco y negro. Y frío. El tiempo se movió de manera diferente. Aparecían ahora los epígrafes que explicaban todo lo que había sucedido antes. No fue sino hasta ese momento en que los dos extranjeros que llegaron por casualidad se dieron cuenta de que algo malo estaba sucediéndoles. Stammer dejó de sonreír.

—¿Dónde están los otros jugadores? Los que perdieron —preguntó Martínez sin apartar la mirada de aquella ronda de hombres aborígenes que cantaban en alemán.

—Están ahí, en el medio —asintió Stammer, confirmando las sospechas—. No eran aptos.

Los extranjeros ya no querían saber aptos para qué, en ese momento sólo buscaban con la mirada por dónde huir.

—Pueden intentar irse, pero sepan que de todas formas van a terminar aquí —señaló con la mirada a unos hombres que abrían la puerta doble de una choza—. ¿Están familiarizados con la eugenesia? Intervenimos para mejorar biológicamente a las personas —bastaron estas palabras para dar cuenta de la similitud de esas guayaberas blancas con batas de médicos—. Ustedes tienen material en condiciones óptimas y nosotros somos proveedores. Seleccionamos lo que sirve de lo que no sirve. El material que no es bueno, es mejor que no se reproduzca, aunque no desperdiciamos nada. Ustedes no tienen por qué preocuparse de eso, tienen el mejor de los destinos. Será una vivisección rápida y entretenida, podrán ver el laboratorio y el procedimiento desde el mejor lugar ya que no estarán anestesiados. Harán muy felices a los receptores. Y no se preocupen, como ustedes ganaron, no vamos a meterles sus sesos por el recto.

DILA DUBI BEBE SANGRE EN LA TELEVISIÓN

La vi por primera vez en Quintana Roo. Yo, en Quintana Roo; ella en la televisión. El rumor sobre su existencia se propagó hasta convertirla en leyenda, pero un instante en la pantalla hizo que fuera certeza. El rumor se disipó, pero ya era muy tarde para deshacer la leyenda. Lo que obtienes de una certeza con un pasado legendario es un motivo de fe. Imagínese que está cambiando de canales y en eso ve a Dios. Nunca supo cómo luce, quizás nunca creyó que existiera, pero al verlo sabe que es Dios. ¿Qué haría entonces? Yo presté atención. Ella se veía fastidiosamente ridícula. Era una versión barata de Maila Nurmi, tan patética que hasta los otros fenómenos se reían de ella. El vestido negro pudo haberlo comprado en cualquier tienda de disfraces y seguramente en el camerino la maquillaron para que diera miedo, hasta le pintaron cejas profundamente arqueadas y delgadas como patas de araña, pero más que espanto era un chiste. Toda acartonada, con la más forzada imagen de vampira. Sólo le faltaban colmillos, fueran implantes de porcelana o uno de esos de plástico que se venden por docena.

Miré a los otros tipos que estaban en la cantina, todos la miraban como si los hipnotizara, cualquiera habría creído que estaban escuchando pero probablemente era el efecto de las antenas que se alzaban en la frontera de su escote y que al mínimo descuido quedarían al descubierto. Era una vampira chafa, pero cómo no mirarla, caray, a esa mamacita la dejabas que te chupara hasta el hueso. Aunque era jovencísima para mí. Joven entonces y joven hasta ahora. Llamaba tanto la atención que hasta yo alcé la vista cuando le plantó ese mordisco en el cogote a una gallina. El pobre animal se puso a chillar y aletear, hasta que ella le miró a los ojitos y la gallina se dejó desangrar en sus brazos, tranquila, como adormecida pero no muerta.

Unos chavos en la mesa de al lado hablaban de lo que veían, creían que todo ese *show* era real; si creían en las brujas cómo no iban a creer en la vampira. «¿Recuerdan al Vampiro de Sacramento?», preguntó uno. «El que licuaba órganos y sangre de sus víctimas para beber y después comía los sesos». Y otro que de lejos parecía normal aportaba: «Y el brasileño que mató niños para beber la sangre y renovar la suya».

Típico, cuando se habla de vampiros latinoamericanos, todos recuerdan al brasileño, pero ni siquiera saben su nombre. Yo sí lo recuerdo. Marcelo Costa de Andrade, conocido como *El Vampiro de Rio de Janeiro*. Nacido en 1966. Asesinó a catorce chicos menores de trece años entre 1991 y 1992 en Niteroi, ciudad del Estado de Río de Janeiro. Atraía a los chavitos de las favelas prometiéndoles comida, cosa que cumplía pero después de golpearlos, violarlos y decapitarlos para beber la sangre. Nunca faltaba una bandeja con comida junto a los cadáveres. Era un ferviente seguidor de la Iglesia Universal del Reino de Dios y no hay chispa más poderosa que

la religión para encender los ardores reprimidos más siniestros. Cuando lo atraparon en 1992, después de que una de sus víctimas lograra escapar, Andrade confesó que les hacía el favor de mandarlos al cielo antes de que tuvieran tiempo de pecar. Ya lo había dicho el pastor de su iglesia: el que muere antes de los trece años va al paraíso. No sentía remordimientos, para él los asesinatos fueron una misión de intercambio con sus víctimas, el cielo por sangre pura.

Terminé riéndome de esos pendejos que presumían de lo que no conocían, siempre las mismas mamadas; esos pinches mamones que leen algo en un blog de curiosidades y ya se creen expertos. Igual que esas personas que no han visto la película pero hablan de ella sólo porque leyeron un par de reseñas. Pero yo soy de los que han filmado la película. «¿Ustedes creen que la chica de la tele es como Andrade o Richard Chase? No tienen idea de lo que están diciendo», les reclamé. «Nos la pelan, los tres están igual de enfermos», se burlaron ellos y me dieron la espalda. Hasta que alguien en otra mesa, un tipo con rasgos indígenas, un hombre sin edad, dijo algo que me pareció interesante. Sus palabras hicieron eco en mi cabeza: «No, todos estamos enfermos. La cuestión es encontrar a quien tiene el antídoto».

Lo miré a los ojos, vi sus pupilas perdidas en el brillo de la televisión y, entonces, al mirarlo a él comencé a verme a mí mismo. Él levantó su lata de Coca-cola, «A la salud de Chase», dijo y me guiñó un ojo. Pedí una igual y brindé de lejos, a la memoria de Richard Chase que bebía Coca-cola con sangre y ahora se estará pudriendo en el infierno.

Aquel día las tuve a las dos. A Dila Dubi y a Morena Iglesias. Las tuve frente a mis ojos y en mis fantasías. Morena, la mujer más bella que jamás haya existido, estaba sentada del otro lado del salón con las piernas cruzadas, su rostro angelical destellaba detrás de un abanico como para confirmar que no se puede tapar el sol con un dedo. Cuando me acerqué se descubrió y pude verle la boca rota. La herida todavía estaba abierta y ninguno de los dos teníamos intención de verla cicatrizada. No era la primera vez que nos cruzamos, pero con ella siempre parecía la primera.

Morena no alcanzaba a ver el hilo de sangre que le colgaba del mentón, pero sabía que estaba ahí. Yo creo que tenía la mandíbula anestesiada, cualquier otra mujer habría estado llorando, sin embargo ella sólo me miraba con carita de no-me-digas-que-tengo-baba-ensangrentada-colgando-del-mentón. Por eso no le dije nada y dejé que ese corte fresco se interpusiera entre nosotros en silencio. Ella tampoco habló y en la televisión Dila Dubi hacía lo mismo.

Al ratito, Morena escribió en una servilleta: *Síndrome de Renfield*, y yo la miré sin entender a qué se refería. Ella levantó los ojos, y luego las cejas, señalando el televisor. Entendí que trataba de decirme que Dila Dubi padecía el síndrome de Renfield. Después hizo un dibujo, un garabato parecido a Sudamérica.

—¿Ahí?

Búscala aquí, fue lo que entendí, pero tal vez sólo quiso decir *búscame aquí* y dibujó una x en el corazón del mapa como si un tesoro estuviera enterrado ahí.
Buscarla. Eso es lo que hago desde aquel día.

AQUÍ HASTA LOS PLATILLOS VUELAN

ADVERTENCIA. Éste es un documento SUPERSECRETO que contiene información clasificada esencial para la seguridad nacional de la República de Bolivia. La inspección o uso por personal no autorizado está estrictamente prohibida y punible por la ley.

LUGAR: TARIJA/BOLIVIA

FECHA: 1964 / día 13 de marzo

Involucrados:

Jefe de la Fuerza Aérea, René Barrientos

Mayor Héctor Quintanilla

Dr. Josef Allen Hynek

Marcial Andrés Montenegro

Marciano Montenegro

Víctor José Arce

Resumen

—En fecha 9 de enero de 1964 y a hora no especificada pero referenciada como el ocaso, el señor Marcial Andrés Montenegro, carpintero, relata que se encontraba en compañía de su hijo Marciano Montenegro y del ingeniero Víctor José Arce yendo hacia la zona montañosa próxima a la frontera con Argentina cuando vieron descender en el cerro El Zaire un gran objeto metálico ovoide de aproximadamente 4 metros de diámetro. El artefacto descendió en forma vertical suavemente y antes de tocar tierra produjo una poderosa luminosidad para después desaparecer entre la vegetación.

El señor Marcial Andrés Montenegro acudió al comando de aviación a denunciar el suceso y para requerir respuestas al respecto y aunque no lo acompañaron los otros testigos aseguró tener pruebas suficientes para respaldar su historia. Al preguntársele qué clase de pruebas, respondió que el objeto volador no identificado dejó su huella en el cerro y además dejó caer una pieza que él recogió.

Al día siguiente efectivos del Grupo Aéreo de Cobertura Militar lo visitaron en su domicilio para recoger las pruebas de las que Montenegro había hablado, además insistieron en entrevistar a los otros dos testigos; uno de ellos el hijo de 8 años, Marciano Montenegro. El niño parecía estar bastante consternado por la experiencia rehusándose a hablar sobre el avistamiento. En cuanto al ingeniero Víctor José Arce, no fue posible encontrarlo.

El señor Marcial Andrés Montenegro entregó a los efectivos militares un objeto parecido a una roca negra con brillo metálico, rescatado del lugar donde descendió el ovni. La pieza fue entregada a su vez por los militares a un representante de la USAF para fines investigativos. Cuando subieron a la cima del cerro vieron la huella de la que Montenegro hablaba, tratándose ésta de arena y rocas graníticas fundidas que formaban un círculo de 4,44 metros de diámetro. Se tomaron muestras del suelo y se ordenó al testigo que no volviera a hablar de aquello con nadie.

En el año 2000, el hijo de Marciano Montenegro le compró a su padre una computadora con conexión a internet por su cumpleaños número cuarenta y cuatro. Derlis Montenegro explica a la cámara del Canal de la Historia por qué decidió hacerlo:

«Desde que tengo uso de razón veo a mi padre observar el cielo en busca de objetos o luces inusuales comparables a lo que llegó a ver con mi abuelo cuando él era apenas un niño. Nosotros siempre fuimos una familia humilde con empleos modestos, pero en los últimos años tuve éxito en lo que realmente me apasiona hacer, por eso cada vez que puedo hago algo por mi papá. Por ejemplo, durante muchos años utilizó un telescopio casero, hasta que en el 98 le regalé un telescopio Carton.

Finalmente en el 2000 decidí comprarle la computadora, para que tenga acceso a internet y pueda investigar sobre lo que le interesa: la visita de los extraterrestres».

Bill Birnes, columnista de la revista *UFO* y conductor del programa Cazadores de Ovnis, le dice al traductor lo que debe preguntarle a Marciano. El intérprete simplemente le pide a éste que resuma la historia de su padre. El señor Montenegro responde:

«En 1964, cuando todavía vivíamos en Bolivia, mi papá, yo y uno de sus amigos vimos en el cielo una cosa enorme con forma de plato volteado flotando en el aire, estuvo en un mismo lugar girando sobre sí mismo, era de color metálico y luego comenzó a bajar en forma recta lentamente sobre el cerro. Antes de perderse detrás de los arbustos, creo que cuando tocó tierra, se encendió una luz impactante, como si fuera una explosión o un relámpago muy brillante, pero en ningún momento hizo ruido. Nada de ruido. La cosa medía como cuatro metros de diámetro, uno podía calcularlo a simple vista. Había llovido un poco antes de que lo viéramos, y como a las cinco de la tarde, justo cuando el cielo se estaba despejando ahí fue que lo vimos».

Pat Uskert se quita el gorro azul para abanicarse con él, no está acostumbrado a este tipo de calor húmedo. Observa la colección de recortes de diarios y las fotografías organizadas por años y lugares. Se dirige a Marciano preguntando qué pasó con los otros testigos y dónde están las pruebas de lo ocurrido en 1964 que mencionó a MUFON, la organización que investiga los avistamientos de ovnis.

«A finales de los setenta mi padre falleció y como mi mamá es paraguaya nos mudamos para acá, para estar con su familia. Pero yo no pude olvidarme nunca de lo ocurrido esa tarde, porque por culpa de eso mi padre se fue de este mundo señalado como loco y yo soy el único que sabe lo que ocurrió ese día, el único que puede reivindicar su memoria sacando la verdad a la luz. Hace veinte años que dirijo el Museo de las Sillas de la ciudad de Luque. Tengo más de tres mil réplicas de sillas de diferentes épocas que yo mismo hice. El museo abre entre semana hasta las cuatro de la tarde y el resto del tiempo me dedico al Club de Avistadores de Ovnis del Paraguay que fundé en 1989. Hace ocho años, cuando mi hijo me regaló la computadora, descubrí que existía la organización MUFON y ahora soy uno de los miembros que más imágenes aporta desde Sudamérica, además tengo una foto en especial que a ellos les interesó y creo que ésa es la razón por la que ellos les pidieron a ustedes que investigaran mi caso. También gracias a internet pude rastrear al amigo de mi padre y tercer testigo, Víctor José Arce; pero sólo para descubrir que ya estaba muerto. La hija me contó que ella también estaba enterada del avistamiento del 64, pero que su padre nunca habló públicamente de lo sucedido por temor al ridículo, ya que eso sería suficiente para perder su empleo. Por otra parte, mi padre me legó una pieza que creía que se desprendió del ovni, era un pedazo de material parecido al acetato pero con

una extraña flexibilidad, nadie más sabía que lo tenía; lo encontró en el lugar del suceso junto a lo que parecía una roca metálica que fue entregada a los militares por cuestiones de seguridad nacional. Ellos estaban enterados de todo, pero le prohibieron hablar de eso».

Bill le pregunta en dónde escondió el objeto que le dio su padre.

«Lamento decirles que no podremos contar con esa evidencia física —responde Marciano mirando a la cámara—, tenía tanto miedo de que los Hombres de Negro viniesen a buscarme, que lo escondí tan bien que ya no sé dónde está».

Jeff Tomlinson, uno de los investigadores del programa televisivo, le cuenta que han buscado archivos oficiales en Santa Cruz para probar que su padre había denunciado el avistamiento a la Fuerza Aérea Boliviana, que los militares habían registrado el hecho y que además confiscaron las evidencias. Sin embargo —le dice—, nada de esto está registrado, no hay archivos policiales, ni periodísticos, ni militares que contengan el informe de Marcial Andrés Montenegro. Bill lo interrumpe respondiendo que eso no quiere decir que los militares no hubiesen estado enterados del hecho sino que podía deberse a que quizás el informe fue clasificado como secreto.

Después de la entrevista en el Museo de las Sillas viajaron a Tarija para que Marciano les enseñara la ubicación exacta donde el ovni descendió; en el lugar se pudo observar a simple vista que algo extraño ocurrió ahí, todavía se notaba el círculo de rocas fundidas y no crecía vegetación sobre él. Antes de irse hicieron algunas tomas del lugar y recogieron muestras para analizarlas.

Dos semanas después Derlis recibe un correo electrónico y sabe que el contenido del mismo decepcionará a su padre.

—Papá... —le dice, parado en la puerta del observatorio casero—. Recibí un mail de parte de los productores del programa Cazadores de Ovnis.

—¿Qué pasó?, ¿qué dicen? ¿Analizaron las fotos? ¿Descubrieron algo?

—Papá, no son buenas noticias. Dicen que no hay material suficiente para hacer un programa con tu caso.

Marciano se baja los anteojos y lo mira atentamente:

—Toda mi vida se basa en este caso pero... ¿no es suficiente para un programa?

—Tranquilo, papá. Solamente dicen que no tienen suficiente material porque no obtuvieron el fragmento del ovni y porque los otros dos testigos no continúan vivos. A eso le sumamos que no hay documentos oficiales que respalden lo que sucedió aquel día...

—¿Y las fotografías de los otros avistamientos? ¿Qué hay de todas esas fotos que les entregué?

Derlis acerca una butaca de madera y se sienta junto a su padre con aire compasivo.

—Analizaron esas fotos. Son aviones, papá.

—¿Aviones? Pero no parecen aviones.

—Las analizaron expertos, no hay nada más que discutir, son fotografías de aviones y algunas son fotografías nocturnas de cosas que flotan en agua, un reflejo en el vidrio o un brillo inusual de alguna estrella. Sólo hay una fotografía que podría ser importante, la del disco flotando sobre el cerro Guazú, han certificado que no hay retoques digitales en ella y nadie ha sabido decir qué podría ser.

—No estoy loco —Marciano sujeta del brazo a su hijo—. No fue mi intención hacer pasar fotos de aviones como ovnis, estaba convencido de que eran objetos desconocidos, otras fotografías me las cedieron miembros de mi club. Pero juro que lo que pasó en el 64 fue real.

—Sé que no estás loco y que es cierto que vos y mi abuelo vieron algo de otro mundo en el 64. Pero tenés que saber que siempre el noventa y cinco por ciento de los misterios en realidad pueden ser explicados de las formas más sencillas. En tu caso, por ejemplo, un avión diferente, una nube de forma extraña, un reflejo del sol, una ilusión óptica, un satélite. Pero eso no quiere decir que estés loco, porque hay un cinco por ciento de hechos misteriosos que nunca podrán ser explicados simplemente porque no tienen explicación. Y no tenés de qué avergonzarte, sólo sos uno de los testigos incomprensidos del cinco por ciento de los misterios que no pueden ser resueltos.

VIDA Y MILAGROS DE SANTA AVA

El iPod de Ava ya no tiene memoria para canciones nuevas, pero de todas formas tiene todas las que necesita para hacer su terapia. Ocurre que Ava ha recibido toda clase de tratamientos psiquiátricos que van desde la hipnosis hasta la estimulación magnética transcraneal. Pero nada ha funcionado tan bien con su mente como la música. La doctora le prestó un iPod, le dijo que se pusiera los auriculares y escuchara cualquier canción apenas las voces comenzaran a aparecer. Ella le hizo caso; al principio se mantuvo escéptica, luego fue aumentando su dosis por placer, y a veces, como si fuera una adolescente que se deja llevar por el fanatismo extremo, se toma muy en serio lo que escucha. Su psiquiatra ignora que ahora las voces se han colado por los cables y se disfrazan de tipos en los que ella confía. Gustavo Cerati, Paul McCartney, León Larregui. Hay mensajes en todas partes. Todo sucede a través de las palabras, de los estribillos, ve en las metáforas ideas claras, casi literales, con las que se identifica. Es capaz de analizar una frase a la que no le encuentra sentido durante varios días, hasta encontrarle el sentido. Más de una vez se quedó bailando en medio de la calle con los ojos cerrados, pero al menos ha tenido la suerte de que los coches la esquivaran a tiempo. No era que no le importara morir, tan sólo no sabía qué podía pasar. Es lo que sucede con la gente que tiene mucha suerte, no saben lo que es tener mala suerte. Y en cuanto se enteran, comienza a irles mal.

La doctora lleva un cuaderno en donde registra cada avance de la paciente, padece delirio místico mesiánico desde hace muchos años. Aunque decir *padece* es una mera formalidad, los que literalmente lo padecen son sus devotos, ella parece disfrutarlo. Ava cree que su sangre tiene el poder de sanar a la gente. De cierta forma eso es verdad, aunque no de la forma en la que ella cree.

Su psiquiatra llegó a convertirla en su propio reto profesional, hasta escribe un libro basado en su caso. Tratándola llegó a sentir algo que no había sentido nunca antes, gracias a ella reafirmó la razón que la llevó a estudiar psiquiatría. Había tomado de la sociedad a una persona enferma y ahora estaba a punto de devolver al mundo a una mujer sana y normal. «En unos meses más, Ava será una persona nueva», llegó a pensar.

Lamentablemente hoy aquella esperanza se derrumbó. Ava volvió a convertirse en una sombría persona al borde de la autodestrucción.

—¿Dónde está tu iPod? —pregunta pausadamente la doctora como si hablara con una niña chiquita que apenas comprende el significado de las palabras.

Su paciente huye de la mirada y se cubre con las mangas rojas de su vestido, mangas estilo murciélago.

—Mostrame tus brazos, Ava —dice la doctora acercándose, forcejean hasta que logra doblarle las mangas y ver sus brazos—. Te dije que no volvieras a hacerlo —le

dice señalando las marcas en su piel. Parecen agujeros de colmillos. Colmillos con diámetros de agujas.

Ésta es la vida de Ava en reversa y en quince segundos:

Una psiquiatra evalúa el avance clínico de Ava y reporta cada informe al hospital para el que ella solía trabajar.

Ava consigue un acuerdo con sus empleadores para no ir a la cárcel a cambio de no involucrar a la prensa y de someterse a un tratamiento psiquiátrico.

La Junta Directiva del hospital para el que trabaja decide suspenderla de sus funciones a raíz de lo ocurrido en el banco de sangre.

Se declara adicta a la donación de sangre.

Consigue una licencia de profesional de enfermería.

Viaja a la ciudad.

Hereda una granja.

Se cría entre cerdos.

Sus padres deciden conservarla.

—Mirame a la cara, ¿por qué volviste a hacerlo? —le dice la doctora con su pronunciado acento rioplatense.

La paciente recoge las piernas en el sillón y se encoge de hombros.

—Doctora, ¿usted diría que tengo doble personalidad? —consulta Ava pensando en otra cosa.

—No, yo nunca sugerí eso. ¿A qué viene la pregunta? —la psiquiatra vuelve a sentarse erguida y abre el cuaderno.

—¿Usted me vio alguna vez trabajar en un circo? —Ava se levanta y se acerca a ella con los puños cerrados como si de una sola respuesta dependiera una explosión de violencia.

La escena más que amedrentadora es ridícula.

—¿De qué hablás, Ava? —la doctora se saca los anteojos, aunque está acostumbrada a los disparates de sus pacientes, es necesario llegar al fondo.

—De esto —dice Ava extendiendo un afiche de circo frente a ella—. ¡Esta mujer soy yo! ¡Estoy en dos lugares a la vez!

La doctora le arrebató el anuncio para observarlo minuciosamente y concluye que, efectivamente, la mujer de la fotografía se parece mucho a ella, tanto que supone que cualquiera en su lugar también habría sufrido una crisis de identidad. Antes de responderle debe hallar la explicación más lógica, cualquier paso en falso podría hacer decaer a su paciente. O a ella misma.

Ava ha desarrollado con los años la satisfacción por donar sangre. Más que honorable, perturbadora. A los once años salvó a su padre de la muerte gracias a la primera transfusión a la que se sometió. Ése fue su primer milagro. Después de eso nunca más dejó de hacerlo y, por alguna razón, su resistencia parece ser anormal. La

cantidad de personas a las que ha ayudado es incalculable, ella cree que debería ser santificada. Pero a nadie parece importarle y eso le resulta bastante frustrante, un atentado hacia su autoestima. Nadie le da las gracias.

Ava se abstrae fijando los ojos hacia arriba, como si estuviera en trance. Escucha una voz: *La raza humana es demasiado estúpida como para valorarte. Tenés que sacarles lo que les diste. Ellos no te merecen. Ellos no te quieren. Se ríen a tus espaldas. Te usan.* Pero no es la voz de Satanás, ni mucho menos la de Dios. Es la voz de su ego.

Mientras tanto, la doctora no saca los ojos del afiche. Pero la única idea que se le ocurre es menos que improbable, es imposible. Entonces también se pregunta si Ava y la mujer retratada son la misma persona, si acaso tiene un trastorno de identidad que no ha registrado antes. Pero no puede decírselo, no puede siquiera insinuarlo sin averiguarlo ella misma antes.

Ava se raspa la costra del brazo y presiona la herida. *Hacé que te mire, que te mire y que te diga la verdad.* Comienza a gritar, se arranca mechones de cabellos, se muerde el brazo, todo pasa tan de repente y todo se vuelve tan surrealista como una escena de *El Exorcista*. *Mírala, no le importa que te hagas daño. Quiere que te mueras.* Golpea la cabeza contra la pared, la doctora trata de sujetarla. *No te quiere, está fingiendo. Nadie te quiere. Pedile una explicación, decile que te diga quién es la mujer del circo.*

—¿Quién es la mujer que trabaja en ese circo?, ¿soy yo?

—No sé quién es, pero vamos a averiguarlo.

Te miente. Matala antes de que ella te mate a vos.

Ava pone sus manos alrededor del cuello de la doctora y la empuja sobre el escritorio estrangulándola.

—¿Quién es la mujer del circo?, ¿soy yo?

La psiquiatra, con los ojos desorbitados y la lengua fuera, en uno de sus más angustiantes esfuerzos por sobrevivir logra alcanzar el intercomunicador, pero sus gemidos no suenan a pedido de auxilio, no suenan a nada, la secretaria pregunta si todo está bien, si necesita algo.

Ya está, Ava, huí y buscá a esa mujer que te está robando la vida.

EL MONSTRUO DE ATACAMA EN TECHNICOLOR

Cacerolo Lunes trabaja en el área de operaciones de una mina en Atacama, a quinientos kilómetros de su casa y a tres mil quinientos metros sobre el nivel del mar. Trabaja catorce días continuos y descansa siete. Es un tipo común, con una hija adorable que lo reclamaba siempre —¿Papito, estarás en casa esta Navidad?— y que tiene costumbres sencillas de hombre común: le gustan la Coca-Cola helada y las revistas *Playboy*. En su zona de trabajo colgó un póster de Chela Bon bañándose desnuda en el lago Llanquihue, y la alumbró con una vela como a la virgen del Carmen que está en la entrada de la mina. No es el único póster de la diva chilena, tiene otro autografiado y protegido con vidrio que pertenece a *La maldición de la mano de piedra* del 64, una malísima película del peor director de cine de la historia, el americano Jerry Warren, que cortaba películas latinoamericanas de terror y empalmaba los fragmentos con escenas filmadas por él. Su mayor visión artística fue saber elegir qué películas mutilar.

Algunas madrugadas, Cacerolo tenía que revisar un estanque de agua que abastecía al campamento, para eso debía cruzar el pueblo fantasma, un lugar en donde alguna vez funcionaron oficinas salitreras pero que fueron abandonadas entre 1940 y 1945. Más al norte, había que cruzar un cementerio que se le hacía muy curioso porque estaba dispuesto en forma piramidal: en la cresta estaban sepultados niños y en la falda adultos. Caminaba junto a los sepulcros de los niños, entre las cruces de colores pasteles resecaadas por el sol y el viento se veían los cajoncitos de madera asomados a la superficie como si emergieran impulsados desde el fondo y le era imposible ignorar que algunos ataúdes estaban rotos o abiertos y que de ellos salían frágiles cráneos de polvo, como esos castillitos de arena que uno ve junto al mar, también aparecían tibias o fémures en medio del desierto y algunos piecitos momificados que rellenaban aún los zapatos rasgados. Al principio la situación le revolvió el estómago, aunque no sentía miedo sino incomodidad, pero el tiempo hizo que todas las sensaciones se convirtieran en un profundo sentido del respeto hasta que llegó a sentirse completamente en paz entre aquellas cruces. A veces hasta les hablaba a los niños muertos como uno puede hablarle a sus hijos o sobrinos y les llevaba flores de papel para dejárselas a su paso. Llegó a tal punto de acostumbrarse a lo inusual de su camino que inclusive hablar ante los nichos se le hizo monótono y volvió a considerar que su vida era tan predecible como un desierto; se aburría al terminar de hacer mentalmente el recuento de sus actividades, experiencias, logros, etcétera. Por eso, el día que se encontraron con esos guanacos muertos en el camino, más que asombro sintió cierta excitación de pensar en que por fin algo en su vida iba a cambiar.

El primer hallazgo aconteció cuando Cacerolo regresaba a su casa, iban otros tres

compañeros más con él, pero el incidente no pasó a mayores y el asombro se disipó luego de dos o tres comentarios al respecto. Después de todo, fueron sólo tres guanacos. Sin embargo, el segundo hallazgo, cinco días después, causó una conmoción mayor. Fue sospechoso encontrar ocho guanacos muertos uno junto a otro. Cuando Lunes los revisó se percató de que todos ellos tenían agujeros en el cuello, como si alguien los hubiese desangrado haciéndoles hoyitos con algún objeto punzante.

En la cantina se lo comentó a sus colegas: «Me di cuenta de que los guanacos llevaban muertos tipo una o dos horas, algo les pasó en la madrugada, otro animal los atacó o alguien los desangró», dijo. «Yo abrí con mi navaja a uno, y no salió ni una gota de sangre». Otros compañeros se sumaron a la ronda y confirmaron que Cacerolo no fue el único en verlos:

—Ya, lo hemos visto también nosotros, Fabián Arizategui, Roberto Montesinos y quién sabe cuántos más. Alguna hue'a los está masacrando, po. Compa, en esta mina está el diablo.

Dos días después ocurrió lo que silenciosamente todos esperaban.

—¡El chupacabras! ¡El chupacabras está afuera! ¡No puede ser, hue'on! ¡Salgan todos a verlo, aprisa giles!

Como veinte hombres que estaban cerca acudieron al llamado, con más emoción que miedo por encontrarse con eso que llamaban chupacabras, pero a pesar de sus ganas ninguno lo vio. Contaron después que la criatura avistada ese día se parecía a un lobo marino de un pelo, pero con las orejas grandes como alas erigiéndose desde las espaldas, estaba parado en dos patas delante del sol, ensombrecido por el efecto del contraluz y la lejanía o desfigurado por el terror de los dos únicos testigos.

Cacerolo, decidido a encontrarlo, subió a Facebook fotografías de los guanacos muertos y un identikit del chupacabras que él mismo ilustró, esperando a que los pobladores de la región se sumaran a la búsqueda. Acaparó por unas semanas la atención de algunos medios sensacionalistas y de algunos individuos que buscaban sus quince minutos de fama, pero no consiguieron ni una fotografía nítida ni mucho menos capturarlo. Su obsesión se hizo cada vez mayor, entonces, junto a otros compañeros de trabajo y el apoyo de los hombres de seguridad, desinstaló un par de cámaras del monitoreo rutinario y las reinstaló provisionalmente en la intemperie, colocando entre ambas cámaras un paquete de carne de res envasada.

La primera noche no ocurrió nada. La segunda noche, nadie controló las cámaras pero las dejaron grabando y al revisar las cintas descubrieron cierto movimiento anormal junto al paquete de carne. Al retroceder la grabación y reproducirla cuadro por cuadro, descubrieron ciertas figuras delgadas moviéndose rápidamente detrás de la carnada. Para la mayoría de los hombres, en esa imagen ruidosa y en blanco y negro, lo que se veían eran dos patas largas y afiladas.

—¡*Conchetumare!* ¡La cagamos, *culiaos!* ¡Debimos de haber enfocado más alto!
—exclamó uno.

Lunes le puso una mano en el hombro para tranquilizarlo y dijo:

—No importa, se me acaba de ocurrir una mejor idea.

Un par de días después, con la ayuda de otros colegas que estaban de receso, instalaron una trampa en la zona donde encontraron los animales muertos. Se trataba de una pesada jaula de malla electrosoldada de dos compartimientos con una vicuña viva encerrada en uno de ellos. El mecanismo consistía en una compuerta levantada que se cerraría cuando el chupacabras pulsara el resorte. Para reforzar la seguridad, los voluntarios se turnarían para vigilar las veinticuatro horas una cámara que apuntaría directamente a la jaula y apenas algo entrara, la compuerta se bajaría y el vigilante habría de accionar una alarma para que todos salieran a ver.

A las dos y media de la madrugada la alarma sonó, Cacerolo despertó de golpe y se cayó de la silla en la que esperaba a que esto sucediera. Subió a un jeep con los otros cuatro compañeros que se habían quedado para atrapar a la criatura. Aceleraron hasta llegar a la jaula; Fabián cargó la escopeta, Adrián preparó la cámara, Cacerolo se aseguró de dirigir la luz alta de los faros del jeep a la jaula y, entonces, para su sorpresa, lo vieron en plano general y a todo color. Se bajaron y caminaron hasta él únicamente para comprobar que sus ojos no los engañaban y que entre las rejas no había un animal ni un extraterrestre, sino un hombre.

EL POPOL VUH PARA DUMMIES

TÍTULO

Transmitología histórica de los héroes gemelos y los murciélagos vampiro del *Popol Vuh*.

PLANTEAMIENTO DE LA INVESTIGACIÓN

Desconocimiento del quiróptero representado como monstruo con cuerpo de hombre y cabeza de murciélago en el *Popol Vuh*.

Falta de los fósiles transicionales del *vampyrum spectrum* al Camazotz o vampiro antropomorfo de la Era Precolombina.

Minimización del significado atribuido a los hermanos gemelos en las bases tradicionales de la civilización maya, los héroes Hunahpu e Ixbalanqué, y sus medios hermanos envidiosos, Hun-Batz y Hun-Chouen. Comparación con los hermanos Tupí y Guaraní de la civilización guaraní y los héroes gemelos Bakororo e Itubore de la mitología de los bororo, pueblo indígena de la amazonia brasileña.

Historicismo vampírico en la América precolombina.

FORMULACIÓN DEL PROBLEMA

¿Cuáles son los factores relacionados al quiróptero conocido como Camazotz y las fuerzas geminus que permiten la extensión de la vida?

PROPÓSITO

Plantear un nuevo marco interpretativo del rito de sangre para estudiar la evolución biológica desde esa perspectiva.

Propiciar la búsqueda del *desmodus* o *vampyrum* hematófago gigante para su examen y descripción

Prolongar la vida.

¿Qué te parece la idea? Aunque es sólo un borrador, esboza básicamente el plan que presentaré. Solamente espero la aprobación de mi hermano que está trabajando en las cavernas de Monagas para poder continuar.

HOMBRES LOBO BEATNIKS

Dormidos o despiertos en un bar en medio de la noche. Éste es el último con rocola en todo el pueblo, un bar estilo pulpería del siglo diecinueve con una rocola Würlitzer 1015 del año 1947, de roble laqueado y tubos de burbuja que cambian de color. Un hombre alto y peludo selecciona una canción, *The Monster Men* de Iggy Pop, y baila moviendo sólo la cabeza, como si alguien invisible siguiera el ritmo de la música golpeándolo en la nuca. El hombre, al que sus amigos llaman «Porfi», tiene porfiria y la fotosensibilidad lo condiciona a salir recién cuando el sol se oculta. Le crecen pelos en las mejillas, nariz y manos, sus ojos azules apenas son visibles detrás de todo ese pelo negro. Sus labios finos, contraídos, exponen sus encías rojas. Forma con su dedo pulgar e índice una pistola de carne y hueso y apunta a una mesa en donde cuatro hombres con boinas y lentes oscuros levantan la cerveza y hacen algún brindis a la salud de «Porfi», que se lo toma todo con buen humor y desde las sombras gruñe:

—¡Vuelven a llamarme así y les juro que les arranco la cabeza de un mordisco!

—Una carcajada lo dobla para atrás, él y sus amigos encuentran todo más divertido de lo que podría parecerle a alguien que acabara de entrar al bar.

Están bebiendo y enrollando sus propios cigarrillos de marihuana. Son sólo sombras y humo, susurros y gritos, olor a sudor y a alcohol. Son sólo palabras, son voces. Son amigos, tal vez algunos sean amantes. Todos se escuchan, ninguno se calla.

—No puedes arrancarnos la cabeza de un mordisco, tu boca no es tan grande. Y si tu boca fuera grande...

—Faltan más prostitutas. Más prostitutas que políticos. Más prostitutas que banqueros. Más prostitutas que poetas. Más prostitutas que...

—No entiendo por qué comer es una actividad social pero cagar...

—Más prostitutas con bocas grandes.

—Follar. No puedo ofrecer más...

—Ni menos.

—No soporto ver a alguien cagar, ni menos comer.

—Pero sí follar.

El mayor de los cinco debe tener entre sesenta y setenta años, los otros tienen treinta menos y por la forma en la que se dirigen al mayor se nota que le tienen respeto.

—¡Hoy chupamos a tu salud, Epipoteo! —brinda uno de ellos levantando un jarro de cerveza—. Porque desde que estás entre nosotros cada noche es para celebrar, hermano. Celebración de la paz y la luz.

—Pues entonces estamos de acuerdo en que tendremos motivo suficiente por el resto de su vida. No creo que Epipoteo vuelva a irse de acá... —se ríe otro implicando en su comentario un tema delicado que nadie más que ellos conoce.

—¿Acaso crees que no la encontraré nunca? —pregunta Epipoteo evidentemente molesto, pero aún rígido en su posición de momia sentada.

—Esperá, hermano, tomalo con calma, no quiero insultarte, no es deseo mío eso, sino que sólo me baso en el tema de los nombres...

—¿El tema de los nombres?

—Sí, el tema de los nombres. Los nombres determinan nuestros destinos, estamos atados subconscientemente al significado de nuestros nombres. Y como el tuyo significa algo así como desear mucho algo...

—Sí, significa aquel que anhela apasionadamente algo —dice otro de los jóvenes gesticulando con exagerada reverencia para hacer constar que se sabe la cita textual.

—Pues su nombre se refiere a vivir deseando pero no dice nada de satisfacer ese deseo. Así que, quizás querido amigo, estés destinado a desear una misma cosa por el resto de tu vida. En este caso a una mujer.

—Vaya, no sé qué tan cierto sea eso —dice otro—. Pero conozco una historia al respecto. Fíjense que una vez visité un museo y el directorcito se llamaba Marciano, pero lo más curioso acerca de esto es que era fundador de un Club de Avistadores de Ovnis... Sí, así como lo oyen. Así que quizás sea cierto eso de que los nombres nos marcan subconscientemente. Me parece que de alguna forma Marciano de no haberse llamado así, quizás hubiese sido una persona diferente. Con un laburo de verdad.

—Ja, ja, ja, hay cada loco en este mundo, ¿no? Es como si los seres humanos prefirieran ser cualquier otra cosa antes que humanos. Nadie quiere estar en sus cuerpos, todos se esconden en las sombras. ¡Y pensábamos que la mujer a la que busca Epipoteo está loca! ¡Este tal Marciano la supera! Qué ridículo, no sé si creerte el cuento.

—Todos estamos locos o nos gusta creer que los demás lo están, quizás ésa sea una explicación razonable —agrega alguien más.

—Nada más mirémonos a nosotros mismos, ¿acaso no somos también criaturas anormales? Estamos encerrados todo el día y salimos a la calle ya con la luna auestas. Somos licántropos. Licántropos filosofando sobre vampiros y marcianos. Pero qué es normal. Nada. O todo. Cómo podríamos saberlo, quizá todos nos hemos estado soñando.

—¡Todos estamos locos! Ja, ja, ja... Buena onda, hermano —aprueba uno afilándose el chivito con el pulgar y el índice—. Contanos una de tus historias, Epipoteo, nos gusta tu rock and roll, tu agitación oscura, deja que hable tu esqueleto.

Epipoteo, sin estar borracho ni entusiasmado, les sigue la corriente y piensa rápido en algo para entretenerlos.

—Pues sí, fíjense que tengo una historia bien padre que todavía no les he relatado... Había un hombre que aseguraba haber conocido a la verdadera bruja de Hansel y Gretel, esa desgracia cambió su propia vida y la de cada miembro de su

familia. De alguna manera ese olor a muerte se filtró también por mi calavera, pero su olor me supo a lo contrario. Y me contó el hombre que una vez se perdió en un bosque y llegó hasta una de esas casitas alpinas que los inmigrantes alemanes suelen construir en medio de la nada. Se le había descompuesto el camión y fue a pedir ayuda en aquella casa, siendo ya muy tarde, imagínense, quizás una noche muy fría, lo cierto es que en la casa sólo había una viejita buena que le ofreció comida y cama, no pudo rehusarse, ni quiso hacerlo tampoco —Epipoteo hace una pausa para beber su cerveza, se aclara la garganta y continúa—. Esta señora, tan amable la pobrecita, lo invita a cenar una torta de carne molida. Al hombre se le hace que la torta es la más deliciosa que haya probado jamás en su vida, se toma una copa de vino y va a dormir. Por la noche se le ocurre una preguntita; el hombre duda de la procedencia de la carne molida, pues no hay carnicería ni mercado a varios kilómetros a la redonda, es imposible encontrar carne tan tierna y fresca. Si tan sólo hubiese un hombre en la casa él podría pensar que hay un cazador que provee a la anciana aquella deliciosa carne. Entonces piensa que se lo preguntará mañana. Al día siguiente consigue reparar su camión, agradece el hospedaje, y antes de emprender el viaje se acuerda de lo que debía preguntar, entonces le comenta a la vieja que le han quedado sus dudas respecto a la torta de ayer. ¿Era eso carne de venado o cabra? Nada de eso, dice ella tranquilamente. ¿Qué era entonces y cómo lo consigue? Entonces ella sonrío misteriosamente y lo lleva hasta un cuarto de la casa, abre la puerta y ante la mirada confundida y horrorizada del hombre, le dice: «Le sorprendería saber cuántos niños se pierden diariamente en esta zona».

—¿Qué había en ese cuarto? —pregunta uno.

—¿Quién era ese hombre? —insiste otro.

—Lastimosamente, amigos, nada de eso lo puedo revelar ahora.

Entonces sonrían nerviosos, luego los cinco estallan a carcajadas y sus presencias en el oscuro bar son marcadas sólo por sus centellantes cigarrillos.

El más peludo se levanta con un vaso en la mano y se encorva sobre la mesa:

—¡Brindemos por nosotros, los hombres lobo beats!

NO ES OTRA NOVELA DE VAMPIROS

Escuchame bien: vos sos una persona normal. Mortal, con sangre caliente corriendo por tus venas, con reflejo propio en cualquier espejo de este mundo. No es malo ser un humano común y corriente. Es aburrido pero digno, y uno hasta puede llegar a ser feliz. Tenés que entender que casi mataste a tu madre, a la mujer que te dio la vida, casi mataste a una de las personas que más te ama en este mundo sólo para llamar la atención de un grupo de gente. Gente enferma. Gente que sólo quiere destruirte. Ellos quieren destruirte, nosotros no. Personas como yo y como tu madre sólo queremos ayudarte. Ayudarte a ser feliz. La felicidad está en vos, y no depende de un ritual, no está en las pruebas que un grupo de enfermos mentales te propone. Vos sos el dueño de tu propio destino. Pero no te preocupes, yo te comprendo y quiero ayudarte. Vos podés mejorar, podés ser feliz. No sos el único con este problema, ni es algo que necesariamente va a destruirte. Yo puedo ayudarte si me dejás. Yo sé lo que pasa contigo, y he estudiado a personas que han padecido lo mismo. Todo empieza con el apetito por la carne jugosa, a causa de la anemia, deficiencia de hierro y electrolitos, mal funcionamiento de los riñones, etcétera. Se necesita hacer un recuento de plaquetas y otros análisis para obtener un diagnóstico, la mayoría de las veces el resultado es que el paciente está aquejado por una enfermedad llamada tisis, más conocida como tuberculosis. Cuando dejan de comer se ven pálidos, de noche hasta pueden presentar sangre en los pulmones. Algunos pacientes no saben que están enfermos, y se persuaden pensando que son vampiros.

Supongo que has oído hablar de *Drácula* de Bram Stoker. Lo has leído, ¿sí? Entonces recordarás a Renfield, ese personaje que comía insectos para extraerles la fuerza vital. Sí, es exactamente lo que vos querés hacer, o lo que te dicen que hagas. Que extraigas la fuerza vital de otros seres vivos. La Orden de los Caballeros Eternos no es más que un disparate. Todos ellos necesitan ver a un psiquiatra y sobre todo a un médico. Yo te voy a ayudar a salir de esto. Pero vos me tenés que ayudar a encontrarlos, la enfermedad que tienen puede ser tratada y vos y yo podemos ayudarlos.

Esto que hacen ha llevado a muchos a la cárcel, algunos han sido condenados a pena de muerte por lo que hicieron. Miles de inocentes han muerto en manos de personas así. No me mires de esa forma, yo sé de qué estoy hablando, llevo años en esto. Yo he trabajado con los especialistas que han tratado a Florencio Roque Fernández de Manteros en Argentina, Marcello Costa de Andrade en Brasil, Magdalena Solís en México y James Riva, entre los más nombrados por la prensa en sus tiempos. Nada de esto es nuevo para mí. Podrías estar en la cárcel, pero gracias a mí estarás en el hospital.

Esta mujer, a la que buscan, no es quien ustedes creen que es. Es sólo una

farsante. Están equivocados con ella, no es ninguna mujer vampiro. Lo único interesante en esa mujer es que puede servir de carnada para atrapar a los Caballeros Eternos y desbaratar toda una red de asesinos seriales.

Tenés que decirme todo lo que sabés sobre ella y a cambio no irás a prisión, sólo a una cómoda habitación en el hospital neuropsiquiátrico. Y siempre, siempre, acordate de esto: lo que vos tenés es una enfermedad, vos no sos un vampiro.

CALEIDOSCOPIO BARATO PARA VERTE MEJOR

La primera vez que le convidó de su LSD fue en el otoño de 1995, cuando se perdieron (o encontraron) en las áridas tierras del valle de Cuatro Ciénegas, Coahuila. Era la primera vez que ella probaba ácido y también la primera vez que lo veía a él. Después de aquel encuentro volverían a verse en el sur de Argentina, en una selva colombiana, en una ruta de Panamá y, ahora, después de tantos años y en el lugar menos esperado, cuando él la daba por perdida, vuelve a tenerla frente a sus ojos.

Como todos los viernes a medianoche se sienta en un extremo de la barra de algún boliche clandestino, en cualquier lugar del mundo, y espera que le sirvan Cuba Libre o, en el mejor de los casos, Pitorro Clandestino curado con carne. Como todas esas noches, ahora también permanece en silencio y hostil, vigilando a los demás; pero este viernes, a diferencia de los anteriores, la tiene a ella a dos butacas de distancia, y ella, igual que él, permanece en silencio y hostil, vigilando a los demás. Tiene un cigarrillo largo y negro entre sus dedos blancos y uñas con esmalte rojo pero hasta ahora no le ha dado ni una sola pitada. «Ya me parecía que ella no fuma», deduce él, con media sonrisa escondida detrás del vaso.

Juan no le tiene miedo a nada, hace mucho que ya no tiene nada que perder. Tiene más de una bala incrustada en el cuerpo que de vez en cuando le hace cosquillas, y unas cuantas cicatrices como cierres en los tobillos o brazos. Detesta que se queden mirándoselas. O a las escamas. Porque lo más resaltante de Juan es que tiene escamas. Odia que se le queden viendo la piel seca gruesa, como cuero verde que sube desde los brazos a los hombros y hasta por detrás de las orejas, como si fuera un pez o un reptil. Padece una afección llamada ictiosis y es muy sensible respecto a ese tema; si alguien le pregunta o lo señala, lo cobra caro.

Juan no tiene miedo a nada ni a nadie, y sin embargo le pasa algo extraño cuando esa mujer está cerca. Sus manos tiemblan y siente que el abdomen se le afloja. Le recorre un escalofrío por la nuca y se le dilatan las pupilas. Las mujeres nunca fueron un problema para él; con la combinación perfecta de pestañas largas casi femeninas, colmillos blancos y afilados que brillan en la oscuridad y ojos tan claros que de lejos pareciera que sólo tiene dos globos blancos en el rostro rodeados de rimel natural, ninguna se resiste, sobre todo si lleva un suéter con capucha y es infalible si se mantiene en las sombras, la mayoría cree que su piel escamosa es un extenso y sexy tatuaje de relieve.

Juan se acerca a la mujer, pero a ella no le mueve nada ese cuerpo moldeado con esmero por resistencia al rechazo, ni siquiera los vellos de sus fosas nasales reaccionan a ese olor a sexo caribeño que emana de los sigilosos movimientos del desconocido.

—Tanto tiempo, linda —dice él sentándose muy cerca y mira al cantinero para

ordenar con un gesto silencioso lo de siempre.

Ella no lo mira, simplemente juega con el cigarrillo pasándolo entre todos los dedos de una mano.

El cantinero sirve otro ron caña y entonces ella mira el trago.

—Llevo mucho tiempo buscándote —dice él tratando de levantar el vaso pero las manos le tiemblan, ella sólo se ríe—. ¿No me reconoces?

—No.

Juan se endereza en la butaca y sus hombros quedan por encima de los de ella, la mira desde arriba clavándole sus iris invisibles, sus pupilas alargadas, y se lleva ambas manos a la cintura.

—¿No me recuerdas? —dice pronunciando las eres como eles, delatando su origen.

—No.

—¿Soy tan olvidable? —pregunta casi sin mover los labios, sus propios colmillos hieren su labio inferior.

—¿Nos besamos? Perdón, mi memoria nunca ha funcionado bien.

Juan gruñe por dentro, saca la billetera de piel de sus jeans rotos y extrae un diminuto pedazo de cartón de uno de los compartimientos.

—¿Recuerdas este caramelo?

Ella todavía no tiene miedo, por alguna razón la gente no se acerca a ellos dos, pasan a su alrededor como evadiendo una barrera invisible. El bar es oscuro pero no tanto como para ocultar que ese hombre es peligroso, sin embargo ella insiste en dejarlo como tonto.

—No sé de qué me hablás —le dice con tono indiferente, casi burlón.

—Solías ser más rápida. Este caramelo era tu favorito.

—¿Tan seguro estás de conocerme?

—Nadie te conoce como yo, linda. Vivo salvándote el pellejo y tú vives huyendo. Ya es hora de que hablemos.

Entonces ella se tapa la boca con la mano, como si recordara o comprendiera algo más, y antes de que él haga preguntas se lleva el cartoncito a la boca.

—Dila, de verdad que estás lenta...

—Shh... No soy Dila.

—¿No?

—No. Soy Lucy en el Cielo.

—Y dime, Lucy en el Cielo —guiña un ojo para advertirle que seguirá el juego—, ¿tampoco recuerdas que me *dijistes* que algún día te vendrías conmigo?

—¿Ir a dónde?

—A todas partes.

—¿Yo dije eso?

—Y no lo olvidaré nunca. Vamos, mi niña, déjalo todo y vente conmigo, empezaremos juntos nuestra nueva vida en el Valle de la Luna. ¿Qué me dices, linda?

—No puedo irme —murmura sin ganas, como si estuviera cansada de explicar y se humedece los labios con la lengua.

—Ok, *babe*. Entonces déjame que te dé algo, a ver si así le echas más ganas a esta relación. Tengo algo para ti en mi motocicleta que ha estado mucho tiempo esperando el momento de volver a verte.

—¿Lo cargás en tu moto? ¿No tenés casa? —ríe ella sujetando la mesa, como si ésta se estuviera moviendo.

—Ya te he dicho una vez que no tengo casa. ¿Quieres que vaya por el regalo?

—¿Qué es?

—¿Recuerdas que me *contastes* que cuando eras chica soñabas con tener un calidoscopio y que a los catorce años tu padre te hizo uno que nunca funcionó? Uno muy frágil según *dijistes*, uno muy feo, pero al menos *lograstes* tener uno. Pues yo te he comprado otro, muy bonito por cierto, con dibujos de luna y estrellas en el tubo. ¿Voy por él?

Ella lo mira con desconfianza y él se encoge de hombros.

—Mi papá... falleció cuando yo tenía once años.

Lucy en el Cielo se para en medio del bar y comienza a bailar con la mirada perdida en el techo, aunque no hay música sigue el ritmo de alguna que escuchó hace años, mueve los brazos por encima de la cabeza y sacude el pelo a los lados como una bailarina gogó. Juan no entiende si es efecto de la dietilamida o es ella misma, de todas formas no puede permitirle continuar.

—Vamos, Lucy, si sigues así vas a llamar la atención y *ellos* sabrán dónde encontrarte y vendrán por ti.

—Déjalos que vengan, me necesitan, yo soy el instrumento de Dios contra la Humanidad.

Juan la tiene entre sus manos y ahora se extraña, se confunde, se aleja:

—No eres Dila Dubi, ¿verdad?

El instrumento de Dios menea las caderas y va alejándose de él, desapareciendo detrás del humo de todos esos cigarros caseros que la espían como periscopios, ella ríe a carcajadas ante un ejército de soldados parecidos a Juan.

—Tenías razón, este calidoscopio me gusta —dice señalando el cartoncito en la punta de su lengua.

MOZO, HAY UNA HARLEY DAVIDSON EN MI SOPA

Hoy Cristóbal cumple veinte años en la ruta. De Asunción a Montevideo, de Montevideo a Buenos Aires, de Buenos Aires a Iquique, de Iquique a Purmamarca, de Purmamarca a Cochabamba, de Cochabamba a Boquerón, de Boquerón a Asunción, de Asunción a Tarija, de Tarija a Salta, de Salta a Santa Cruz. Cristóbal conoce todas las rutas de Sudamérica, conoce hasta caminos que nunca fueron ni serán ruta. Ha cambiado tanto de camiones como de musculosas; es decir, casi nada, porque le gusta tener constantes en la vida. Tantos acentos pasan por sus oídos, tanta gente, tantos cielos, tantas cantinas, tanto de nada... por eso le gusta tener cosas que nunca cambien, como esa gorra de Good Year que se puso por primera vez hace veinte años o como esa mujer que aceptó ser suya recién hace diez años. Todo lo demás va y viene como las franjas pintadas en medio de la carretera. A veces piensa que tiene un trabajo de mierda, pero cada vez que de su boca quiere salir una queja sobre su vida, recuerda a su hija y siente que tiene una buena razón para vivir. No importa cuántas voces oiga en el camino, de cuánta gente se despida cada día, en cuántos baños de porquería se haya metido, ni importa que ya casi no recuerde su propia nacionalidad o que su reloj biológico no sepa la hora, todo vale la pena cuando regresa a casa una vez más. Siente la gloria cuando llega a ese rancho en la campaña y por fin se para en su propia tierra, en el único rincón del mundo al que pertenece; todo porque está ella: su única hija. Nada se compara a ese momento en el que por fin entra a su reino.

Hoy Cristóbal cumple veinte años de camionero, pero nadie más que él lo recuerda. Está a un día de llegar a casa, de volver a ese reino, y un día en tiempo de camionero son como diez minutos. Se ve ahí, estirando las piernas; sin embargo, algo no anda bien.

Una cosa es segura, este aniversario lo va a celebrar en compañía de algunos colegas en una taberna en la que para cada vez que pasa por ahí. Llegó como una hora antes porque, como ya le contó al cantinero, alguien lo estaba siguiendo y tuvo que rebasar sus límites de velocidad.

El cantinero lleva algún tiempo dudando del equilibrio mental de su cliente. Antes lo llamaba amigo, ahora sólo piensa en él como cliente. Así que trata de probarse a sí mismo que sus instintos no le fallan y discretamente lo somete a interrogatorios mientras le sirve una cerveza caliente y aguada.

—¿Cómo es la persona que te sigue?

Cristóbal se levanta la gorra y se seca el sudor con un trapo, mientras piensa en lo que responderá.

—No sé, amigo. Tenía casco y campera de cuero.

—¿Casco?

—Sí, me seguía en motocicleta.

El cantinero seca algunas copas y mira de reojo a los otros tipos sentados en la barra.

—¿Qué clase de motocicleta?

—Una Harley Davidson.

—¿Cuánto lleva siguiéndote?

—Bueno, yo diría que... lleva trescientos o cuatrocientos kilómetros detrás de mí, no sé si más, pero yo lo había notado sólo entonces. Sólo que no pensaba que me seguía, pensé que era una coincidencia.

—Las coincidencias, mi amigo, no existen —dice un borracho barbudo acercándose a él con una botella en una mano y poniéndole la otra en el hombro—. ¿Decís que un hombre te seguía en una motocicleta?

Cristóbal asiente asustado, como un niño indefenso.

—Tenés que tener cuidado. Exactamente a trescientos kilómetros de acá hubo un asesinato horrible... horrible... Descuartizaron a una mujer y dicen que el asesino se comió parte del cerebro. No se sabe quién cometió esa aberración. No se sabe nada de nada.

—Qué extraño —interrumpe el cantinero dejando a un lado las copas y sacudiéndose las manos—. ¿No pasó algo igual en esa ciudad chilena en la que me dijiste que estuviste hace dos meses?

—Sí, es cierto, en Calama. Asesinaron a una mujer y se bebieron su sangre, no recuerdo si además se la comieron.

—Sí, yo sí recuerdo que me dijiste que le comieron los sesos —asegura el cantinero mirándole a los ojos.

—Bueno, ¿pero qué creés?

El borracho se inclina sobre él, como si fuera a vomitar, pero no vomita, sino que le habla con un terrible olor a alcohol con huevos y dice:

—Que el asesino te está siguiendo.

Cristóbal mira al cantinero horrorizado, como buscando consuelo, pero éste reacciona de manera contraria.

—Es que yo tampoco creo que las coincidencias existen.

Con esta frase el cantinero marca una posición personal que mantendrá en secreto. Sigue haciendo como si nada, como siempre, hablándole a su cliente que antes era amigo, riéndose con una risa que cada vez suena más fingida, pero que en la oscuridad de la taberna pasa como real. Espera el momento oportuno, cuando Cristóbal va al baño o se distrae con la televisión, se desata el delantal y se mezcla entre los otros clientes, se sienta junto al borracho de la barba remojada en whisky y en voz muy baja le hace preguntas. Que dónde vio la noticia del asesinato, que quién era la mujer, en qué pueblo fue, qué más leyó.

Se vuelve a poner el delantal y regresa a la barra. Cristóbal se ha mudado a una mesa redonda cerca del televisor, lo acompañan algunos colegas hambrientos que hacen un gesto, que para el cantinero significa *lo mismo de siempre, por favor*.

Algunos minutos después Cristóbal se acerca a la puerta de la cocina, a ver si las empanadas ya están listas, pero el cantinero no lo escucha, está muy concentrado en la conversación que mantiene por teléfono y anota algunas cosas detrás de la tapa de un cuaderno, pero en cuanto ve a Cristóbal en el umbral de la puerta se apresura a cortar.

—Ya voy, no entres acá.

Cristóbal y sus amigos terminan de comer y él pide un café fuerte y la cuenta.

—No podés manejar así —le dice el cantinero.

—Lo he hecho antes, no te preocupes, no estoy tan mal, amigo —contesta muy tranquilo.

—Atrás hay un cuarto donde podés dormir dos o tres horas y luego regresás al volante. No permitiré que ningún amigo mío corra peligro en la ruta —dice con su sonrisa fingida.

Cristóbal mira la puerta detrás de la barra, cerca de los baños. La propuesta no le desagrada en lo absoluto.

—Pero no puedo, ya quiero llegar a mi casa para ver a mi hija.

—Si viajás en este estado, corrés el peligro de no verla nunca más.

Cristóbal vuelve a mirar la puerta e imagina la cama que podría estar detrás.

—Sólo dos o tres horas, yo te despertaré. Lo prometo —le susurra de manera tentadora.

—Sos tan buen amigo.

El cantinero ya ni se preocupa en fingir una sonrisa, lo mira casi con asco.

Como a las diez de la noche llega un hombre de entre cincuenta y sesenta años, con ojeras tan oscuras que parecen maquillaje y está vestido pobremente, a simple vista da la sensación de que entra a pedir dinero o comida. Parece un hombre bueno que carga con algún dolor indescriptible. Se para bajo uno de los pocos focos que cuelgan en el bar y mira a los ojos al cantinero.

—¿Dónde? —pregunta con voz ronca.

El cantinero tiene ambas manos apoyadas en la barra, muy decidido señala con la cabeza la puerta junto a él, cerca de los baños. El hombre recién llegado mete la mano en su cinturón y saca como por arte de magia un cuchillo de carnicero. Algunos tipos voltean a verlo, pero para entonces él ya ha desaparecido detrás de la puerta del cuarto.

Se escucha un grito masculino, todos hacen silencio y se oyen un par de ruidos más, respiración agitada haciendo fuerza. Nadie se mueve hasta que sale el hombre de cincuenta o sesenta años y clava el cuchillo ensangrentado en una de las mesas.

El cantinero entra al cuarto y ve a Cristóbal con varias heridas en el cuerpo tendido en el suelo pidiendo ayuda, otros clientes entran también a ver. Pero a Cristóbal parece asustarlo otra cosa más que las propias heridas y sólo fija sus ojos ensangrentados en una persona entre la multitud de curiosos.

—Ese hombre... está buscando a mi hija —dice.

Voltean a ver al hombre señalado, un tipo con casco de motociclista y campera negra que se abre paso a empujones para salir de ahí, el cantinero no lo había visto nunca, así que va detrás de él para verlo mejor, desclava el cuchillo ensangrentado y lo apunta mientras lo persigue:

—Ey, usted, ¿quién es?

Pero no alcanza a verlo mejor porque sale de la taberna, sube a su Harley y huye.

EN ESTA SECTA SE HABLA ESPAÑOL

Escuché hablar de esta secta ya en 1963, básicamente funciona como el Temple of the Vampire de Washington o algún club inspirado por Anne Rice, sólo que éste es netamente de latinoamericanos. Se cambió de nombre dos veces para marcar cada una de sus etapas; la primera, entre el 63 y el 81, cuando tenía una denominación que no recuerdo ahora y era una entidad perfectamente legal (no por eso normal) hasta que el fundador murió en circunstancias extrañas después de la práctica de un ritual.

Dicen que pasó algo así: una decena de sectarios enmascarados llegó a un hospital cargando al desgraciado mientras se desangraba y agonizaba. Presentaba múltiples pinchazos de agujas en todo el cuerpo, tenía un crucifijo atravesándole la garganta. El crucifijo lo extrajeron sin problemas, sin embargo el hombre había perdido más de la mitad de su sangre al llegar. Los médicos que lo atendieron dijeron que sólo un milagro podría salvarlo. No hubo milagro. La policía comenzó a investigar y la secta se disolvió. Al menos eso fue lo que quisieron hacer creer, en realidad cambiaron de identidad, pasaron a llamarse Orden de los Caballeros Eternos.

Esta Orden resucitó en Buenos Aires en 1981, pero después de incendiar su primer sitio ceremonial se mudaron a otro para eliminar sus rastros, y así fueron haciéndose invisibles, mantuvieron clandestinas sus actividades haciéndose pasar por un club de amantes de las motocicletas Harley Davidson.

Sus miembros llegan de toda Latinoamérica y todos tienen algo en común: les gusta la sangre. Cuando yo estuve entre ellos hacíamos una cosa que me ponía los pelos de punta, pero no podía decir nada para no levantar sospechas. Por ejemplo, según las fechas sagradas del Gran Libro, hacíamos ciertos rituales, el infaltable era uno en el que nos sentábamos en ronda desnudos, uno al lado del otro, la Dama Superiora decía sus oraciones y luego lentamente hacíamos juntos los cinco pasos vitales: primero elevar las jeringas; segundo: clavar la aguja a la altura del trapecio a la persona de la izquierda; tercero: presionar el émbolo solemnemente, cuarto: tirar de él y extraer sangre, y quinto: llevar la jeringa rápidamente a la boca y beber la sangre caliente.

Así, en ese lugar, bebí sangre humana por primera vez. Me revolvió el estómago pero yo sabía que tenía que enfocarme en lo importante. Y lo importante no tardó en aparecer.

Veíamos quizás *M, el Vampiro de Düsseldorf* o algo de Bela Lugosi cuando ocurrió: entró una mujer y sacó el DVD para poner un programa, de esos *talk shows* o algo parecido. Nos dijo que nuestra Redentora estaba en televisión. Era un *show* bien raro producido en Miami pero que se difundía por toda Latinoamérica, invitaban a gente que no parecía estar en sus cabales. En aquella edición aparecían un luchador disfrazado de momia, un tipo que se creía extraterrestre, una mujer con barba y

nuestra salvadora: la mujer vampiro.

Era hermosa, si bien ya la había visto antes, ahora estaba más hermosa, la piel blanca como la nieve y lisa como un bebé, como si los años no pasaran por ella, el pelo negro como el ébano y los labios, cómo no hablar de esos labios, los tenía rojos como sangre. No había una sola alma (por así decir) en esa habitación que no hubiese deseado esos labios en aquel momento. Incluso yo mismo.

En la televisión alguien la llamó DeDÉ, supongo que por sus iniciales. Un gringo, por ejemplo, la llamaría DeeDee, pronunciando *Didi*. Y ese *Didi* en mi imaginación sonaba muy bien. Didi.

Aquella noche más que una sesión de cine lo nuestro parecía una misa negra en honor a la televisión. Ellos realmente creían que ella era como la Mesías de los Caballeros Eternos. En realidad DeDÉ no había demostrado tener poderes especiales o cualidades sobrenaturales (a excepción de su belleza) como para que toda esa secta estuviese a sus pies. Al menos no durante los primeros quince minutos en que ni siquiera se molestó en hablar con los otros panelistas ni se defendió de los ataques de los telespectadores que llamaban para molestarla diciéndole que buscara un trabajo de verdad o que estaban cansados de los góticos que buscaban cámara. Ella permanecía inmune a los insultos y a las burlas. La molestaban para incitarla a que contara más; si dormía en un ataúd, si le daba miedo el ajo, si le hacía mal la luz del sol; se divertían ridiculizándola. Ella no respondía a nada, sólo miraba a la cámara, y yo sentía que me miraba a mí. Supongo que todos pensaban lo mismo. Tenía una mirada penetrante. Luego le preguntaron si alguna vez había matado a alguien para beberse su sangre y entonces ella hizo una mueca que parecía una sonrisa o una afirmación, y los Caballeros Eternos aplaudieron gozosos desde sus asientos. Creo que sólo fue una respuesta teatral pero en la secta no lo tomaron así.

Le hicieron beber un vaso de sangre de algún animal, pero el público se enojó porque quién les aseguraba que era sangre de verdad, entonces buscaron un voluntario entre el público que se ofreciera a que De-DÉ le chupara la sangre de un mordisco, y bueno, ya se imaginan que un montón de gente todavía más loca que los mismos invitados al *show* levantó la mano y se ofreció a participar, quizás pensando que ella no lo haría frente a las cámaras, o ya saben, de esos que buscan sus minutitos de fama. La conductora del programa seleccionó a alguien de la concurrencia y luego pidió ir a una pausa comercial, seguramente para subir más el *rating* en el siguiente bloque. Mientras hablaba a la cámara describiendo lo que se iba a ver en unos minutos, sucedió lo inesperado: Didi se levantó y se deslizó junto a la conductora. Sí, ella se desliza como los vampiros de esas películas en blanco y negro. Le pegó a la conductora un manotazo en el cuello y ésta se durmió al instante o posiblemente se desmayó. La cámara se acercó y las personas se levantaron de sus asientos y el set se llenó de *flashes*. Todo pasó en un segundo, Didi sostuvo a la presentadora en sus

brazos y más que mordisco como que le dio un beso en el cuello, no se vio nada de sangre, pero cuando vi la repetición de la escena en cámara lenta, hicieron un acercamiento al rostro de la conductora y mostraron cómo quedó pálida rápidamente; Didi se apartó y se vio que le había dejado la marca de los dientes en el cuello, agujeros muy profundos, negros. El personal de seguridad se abalanzó sobre ella y hubo mucho ruido, luces, gente moviéndose, casi no se veía nada y tampoco el director mandaba a comerciales, y así de pronto, de la nada, Didi desapareció. Al día siguiente nos enteramos de que la víctima no murió, pero sólo porque recibió sangre rápidamente.

La cosa es que ese día fue clave para la secta. Sé que desde entonces la han estado buscando. Yo podría estar con ellos, pero descubrieron que sólo era un espía. Casi me matan; un tipo recién llegado nada más se me acercó y se puso a olfatearme, y dijo que yo no era uno de ellos. Pensé que no le habían creído, pero a la semana siguiente, cuando regresé al templo, ya no había nada, la casa estaba vacía, como si todo hubiese sido un sueño mío. Claro, supongo que debería de alegrarme porque en lugar de matarme eligieron huir.

PERROS JUGANDO PÓKER

—Yo lo conozco, profesor; es decir, lo recuerdo. Si bien tenemos una relación intermitente y superficial, creo que podría afirmar que usted es lo único estable en mi vida. El universo se empeña en cruzar nuestros caminos —dice una mujer madura y segura.

El profesor bebe un trago de café, al final arruga la frente como si acabara de descubrir que está muy caliente o que le falta azúcar, así que trata de corregirlo soplándolo y endulzándolo.

—No pensé que fuera a recordarme...

—¿Cómo podría olvidar *aquel piercing*?

—¿Sólo eso? —se ríe—. Jamás pensé que usted fuera a ser esa doctora de la que tanto me hablaron. Como usted dice, nos hemos visto tantas veces, debí imaginar que no era casualidad, los dos íbamos detrás de lo mismo —contesta el profesor.

—No hacemos precisamente lo mismo. Los dos tenemos objetivos diferentes.

—Pero vamos detrás de lo mismo.

—Casi... —insiste ella como si lo contrario fuera una ofensa.

—Casi... —repite el profesor mientras revuelve el café recién endulzado.

Ella está recostada contra el respaldo de la silla y golpetea la mesa con una cucharita, analizando a su interlocutor mientras lo observa terminar su taza.

—Sin rodeos, profesor. ¿En qué lo puedo ayudar? —pregunta con dureza.

—Usted lo sabe.

Ella se muerde los labios y se acerca a él:

—¿Quiere hablar con uno de mis pacientes?

El profesor piensa que ella es bellísima, aún con todos esos años encima, una dama preciosa. Se pregunta si estará casada o divorciada. Viuda posiblemente.

—Tengo entendido que uno de sus pacientes ha sido amigo de *ella* —explica tratando de no dar muchos detalles por si alguien más los escucha.

—¿Amigo? No creo. Sé a quién se refiere, aunque no creo que haya sido amigo de ella. Pero de que la conoce, la conoce. Habla de ella todo el tiempo.

—¿Y qué dice?

—Nada importante, estoy segura de que no tiene idea de dónde hallarla.

—Usted es muy suspicaz.

—Usted es muy transparente.

—¿Sabe?, igual me gustaría hablar con su paciente. ¿Usted cree que podría...?

—Lo que yo creo es que podríamos trabajar juntos, dos cabezas piensan mejor que una.

—¿No le da miedo? —pregunta sobrecogido.

—Creí que dijo que me conocía.

El profesor sonríe.

—Lo importante es que encontremos a esos psicópatas pronto, será lo mejor para todos —dice la doctora mientras levanta el jarrito vacío de café para que el mozo lo recargue.

—Esos locos son peligrosos.

—Por eso los buscamos, ¿o no? ¿Por qué los busca usted?

—Creo que ellos poseen algo que podría tener muchas respuestas para la ciencia. Tengo entendido que el primer líder de la secta fue arqueólogo.

—No me diga —replica sorprendida.

—Sí. Sospecho que en los cincuenta o sesenta fue director de algún proyecto en Yucatán o director del Centro de Estudios Mayas.

—Conque mayas, eh. Supongo que usted cree que estos ritos de sangre que practican en la secta tienen algo que ver con la cultura maya.

—Y yo supongo que para usted la respuesta más obvia es que no tienen ningún fundamento, que sólo se excitan con la sangre.

—Algo un poco más complicado que eso: sadismo, zoofagia, necrofilia. ¿Pero qué hago?, usted no es ningún inexperto, ¿por qué se hace el tonto? Yo recuerdo que... —dice dándose golpecitos en los labios con el dedo índice— lo vi en la conferencia de Candice Skraper, en Ciudad Juárez, por lo del Depredador de Chihuahua, ¿recuerda?, usted no es ningún tonto, sabe bien a qué clase de personas nos enfrentamos.

—Sí, sé qué clase de personas son, pero déjeme recordar cómo los describió usted en aquella columna de la revista psiquiátrica a la que estoy suscrito sólo por usted. ¿Cómo era? ¿Una cuna de asesinos en serie?, ¿así los llamó?

—Usted lo está diciendo —dice ella evitando el contacto visual.

—Y usted lo está pensando.

—Está bien, yo le contaré cosas y usted a mí, así podremos trabajar juntos.

—De acuerdo.

—Empecemos... ¿Qué es eso tan importante que la secta guarda para que usted esté dispuesto a pagar cualquier precio?

El profesor mira a los lados para luego responder:

—Si no me equivoco, ellos podrían estar guardando material conservado de suma trascendencia para el estudio de la civilización maya.

—Está queriendo decir que tienen una... ¿momia?

—Mejor que eso. Estamos hablando de material genético intacto de un ser excepcional.

BAZOFIA FAMILY: EPISODIO PILOTO

Papá llega cansado del trabajo, con cara de «Sabes, querida, hoy fue un día terrible, las hormigas entraron a mi lonchera y se comieron el emparedado»; una presentación *light*, que no se note que viene pensando en que hizo un calor de mierda y que su esposa ya sabe que es un psicópata asesino.

Mamá está llorando en la cocina, dice que la niña tiene sus genes. «Sí, tus malditos genes, cerdo descuartizador». Así que papá mira hacia el corralito donde las niñas juegan con cerdos, no es difícil imaginarse cuál de las dos fue. La que se embarró sangre en la boca, como si fuera chocolate. «Oh, niña, por qué lo hiciste, calabacita». De fondo se escucha una melodía como la de *You know my name, look up the number* de los Beatles. Una escena muy rara, todos como salidos del *Gabinete del doctor Caligari*. Que se note que al tipo se le comienzan a cruzar los cables o se le vuelan tornillos. Esa vida no la quería para él, menos para alguna de sus hijas.

«Quizás se cayó y se rompió la boca, quizás sea su propia sangre. ¿Estás segura que no es eso, querida?». La mujer toma entre sus brazos a la niña de la que hablan, le limpia la boca con su propio vestidito negro y le dice que está segura. «La vi comiéndose al gato. No sé si ya estaba muerto o ella lo mató. Pero se comía al gato». Y él se saca el gorro y se agarra de los pelos, lo piensa y vuelve a darle vueltas al asunto otra vez. «Un gato, querida. Era sólo un gato. Y los gatos son gatos, no personas». Pero Mamá ya no quiere escuchar nada. «Un gato hoy. Mañana, no sabemos», dice bajándola, la niña corre a los brazos de su padre. Papá no comprende, sigue mirando a Mamá como esperando a que rectifique lo que él cree que ella piensa. A esto le sigue un silencio incómodo, y Mamá confirma secamente lo que él cree que ella piensa: «no quiero criar a esta niña».

Papá está inmóvil con su hija en brazos, pero la habitación comienza a girar y a girar y a girar, tan rápido que todo desaparece, y quedan en el mundo sólo él y la pequeña. Sangre de su sangre. Este psicópata asesino tiene corazón, uno lo puede notar ahora. Esa cara no es de alguien a quien no le importa nada. Se muerde el labio inferior, impotente. No puede ser, esto no es genético, es adquirido. ¿O no? Él no fue siempre así. No ha sido una bestia siempre. Una bestia pusilánime porque, mírenlo, no le puede decir a su esposa que no. Agacha la cabeza como quien dice *Sí, querida, aquí están mis bolas envueltas en papel de regalo*. Baja a la niña y lleva a Mamá del brazo a otro cuarto de la casa para que le explique lo que espera que él haga. Ella es contundente, pone sus manos alrededor del rostro de Papá, manchándole con sangre de gato, y susurra algo como «por el bien de ella, por el bien del mundo, debemos detenerla».

Papá abre la puerta y la ve al final del pasillo, cambiaría toda su vida y pagaría por todos sus crímenes sólo por verla crecer como una niña normal. «Ella no es

normal», dice Mamá adivinando lo que él piensa y pone en sus manos una daga filosa.

—Alguna vez me dijiste que deseabas que tu madre hubiera sabido que ibas a ser así para que te abortara.

—No puedo hacerlo.

—¿Quieres que lleve una vida como la tuya?

—Era sólo un gato.

—Y lo tuyo era sólo un guiso de humanos.

La cara de Papá se arruga, como si envejeciera veinte años en un segundo y llora amargamente. Camina con la daga oculta tras la espalda y va repitiendo, sollozando, que no podrá hacerlo. «Todavía nos queda la otra, que sí es buena. Todo va a salir bien». Papá la levanta del suelo, y la abraza, le acaricia el pelo con el filo de la navaja y la niña lo besa.

«Aquí no, Papá. Llévala lejos».

Los ojos negros del hombre se iluminan como si se le acabara de ocurrir la idea más brillante de su vida; pero su esposa lo conoce tan bien que descifra el lenguaje secreto de esas lágrimas que regresan por donde vinieron y del pulso de la mano con la daga que vuelve a su ritmo normal. «Ni se te ocurra engañarme. Me traerás una prueba de que lo hiciste o no me volverás a ver a mí ni a tu otra hija».

Va en su chatarra cruzando el pueblo, no le caben certezas, de tanto en tanto posa su gran mano sobre la de la pequeña y sonrín. Pero la suya es una sonrisa fingida, la fachada de un dolor profundo. Está cumpliendo la peor de las condenas. No es posible que esos ojitos cándidos puedan parecerse a los suyos alguna vez. Éste es el momento ideal para encender esa vieja radio que enmudece en cada bache y escuchar algo como *Folsom Prison Blues*, esa canción en la que la madre le dice al niño que se aleje de las armas, pero al crecer igual termina siendo un asesino. Así que Papá pone algo de música, pero no aparece Johnny Cash, sino algo de folclore que suena tan bajo hasta volverse un simple ruido; al ruido se le acoplan el tintineo de la vieja carrocería y los truenos del caño de escape roto. Ningún hombre debe ser enviado al patíbulo sin música. Se mira en el espejo retrovisor y con una sola mirada le confirma a su alma: *No soy verdugo, soy un condenado a muerte*. Le devuelve la mirada a la niña, una mirada dulce nunca antes vista en él, tan diferente de esas pupilas llenas de frialdad que se tiñen de rojo en los rincones más oscuros de la Tierra. Podría matarse, pero entonces, quién arreglaría el destino de este angelito. Angelito carroñero.

La hija juega a mover la cabecita flotante del perro de plástico acostado sobre el tablero, por momentos le da vueltas como si quisiera arrancársela hasta que vuelve a acariciarlo y a reír con el baile del juguete mientras su padre va elucubrando el futuro de su hija o acaso la salida más rápida e ingeniosa para que todos salgan ganando.

El cielo está nublado y éste es un paisaje cinemascopio en blanco y negro. Papá

detiene la chatarra a un lado del camino mientras la niña pregunta por qué paró. Así que aquí viene la explicación. Papá se desabrocha la chaqueta de mezclilla y se la coloca a la pequeña porque a donde quiera que vaya esta noche tendrá frío. Se arrodilla frente a ella y le prende los botones. «Corazón, yo te amo y porque te amo estamos acá y haré algo que me dolerá mucho. Pero quiero que recuerdes siempre que te amo, y que hubiese preferido que las cosas fueran distintas».

Ella lo abraza sólo porque ve lágrimas en sus ojos, no sabe que las cosas le están sucediendo a ella también. Los cuervos se posan sobre los árboles a mirarlos, a escucharlos, a entrometerse en ese momento íntimo. Papá debe ser fuerte y tratar de no transmitirle eso que siente, tiene que carraspear y secarse los ojos, hacer algunos comentarios que la distraigan. «¿Es cierto que comiste las tripas de un gato?». Y la niña se encoge de hombros. «¿No habrías preferido carne cocinada?» La niña no dice nada. «No vuelvas a hacerlo, linda, eso puede enfermarte». Entonces la niña balbucea algo, parece que se defiende, que dice que el gato ya estaba muerto. Papá la abraza sujetando su cabecita contra su pecho, mira al cielo gris y parece reclamarle algo a alguien.

«Ahora quiero que corras rápido y que te vayas lejos, sin mirar atrás».

La niña se niega rotundamente a hacerlo, se niega sin palabras. Entonces Papá se levanta, mete la mano detrás de los pantalones y saca la daga. Se agacha frente a ella y se la enseña.

«No puedo regresar a casa si no mato a alguien hoy. Te pido por favor, calabacita, que corras y que nunca regreses». La niña contempla su propio reflejo en la hoja del cuchillo y se horroriza de su propia cara horrorizada, entonces comienza a correr aterrada. Y él la deja alejarse con nada más que una chaqueta de mezclilla y un vestidito negro con su nombre y apellido bordado en rojo, el distintivo que, irónicamente, su madre le había bordado hace mucho tiempo en caso de que se perdiera. Esa marca será la única conexión que conservará de su familia.

«¡Corre, corazón, corre! ¡Busca a buenas personas, busca refugio en cualquier iglesia!». Papá baja la cabeza y resopla: «Y nunca regreses, mi niña, nunca».

Papá la ve alejarse, hacerse un punto hasta desaparecer. Ya no es dueño de sí, quizás nunca lo haya sido. Camino a casa se mete a una granja y roba una ternera, la alza sobre sus hombros mientras los otros animales se alarman haciendo toda clase de sonidos.

Llega a casa. Mamá está en la cocina con los brazos cruzados sobre el pecho. Papá se para frente a ella y lanza sobre la mesa el corazón de ternera ensangrentado, con venas y arterias colgando, y le dice:

—Aquí está el corazón de tu hija, perra.

POLAROID DE UN LUNÁTICO EN CAUTIVERIO

—¿Quién sos vos? —pregunta un hombre en pijama sentado en una cama.

—Ya te lo dije, Augusto. Soy el profesor Hernández, estoy aquí para hacerte algunas preguntas —repite impacientemente una silueta erguida del otro lado de la habitación.

—Sí, eso ya me lo dijiste. ¿Pero por qué a mí? ¿Ellos te enviaron?

—No me envió nadie, vengo por mi cuenta.

—Vamos al patio, en esta habitación hay micrófonos escondidos. Me espían día y noche.

El profesor mira a través de la ventana de la puerta para encontrar la aprobación u oposición de la doctora de Augusto. Ella asiente y se aparta de la puerta.

—¿Tendrá un cigarrillo, profe? —inquire el individuo del pijama mientras se coloca un sombrero bombín con elegancia.

El profesor Hernández busca sin ánimo en sus bolsillos hasta finalmente encontrar uno, lo sacude y se lo da. Le dice que se adelante, que él irá después, Augusto accede fumando el cigarrillo todavía no encendido.

—No sé si este hombre podrá ayudarme, doctora —suspira el profesor pasando junto a ella, que está recostada a un bebedero en el pasillo del neuropsiquiátrico.

—Usted sólo tiene que mantenerse tranquilo y entender cómo obtener las respuestas. Podrá fácilmente discernir lo que es real de lo que no. Cuando diga algo que suena muy absurdo, no le siga la corriente ni le diga que eso es imposible, no haga nada que le haga pensar que usted está en su contra. Si él realmente cree en lo que le está contando y usted le dice que eso es imposible y trata de hacerlo entrar en razón, él ya no confiará. Si usted le sigue la corriente, quizás caiga en una trampa en la que él nada más intenta ver cuán dispuesto está a creerle, si usted se muestra muy dispuesto él podría pensar que usted está tramando algo en su contra o que en definitiva cree que él está tan loco como para inventar disparates. La clave es que él no sepa lo usted piensa, si le cree o no le cree.

—Pues haré lo que me dice, no me queda de otra, no tengo adónde más ir, él es la única pista que me queda. ¡Es como si a esa mujer se la hubiera tragado la tierra!

—Haga lo que le digo, profesor. No demuestre miedo ni incredulidad. Haga preguntas concretas, de ser posible reformúlelas luego de otras preguntas, y ahí notará qué es real y qué no. No lo entusiasme con sus delirios, no haga que hable de más de las cosas que no tienen sentido, asienta y cámbiele de tema. Ya váyase antes de que desconfíe de su tardanza.

En un banco de piedra bajo un árbol de mango se sienta el hombre con pijama y bombín, a su lado el profesor vestido con pantalones y camisa caqui, anteojos de

redondez pasada de moda y botas pesadas, tan grandes que hasta parece que pesan más que él cuando cruza las delgadas piernas. Entre ambos debe haber como treinta años de diferencia, pero a simple vista cualquiera diría que hay muchos menos.

—¿Reconoces a esta mujer? —pregunta el profesor Hernández mostrándole un identikit que él mismo dibujó.

—Sí, claro —responde Augusto inmediatamente, con sólo verla por el rabillo de los ojos.

—Esto es importante, debes mirarla mejor. ¿Estás seguro de que la conoces?

—Muy seguro.

—¿Quién es?

—Nuestra salvadora, la redentora de los Caballeros Eternos.

—Así que tú también eres un Eterno.

—No, ya no. Ellos dicen que soy muy débil y ahora me están buscando, porque creen que tengo mucha información.

—¿Y la tienes?

—¿Qué querés saber, profesor? —gruñe y se lleva las manos a la cabeza—. ¿Cómo puedo confiar en vos?

—No te obligaré a que confíes. Si quieres hablar, pues me hablas. Si no, pues me voy.

—¿Sabés por qué estoy acá?

—¿Por qué?

—Sólo porque tengo la enfermedad de la humareda.

—¿Enfermedad de la humareda?

—Sí. Que yo esté aquí es un accidente. Me trajeron porque tienen miedo que contagie a la gente en la calle, en el mundo exterior, sabés. Mis órganos se convierten en humo si no cambio mi sangre regularmente. Pero la enfermedad de la humareda no se contagia. Uno nace así, sabés. Mi mamá fue quien llamó al hospital, cuando salga volveré con ella. Ella no sabe nada sobre los Caballeros Eternos, es mejor así. Pero ellos saben en dónde estoy, infiltran a su gente, me buscan para que yo no cuente nada. Ellos no tienen la enfermedad de la humareda, yo llegué por accidente ahí. Sólo quería sangre. La necesitaba. Me sale humo por la boca cuando no la consigo. Para mí es algo de vida o muerte.

—¿Podrías hablarme de la mujer de la foto?

—¿Qué quiere saber, profesor?

—¿De dónde es? ¿Es mexicana?

—No lo sé.

—¿Es paraguaya?

—No lo sé.

—¿Uruguaya?

—Me preguntó dos veces lo mismo.

—No. Primero dije paraguaya, después uruguaya.

—Da lo mismo. No lo sé.

—Argentina, inglesa... Dime algo sobre ella.

—No es inglesa, habla español.

—¿Y no reconoces su acento?

—Nunca la he escuchado hablar.

—¿Entonces cómo sabes que habla español?

—No estoy seguro, sólo sé que entiende el español.

—¿Pero tú la has visto?

—No personalmente.

—¿Conoces a alguien que la haya visto personalmente?

Augusto eleva la mirada al cielo mientras lo piensa.

—Sí. El Chupacabras.

—Esto es serio, Augusto...

—¡El Chupacabras! Así le decíamos al puertorriqueño.

—¿El Chupacabras?

—No puedo decirle más —dice Augusto y se levanta, tira el cigarrillo y lo pisa como para apagarlo.

El profesor también se levanta y vuelve a mostrarle la fotografía.

—¿Cuál es el nombre de ella?

—Dila Dubi. Dubi Dila.

El profesor asiente y guarda la foto.

—Pero... —dice Augusto bajando la voz—, ¿para qué la buscás? El Chupacabras la protege, no podrás acercarte a ella.

—¿Qué me dices del nuevo templo de la Orden de los Caballeros Eternos?

—No sé dónde está.

—Necesito saberlo, quiero algo que tienen ellos.

—¿Algo que ellos están dispuestos a entregarte?

El profesor se encoge de hombros.

—Si no pertenecés a la Orden jamás sabrás dónde encontrarlos... y menos, profe, podrás entrar al templo. Y mucho menos podrás obtener algo de ellos... —Augusto le da una palmada en el hombro y se acerca más—. Mirá, yo estoy cansado de estar encerrado acá. Odio este lugar, es peor que la cárcel. Es una jaula de monos. Yo no necesito esto, a ellos les conviene tenerme encerrado y vigilado, y si se enteran de lo que estoy haciendo nos eliminarán a los dos. Pero podemos hacer un trato.

—¿Ah, sí? ¿Qué trato?

—Hablale a mi doctora para que me deje ir de acá, si quiere puede ir a visitarme a mi casa, pero ya no quiero estar acá. A cambio de ese favor yo te voy a decir lo poco

que sé sobre Dila Dubi, una ayudita para que puedas encontrarla. No sé si esté en el lugar que creo, pero sin duda ahí más gente la conoce personalmente y podrás conseguir información allá.

El profesor saca un pañuelo y se seca el sudor de la nuca, respira hondo, voltea los ojos, piensa una y otra vez en ese trato. No puede hacer tratos con un posible homicida, pero si todo sale bien podrá atrapar a una banda de asesinos en serie, y eso es más importante que preocuparse por un lunático en pijama.

—Hagamos el trato. ¿Dónde está la mujer?

—No sé dónde está ella, pero puedo decirle dónde buscarla.

—Dime.

—Hay un pueblo en el que suele ser vista, pero tenés que ser astuto, y ganarte la confianza de los pueblerinos. Tenés que vivir entre ellos, tenés que ser paciente. Hablá de ella, preguntá por ella, pero no hables de los Caballeros Eternos, no hables del Chupacabras, no menciones por qué la buscás, porque entonces el Chupacabras irá a buscarte.

—Ya, dime, Augusto. ¿Qué pueblo es ése del que hablas?

—Fango Rojo.

LA NO VIDA DE CORNELIUS

Mis padres no podían tener hijos, lo intentaron durante varios años y nada. Terminaron convenciéndose de que simplemente era imposible; por eso cuando supieron que yo venía en camino no lo celebraron, pensaban que no iba a durar. Me habían condenado con el pensamiento al más trágico de los destinos: la falta de uno. Mi nacimiento no inspiró el más mínimo acto de bienvenida ni muestra de afecto. Mi padre sólo me miraba y pensaba que yo era un niño sin vida. Que esa vida que yo aparentaba tener no era mía ni suya, ni de nadie, sino que todo era una ilusión. O una alucinación.

Ahora supone que, de haber poseído una vida, yo la habría llevado de la forma más fantástica en que un ser humano podría hacerlo. No sé si mi vida llegó a ser mía alguna vez, pero hoy sólo me queda fantasear con ella como si se tratara de un sueño.

Me veo como un Willy Wonka latino, un excéntrico riéndose de la gente. Sólo que sin fábrica de chocolates, no me gustan los sistemas corporativos ni liderar grupos, ya sean Oompas Loompas o personas regulares. Me veo más independiente, como un hombre con una misión, como aquél que dio la vuelta al mundo en ochenta días, pero más raro. Un aventurero, un sobreviviente, descubriendo las dimensiones secretas de la naturaleza. El conejo blanco del País de las Maravillas, eso es lo que soy. Pero sin el reloj y seguramente sin la chaqueta ni el chaleco. *Y si andas persiguiendo conejos / y sabes que vas a caer / diles que una oruga fumando la hookah te mandó a llamar.* Claro, reconocen la canción *White Rabbit*. Sí, es que aunque no tenga vida, yo soy un hombre completo, me gusta Jefferson Airplane.

No sé por qué en esta no vida sólo existimos mi papá y yo. Él es un cazador de fantasmas y yo soy este espíritu aventurero que devora animales muertos en el desierto y exprime estiércol para no morir de sed, los dos podríamos salir en Discovery Channel. La madre que se ha resignado con mi ausencia ya no ha vuelto a aparecer en las constantes evoluciones cíclicas del universo; pero tampoco la necesitamos, mi padre dice que un espíritu no necesita madre.

Mi padre no es un fracasado, no lleva la gran L en la frente. Aunque no ha atrapado nunca a ningún fantasma, ha llegado a ver a algunos frente a frente (suprimamos aquí al fantasma que me ha matado, porque al estar vivo yo, ese encuentro jamás ocurrió). Les hablaré de un fantasma juguetón con el que mi padre se encontró en la frontera entre Bolivia y Paraguay. Los lugareños lo llamaban el Cucu Caca. Era el espíritu de un niño que fastidiaba a la gente cagándoles las cosas. Ya saben, los pisos, las paredes, los cubiertos, la comida. Uno se volteaba y el Cucu Caca se cagaba en las cosas. Dice mi padre que la mayoría de las veces era invisible, pero que había noches en las que le gustaba mostrarse, y mi papá fue uno de los que tuvo la oportunidad de ver cómo era; un niño de unos cuatro o cinco años con piernas

largas que parecían dos tablitas de madera, la cara redonda y sonriente, rubio y de ojos celestes muy claros, posaba la mirada sobre uno pero parecía no verte.

Mi padre estaba en la casa de una familia paraguaya tratando de atraparlo cuando lo vio alumbrado por la luna en el patio de la casa. Sintió tal ternura al verlo, que mientras los demás corrían él se quedó parado, hipnotizado casi mirándolo a los ojos, pero el Cucu Caca no lo veía, caminaba hacia él pero no lo veía, la gente gritaba que corriera, que se alejara si no quería que le cagara encima. Mi papá retrocedía lentamente, siempre mirándolo y el Cucu Caca seguía los ruidos de la familia que gritaba y los buscaba como si todo se tratara de jugar al escondite, el pequeño fantasma pasó junto a mi papá sin hacerle nada, yendo directo a aquellas personas escondidas bajo una misma sábana en un sola cama. Y cuando iba a sentarse sobre ellos, mi papá se acercó con la mano extendida como para tocar sus rizos dorados, entonces el niño fantasma volteó quizás sintiendo la mano cerca, se asustó y desapareció.

Es irónico, ¿no? Que mi padre no haya atrapado a un solo fantasma en toda su vida y viva rodeado de ellos. Está vivo, pero vive entre los muertos. Lo más absurdo es que no puede dejar esto, no hasta encontrar a un fantasma en particular para cobrar venganza. Siempre le digo que ya no piense en eso, no es posible vengarse de un fantasma, pero él responde: «Ya, Cornelius, no me digas a mí qué hacer, soy tu padre».

—¡Vincent, despertáte! Estás soñando otra vez. Cornelius está muerto.

PSICONAUTA DIVINA, ELVIS DICE QUE ERES EL DIABLO CON DISFRAZ

Ella cultiva más de veinte especies de hongos mágicos, sus favoritos son los teonanácatl y los cucumelos. Sus teonanácatl, o Carne de Dios, de México, los cucumelos del norte de Argentina. A un inexperto le parecería que ambas especies son iguales, pero ella tiene el don para reconocer la diferencia: radica en el contenido de las visiones que cada uno de los hongos puede mostrar. Cada ritual debe ser practicado con setas específicas y nadie conoce tantos rituales a base de psilocibina como ella.

Era poco más que una niña cuando escuchó las voces por primera vez, acababa de dar sangre a su padre cuando tuvo un sueño en el que ella era como una reina celestial, los querubines tiraban de su vestido subiéndola al cielo. Cuando despertó lo primero que supo fue que había salvado la vida a su padre, una voz le dijo claramente que fue posible gracias a ella, a su Sangre Divina, porque ella es la Hija de Dios. Su padre igual murió poco tiempo después, pero nada de eso anulaba su primer milagro. Ava Dubi era, claramente, la enviada del Señor.

Las voces se hicieron constantes, le decían que el mundo la necesitaba, que ella era el instrumento de Dios contra los pecados de la Humanidad. Su madre sola y enferma, al no poder hacerse cargo de ella, la envió a un internado católico en el Chaco Argentino, en donde permaneció menos de un año. La expulsaron cuando descubrieron que comía estiércol y predicaba que ella era la Salvadora.

Regresó a la granja de su madre, en la huerta cultivó los nuevos hongos extraídos de bosta de cebú junto a los San Isidro y la salvia divinorum. En el pueblo la conocían como la Virgen de los Cerdos, porque se declaraba virgen y vivía entre cerdos. Seguía comportándose como si de verdad fuese un instrumento sagrado, inventó una religión que a algunos vecinos les sonaba muy racional, así que solían acoplarse a esas misas profanas celebradas en un chiquero, en donde se desnudaban y se untaban lodo rojizo. Y luego, dependiendo de la disposición de los astros, masticaban hongos o hacían infusiones con ellos. A veces ella los servía bañados en chocolate.

Una postal que definiría esos años de su vida: Ava acostada en el huerto de hongos, sobre bosta, rodeada de sombreritos rojos, amarillos y lilas, bajo un cielo cian. Por aquellos días los mensajes secretos que le enviaba el Señor se hicieron más claros, venían en la etiqueta de sus prendas, representadas por las formas de las nubes o en los discos puestos al revés.

Después de la muerte de su madre, quedó como dueña única de la granja, se sostuvo vendiendo animales y hongos por kilo, juntó dinero y viajó a la ciudad a estudiar enfermería. En su pueblo siguen vendiendo estampillas de la Virgen de los

Cerdos, una mujer de largo pelo rojizo, desnuda, con lodo cubriéndole solamente sus partes íntimas y tres cerdos alrededor de ella con la cabeza abajo como venerándola. Pero estas estampillas no pasaban de ser suvenires kitsch, recuerdos jocosos de Fango Rojo.

En la ciudad, Ava desarrolló algo que ella misma reconocería más adelante como adicción a las transfusiones sanguíneas. Donando en diferentes hospitales, llegó a hacerlo una vez por semana durante tres meses, engañaba o persuadía, hasta falsificaba carnés de donante para poder hacerlo. En los hospitales comenzaron a reconocerla y a prohibírselo, pero ella se ingenió para donar sangre al menos cuatro a cinco veces al año. En algunos lugares no hacían preguntas, simplemente le sacaban la sangre, en otros aunque la reconocían se aprovechaban de ella sin importar su salud.

Durante unas vacaciones, al volver a su huerta de hongos descubrió un peyote floreciendo en el invernadero de su madre, era tal vez su tesoro mejor guardado, pero Ava no lo pensó dos veces antes de convertirlo en un mejunje para ingerir. Después de los peyotes siguió con las psylocibes mexicanas, con las cubensis, los quebencensis, los panaeolus, los gymnópilus, con todo hasta derrumbarse convulsionando. La enviaron en ambulancia al hospital de la capital en donde trabajaba y ahí le dijeron que nunca más le estaría permitido donar sangre. Pero nuevamente se ingenió para seguir haciéndolo.

ALKA SELTZER PARA EL CANÍBAL

Para anunciarse, Juan toca la campana de bronce frente a la carpa del Templo Ambulante de la Orden de los Caballeros Eternos. Mientras aguarda a que alguien salga a recibirlo pone en pausa el iPod y sonríe contemplando esa extraña composición visual formada por la carpa de circo y las dieciséis Harley Davidson en medio del monte a medianoche.

Alrededor de la carpa hay una reja, la entrada es un portón con gruesas cadenas y candados, pegado a él un telón cerrado por dentro. Del otro lado, una voz de hombre pregunta:

—¿Es usted socio?

—*Bête noir* —susurra acercándose a la reja.

El telón se abre y un hombre con casco de motociclista abre los candados. Juan espera también con el casco puesto. El hombre lo hace pasar, cierra las rejas y luego la carpa. Juan se saca el casco y su rostro queda al descubierto.

—¡Sos vos! ¿Qué hacés acá? —se sorprende el que lo recibe y retrocede aterrado.

—Con el permiso de la autoridad, y si el tiempo no lo impide, mataré a cada uno de ustedes y luego me los comeré.

Lo sujeta del cabello y alza sobre él un estoque de ochenta centímetros, se lo introduce por el omóplato y lo hunde hasta llegar al corazón. Lo siente morir en sus manos; desenvaina el acero del cuerpo y luego de sacarle las llaves del candado, pone en marcha el pasodoble *Cielo andaluz* y alza el volumen. Camina por el laberinto de biombos pintados a mano. Se quita un audífono blanco de uno de los oídos para concentrarse en las voces que vienen del fondo, pero más que por el ruido se guía por el olfato; camina entrecerrando los ojos y levantando la punta de la nariz. Se detiene frente a la fotografía que se encuentra en un altar con flores rojas y velas. La de la foto es ella. Su piel, su pelo, sus ojos. Es ella. Siente la presencia de alguien por detrás; vuelta, estocada, gira la espada y lo desangra, vuelve a sacarla y a meterla hasta llegar a la médula espinal, se pone de cuclillas y le corta una oreja para ir masticándola mientras camina por el laberinto, tratando de llegar hasta los demás. Detrás de un bastidor se encuentra con otro, uno que no advierte su presencia. Un pinchazo en la espalda, perfecta estocada, corta la oreja y sigue.

—¡Ey! ¡Vos! ¿Qué hacés acá?

Juan gira sobre sus talones, el hombre vestido con túnicas negras observa el estoque bañado en sangre y retrocede lentamente. Juan le da espacio, luego se dirige a él con cautela, como un león o un lobo, dos pasos más y da un salto; perfecto estoconazo y muerte inmediata. Se pone de cuclillas, corta la oreja, se quita el cinturón de cuero negro con tachas y le hace un nudo alrededor del cuello, como una correa de perro, para poder arrastrarlo hasta el salón ceremonial, marcando en su

trayecto un camino de sangre, como una alfombra roja que se forma detrás de él a medida que camina.

El laberinto de bastidores pintados a mano culmina en un espacio ovalado en donde, inmóviles, tres mujeres y nueve hombres con túnicas negras sentados en círculo en el suelo están mirando hacia él como si hubiesen sido interrumpidos. Juan se dirige hacia ellos, con una mano arrastra el estoque ensangrentado y con la otra remolca el cuerpo, la túnica del difunto se desata y el muerto va quedándose desnudo con cada paso que da el matador. Algunos se tapan los ojos. La mujer que lleva una especie de distintivo en el pecho, como un corbatín rojo, se levanta y pone una mano extendida frente a ella, con los dedos todos hacia arriba, como pidiéndole que se detenga.

—¿Qué hacés acá? Ya no sos un hermano, no podés volver.

—No estoy volviendo... —dice Juan y suelta el cinturón que mantenía levantada la cabeza del cadáver desnudo.

—¿Qué estás haciendo? —insiste la mujer.

Juan se ríe y los demás se levantan, uno que otro intenta intimidarlo con la mirada, pero no funciona.

—Ustedes la mataron. Querían sangre y la mataron, por eso vengo yo a buscar la sangre de ustedes y no me iré hasta saciarme.

—¿De qué hablás, boludo? —pregunta arrogantemente uno de los sectarios.

Juan se acerca a él como si fuera a contestar, pero la respuesta es esta simple acción: estocada perfecta y corte de aorta. Los otros gritan o se cubren los ojos.

—Ustedes mataron a Dila Dubi —dice el matador.

—¡No! —exclama una mujer, la más joven del grupo, y se arrodilla frente a él como pidiendo piedad—. Hermano, fue un accidente...

Juan baja la cabeza y la mira a los ojos. Estoconazo perfecto.

—Esto también fue un accidente.

Los restantes comienzan a huir. Gritan y corren, se pierden en el laberinto de biombos, se desesperan buscando la salida. Juan camina, salta, derriba bastidores, reparte pinchazos, se ríe a carcajadas; los ve cansarse, tropezarse entre ellos, se golpean contra los objetos que caen. Entonces se decide a acabar con todo, los corre como una bestia feroz, como si estuviera acostumbrado a cazar para sobrevivir. Estocada, estocada, estocada. Siente el olor del miedo de uno que se esconde detrás de la carpa, clava el estoque y la raja. Otra estocada al que cuelga de la reja intentando escapar. Ya sólo le falta una persona. La escucha sollozar, gemir, llorar; mira alrededor, olfatea en el aire, camina, busca y encuentra, está dentro de un baúl que luce como reliquia. Pero él no busca reliquias. Levanta la tapa del cofre, de cerca parece un sarcófago, la mujer que se oculta en el interior llora pidiendo piedad, Juan le quita el pelo de la cara con la punta del estoque y la mira a los ojos. Estoconazo

perfecto que le atraviesa el ojo, también le corta la oreja y vuelve a cerrar el baúl.

Reúne cuerpos en el centro de la carpa, sobre los biombos derrumbados, los desnuda y los despelleja con un cuchillo de caza, los desmenuza con la naturalidad con la que se desmenuza un pollo, prueba un trozo y hace una mueca de repulsión.

—Aunque su carne es asquerosa, cerdos sádicos, igual me los comeré y los llevaré al infierno conmigo. Yo les enseñaré lo que es la Eternidad.

LADO B: PARA ESCUCHAR AL REVÉS

El destino trajo a Ava hasta mí. Yo estaba elaborando una prueba pericial psiquiátrica cuando mi colega me hizo una consulta sobre el caso que él estaba tratando. Nuestros pacientes padecían delirios místicos, pero la de él se adecuaba al perfil al cual yo me especializo, así que creyó pertinente que estudiara su expediente. Así descubrí a Ava. Cuánto más leía sobre ella, más deseaba haber dado yo primero con ella. Apenas supe de su devoción hacia la sangre sentí que estábamos destinadas a encontrarnos.

Había algo en particular que me decía que yo debía encargarme de ella, llevaba casi treinta años estudiando a psicópatas obsesionados con la sangre, todos ellos se excitaban viendo, lamiendo, bebiendo u oliendo la sangre de terceros, pero lo singular en Ava, aunque demostraba una conducta similar, su diferencia era que tenía un cuadro psicótico caracterizado por extraerse la sangre en lugar de ingerirla. Pensé entonces que si tan sólo podía entrevistarme con ella tal vez descubriría nuevos horizontes en el campo del vampirismo clínico o el sadomasoquismo. Casualmente, una semana después, algo pasó con mi colega y se me derivó el tratamiento de Ava.

Nunca olvidaré lo que sentí la primera vez que la vi. Cuando entró a mi consultorio sentí que una brisa helada entró con ella. Su rostro era el de una mujer abatida: pálida, ojerosa, labios secos, dientes amarillentos y expresión de asco. Pero, en contraste, traía un tierno vestido rosa que se veía raro en ella, era como un perro al que le ponen vestido y obligan a caminar en dos patas. Simplemente el vestido rosa no era para ella, y ella lo sabía. Tenía el pelo recogido, y su ancha frente estaba duramente enmarcada por el pelo rojizo.

Entró cantando y le pedí que hiciera silencio para escucharme, pero ella no quería detenerse:

—Pero Él me está hablando... —respondió.

—¿De quién hablás, Ava?

—De Dios. Él me habla a través de las cosas, como la música.

Me callé unos segundos, no me sorprendía su comportamiento, me sorprendía su aspecto físico. Podía jurar que ya la había visto antes.

—Soy la doctora Iglesias y estoy aquí para ayudarte —le dije y le pasé la mano, pero ella no me la estrechó—. Ava, sacame de una duda. ¿Nos conocemos?

—Quizás usted me conozca a mí, pero yo a usted no —dijo mascando un chicle que no me di cuenta cuándo se lo metió a la boca.

—Quizás... ¿Qué edad tenés?

—Treinta y tres.

Dijo treinta y tres sin dudar, yo iba a tomar nota pero me quedé extrañada, levanté la mirada de mi anotador y recorrí su fisonomía.

—No parecés de treinta y tres, cualquiera diría que tenés menos de veinte. Es

mucha la diferencia entre lo que aparentás y tu edad. ¿Estás segura que tenés treinta y tres?

—Sí. Treinta y tres.

—¿En qué año naciste? —probé para ver si sacaba cálculos.

—En 1970 —dijo sin dudar, permanecía sentada en la misma posición en la que se había quedado cuando entró, juraría que no se le movía ni un solo pelo, parecía una fotografía desplegada frente a mí.

En su expediente también decía treinta y tres, pero yo no lo podía creer. Parecía de veinte, la observé detenidamente tratando de aceptar el vínculo entre lo que es y lo que parece, pero por más que intenté visualizarla con la edad que debía tener según ella y sus papeles, sólo llegué a ponerle veinticinco como máximo, hasta esa edad podía aceptar que era cierto, y eso, siendo generosa.

—¿Estás segura de que no nos hemos visto antes? —insistí quizás porque no podía creer que nunca había escuchado sobre ella.

En su expediente había informes de varios hospitales en los que yo llegué a trabajar, no pude evitar pensar en que muchas veces estuvimos tan cerca de conocernos.

—¿Dónde naciste, Ava?

—En mi casa —contestó con indiferencia.

Escucho nuevamente la cinta que conserva la entrevista que le hice aquel día. Todo ese tiempo ella se mantuvo segura, realmente creía en lo que decía. Yo pensaba que había algo de cierto, no podía estar todo tan lejos de la realidad. Pero ahora que me aportás esta información, tengo que volver a analizarla.

El primer día me habló sobre aquello de ser la enviada del Señor. Desde entonces no se abstuvo de contarme detalles sobre su milagrosa sangre y a cuántas personas había salvado la vida. Ella no sentía ninguna necesidad en particular de ver sangre, ingerirla o untarse con ella, ni siquiera estaba interesada en la de otros. Era como una vampira narcisista, sólo su sangre importaba; creía que era un don que debía ser compartido. Me reveló también que consumía hongos alucinógenos, así que consideré que podría presentar síntomas de toxicomanía. Aunque las setas que dice consumir no son adictivas y, de hecho, en algunos casos éstas pueden contrarrestar la psicosis en algunas personas, así que he contemplado la idea de que podría estar consumiendo opiáceos, pero hasta ahora ninguno de los análisis que le he realizado lo han demostrado.

Aún no puedo determinar si su enfermedad fue inducida, despertada o acaso profundizada por la pérdida de su padre. Ella era una niña cuando la forzaron a donarle sangre, él sólo pudo reponerse gracias a la transfusión recibida y ella lo tomó como si lo hubiera resucitado.

A mí me encantaría poder presentársela, pero después de tratar de estrangularme huyó y no volví a saber de ella. Realmente, profesor, ¿cree que estamos buscando a la misma mujer?

VADE RETRO DIRECTOR

Bárbaro Félix realiza por encargo películas en super-8 sobre parafilias. Al principio eran sólo cortos, pero con el tiempo su fama creció en el mercado de entretenimiento para adultos y ahora hace largometrajes. Sus clientes, hombres y mujeres con trastornos sexuales, no entran en contacto directamente con él, sino a través de algún sex shop clandestino que le hace llegar la oferta; él se maneja con misterio y discreción, porque como no trabaja con actores muchos de sus filmes pueden ser considerados ilegales, y es esa particularidad la que hace que su trabajo valga cualquier monto que él pida. Habría preferido que sus clientes fueran amantes del cine y que lo valoraran como artista; sin embargo, gradualmente su frustración fue aplacándose al ver que la industria de la perversión podría convertirse en un fondo para financiar su propio largometraje de ficción en treinta y cinco milímetros.

Por el momento, está filmando una cinta sobre frotismo con su Nikon R10. Esta parafilia es conocida como frotteurismo o frotismo, él prefiere este último término y le hace mucha más gracia este otro: frotista. Al hacer la investigación previa, encontró el tema bastante cómico y las ideas empezaron a formarse como fotogramas aislados, sentía sus texturas bajo los párpados, rápidamente dibujó mentalmente un *storyboard* y supo inmediatamente cómo encararía el proyecto y de cuánto sería el presupuesto.

No le resulta fácil elegir al protagonista de cada obra, porque no sólo debe ser un parafílico real, sino que según Félix debe tener un *je ne sais quoi* para transmitir las sensaciones y a la vez emitir placer visual. Lleva cuarenta y ocho horas filmando a un hombre de casi cuarenta años, alto y fornido, que tenía fama en su barrio de ser un frotador profesional. Lo siguió con la cámara por ciudades en las que nadie lo conocía y se metía en donde había gente abarrotada para aprovecharse de la situación. Félix lo contrató por una semana para seguirlo hasta capturar la pulpa de su ser. Primero puso al frotista en una habitación solo con la cámara y una grabadora de audio, ahí el hombre explicó en privado detalles de lo que sentía, describía por qué y cómo se excitaba y hasta relató sus primeros recuerdos al respecto. Como la primera actividad iba a ser documentar su paso por un colectivo, reveló que bajo su delgado pantalón de algodón no llevaba ropa interior para que la experiencia fuera más envolvente. El lente de la cámara no se perdía ningún gesto ni acción, recababa hasta el suave parpadeo del protagonista que confirmaba que sus genitales ya se encontraban en contacto con las nalgas, muslos, espalda u hombro de algún extraño en el micro. Las tomas no sólo abarcaban el escenario o las expresiones del frotista, sino que también recorrían la inocente indiferencia de la víctima distraída o dormida. Su bulto se hundía en cualquier cavidad incauta o presionaba profesionalmente toda prominencia descuidada. El roce era rápido, preciso pero sutil, y al reproducirlo en

cámara lenta el resultado era obsceno.

Fueron a una procesión y el director captó a cada feligrés interceptado por el cariñoso miembro del *pornostar* que aprovechaba para repartir bendiciones y mojarlos con su agua bendita. Uno que otro sentía algo húmedo en el cuerpo y la cámara conseguía capturar esas expresiones de extrañeza, en la que los sujetos o víctimas, como quieran llamarse, palpaban la humedad en sus ropas o sobre la piel y la olían sin descubrir nada concreto en ello, luego se abanicaban o se secaban el sudor de la frente con un pañuelo. El director deducía, e intentaba que las imágenes deduzcan a su vez, que las personas no sospechaban en absoluto lo que les acababa de ocurrir sino que se creían culpables de una sudoración atípica y vergonzosa. Cuando el frotista se encontraba a solas con la cámara compartía intimidades, como que cuanto más desconocido era el sujeto o más ajeno estaba éste a la situación, más placer recibía. Se adelantaba en la procesión empujando con la ingle a hombres, mujeres, ancianas, sacerdotes, todo lo que se le venía encima. Un empujón delicado, casi imperceptible, un roce secreto que podía ser confundido con una brisa o con un accidente. Después asistieron a una protesta contra el gobierno y a una fila de supermercado, en los días siguientes irían al banco, al cine, a la cancha. Cada fricción conducía al protagonista a un estado de excitación que quizás al revivirlo en la privacidad de su recámara acabaría en una parafilia más aceptada socialmente.

Pero el trabajo que realmente marcó a Bárbaro Félix fue el del filme sobre vampirismo. Le encargaron una película sobre bebedores de sangre. Los expertos del Club de Video Porno Aberrante señalaron que los clientes pagarían extra si una mujer llamada Dila Dubi aparecía en el material como estrella principal.

Bárbaro Félix ni sabía quién era Dila Dubi ni mucho menos en dónde encontrarla. Pero él fue quizás la única persona que sin hacer ningún esfuerzo dio con ella. Dila Dubi apareció una noche en la planta baja de su edificio, ahí todavía se usaba un ascensor amplio con rejas, él corrió las cortinas de metal y apareció esta mujer muy parecida a un espectro; traía un piloto negro para lluvia que casi la cubría por completo, su pelo estaba completamente mojado y el delineador de ojos corrido hasta sus pómulos; a él su belleza le llamó la atención inmediatamente, supo al instante que tenía lo que se necesitaba para ser su estrella. Ella llegaba hasta él con una necesidad, soñaba con llegar algún día a actuar en una película de cine B y escuchó en un círculo de entendidos que alguien dijo que él estaba haciendo una película de vampiros.

Bárbaro Félix se sintió inspirado y no quiso perder el tiempo, tomó su cámara y durante los siguientes tres días filmó todas las escenas en las que aparecía ella sola. Pero un día después de hablarle sobre lo que faltaba, que eran las escenas compartidas con masoquistas reales que iban a dejarse succionar sangre, ella desapareció. La esperó por varios días pero ella simplemente no regresó y él no sabía en dónde encontrarla, se lamentaba porque por primera vez había sentido esa

sensación de que estaba haciendo algo artístico, se sentía inspirado por la figura de Dila, además de que se rehusaba a desperdiciar el material filmado. Todo pudo haber sido perfecto: la importante suma que estaban dispuestos a pagarle por esa cinta habría significado ya la posibilidad de hacer la película que deseaba, y además tenía a la actriz, la estrella, la musa, la única que podía guiar sus próximas obras a la inmortalidad. Revisó una y otra vez lo que tenía hasta entonces. Un plano secuencia de Dila quitándose la ropa en el ascensor hasta llegar al piso de Félix, va hasta al baño y se introduce a una tina llena de sangre, que en realidad era una mezcla de miel, harina y sangre de drago. Varias tomas de las nalgas, senos y entrepierna cubierta de sangre. Una escena de Dila bebiendo de una vasija sangre real conseguida de un matadero. Un contrapicado de Dila apuñalando algo que no entra en el cuadro pero que salpica a su cara un espeso líquido negro. Un plano general de la cocina y Dila de espaldas. Plano detalle de la boca y sus dedos que introducen en ella sesos fritos de vaca. Plano de subjetivo de Dila mirando sus pies descalzos. Plano cenital de los pies de Dila pisando el pene cubierto de sangre de Bárbaro Félix. Larga toma del poder de su mirada. Dila orinando desnuda en el inodoro. Dila orinando desnuda en el piso. Dila con ropa llorando. Una doble exposición del mismo encuadre de la habitación para lograr dos Dilas, una en la cama y otra observándola mientras duerme; para hacer esta escena filmó a Dila parada de un lado mientras reservaba negativo cubriendo la mitad del objetivo para que no se viera la parte de la cama, luego regresó la cinta al punto de inicio de la escena y cubrió la parte en la que salía ella parada y destapó la otra, en ese fragmento de cinta reservada sobreimprimió a Dila en la cama.

Bárbaro Félix, que no tenía hematodipsia ni hematomolagnia, sino compromiso con su trabajo, más por amor al arte que al dinero, pero soportando lo segundo para llegar a lo primero, se puso en el papel de un fetichista de sangre y fingió ser cliente de su cliente; por sobre todo era un genio y tenía la fama necesaria en los círculos en los que nadie hablaba con la policía pero sí con los genios. Se relacionó con los clientes de sus clientes y consiguió infiltrarse a una secta, peligrosa para quienes no fueran hermanos, para filmar a escondidas los rituales sangrientos. Al final, el montaje lo solucionaría todo. Las escenas serían reales, pero el montaje mentiría sobre el tiempo y el espacio y de esa mentira eficazmente contada surgiría una verdad que duraría lo que el metraje. Así es como las divinidades pueden estar en todas partes, gracias al montaje. La desgracia fue que antes de que él obtuviera suficiente material descubrieron que era un *outsider*.

PICNIC EN LA PENITENCIARÍA

—No soy policía, y a decir verdad, al día de hoy no soy nadie. No tengo ningún tipo de poder sobre nada ni nadie, ni siquiera tengo más intenciones de vivir. Todo lo que me queda en este mundo es una duda y su respectiva solución. Por eso he venido.

El visitante se acerca la boca al vidrio para hablar, los rodea la penumbra psicológica producida por la tensión de la cárcel. No se conocen bien, pero más importante que eso, es que en realidad nadie los conoce bien a ellos.

—¿Tenés un corchito? —pregunta la reclusa, por menos que eso no seguiría ahí.

El visitante dirige una mirada a la guardia. Al no ver gestos de desaprobación sino de simple indiferencia, busca en sus bolsillos un cigarrillo, llama la atención de la funcionaria y le entrega el cigarrillo junto a un billete arrugado, ella guarda el dinero con un movimiento casi imperceptible y pasa al otro lado de la cabina para arrojarle el cigarrillo a la presidiaria.

—No tengo ningún interés en particular en usted, ni en su esposo, pero es importante para mí que me hable sobre el accidente...

La mujer rechaza su pedido con muecas agresivas y se rasca la cabeza con la mano en la que sostiene el cigarrillo, sus facciones son hurañas, todo en ella es hostil.

—Tengo mucho interés en la mujer que atropellaron. ¿Podría describírmela? —insiste el hombre.

—¿Me pedís que la describa? ¿Y decís que no sos gorra? —se ríe la reclusa.

—¡Qué carajo importa ahora si soy o no policía! Ya está tras las rejas, ¿no?

La mujer se pone de pie, le da a entender que a un policía no le da ni el saludo.

—Ok. Discúlpeme, vuelva a sentarse, señora. Permítame explicarle, por favor —dice con condescendencia señalándole el asiento.

Ella le hace caso, no porque le crea o porque sienta pena por él, sino porque quiere tener la oportunidad de que alguien le crea a ella y hasta sienta pena por ella.

—No tuvimos la intención de matarla —dice rápidamente y mira hacia arriba—. No éramos esa clase de gente, aunque después de todo este tiempo que estuve guardada creo que ya soy otra, creo que ya soy esa clase... —murmura—. Lo perdí todo, mi vida, mi familia, el sueño. Mi paz. No sé dónde está mi marido, dejé a mi hija con mi suegra. Es injusto, está pagando por un accidente, a nadie ni siquiera le importó la muerte. Sólo le importaba a mi consciencia y a la ley. Nadie me buscaba, pero yo me sentía perseguida. Me he entregado solamente para que ese fantasma dejara de seguirme y vos llegás como si nada, y me preguntás por ella. ¿Para qué?

—¿Fantasma? ¿De verdad cree que es un fantasma? Yo vengo a verla a usted porque creo que esa mujer no está muerta y necesito confirmarlo.

—¿Qué decís...? —se sorprende inclinándose sobre la mesa.

—Creo que la he visto, tres años después en el mismo lugar en el que usted la ha

visto —susurra Vinny acercándose a ella.

—Ah, eso tiene una explicación lógica, evidentemente vos viste un fantasma.

—No, no, no. No es un fantasma, es real. A ver, cuénteme cómo era la mujer y yo le cuento también...

—No la vi bien, su rostro estaba desfigurado, cubierto de sangre —responde encogiéndose de hombros.

—Algo debe recordar. Por favor, cuénteme, no tenemos mucho tiempo.

—Era... —mira a los lados, todavía dudando— una mujer joven vestida de negro. Blanca y tenía el pelo oscuro. Eso es todo lo que recuerdo... Ahora que lo pienso, todas las noches sueño con su mirada, me sueño a mí misma en ese momento... nuestras miradas se cruzan a través del parabrisas. Ella tiene una mirada de desesperación, una mirada asustada... Trataba de decirnos algo, estaba huyendo de alguien o algo, quería nuestra ayuda y nosotros la arrollamos... y la abandonamos —baja la voz para lo que va a decir a continuación—. No sé si eso pasó en realidad, si realmente la vi a tiempo, si vi que estábamos por atropellar a una mujer. De todas formas no podíamos hacer nada, igual mi marido intentó desviarla, pero no hubo caso, todo pasó muy rápido. Hicimos lo que cualquiera habría hecho, estábamos asustados, teníamos una hija, no podíamos hacernos cargo de lo que pasó ahí. Nosotros acabábamos de ser padres. Ella ya estaba muerta y nadie nos vio. Todavía sueño con su miedo. Nosotros la matamos, pero pudo ser cualquiera. Estuvimos en el lugar errado en el momento errado. Tuvimos mala suerte. ¿Sabe lo que es tener mala suerte?

—Perfectamente.

—Yo la vi tendida en la ruta, toda ensangrentada, y no sentí que debí quedarme, le dije a mi esposo que huyéramos.

—Esa parte no me interesa —Vinny se apresura a interrumpirla—. Necesito saber si yo vi a la misma mujer, necesito toda la descripción que pueda proporcionarme.

—Ella estaba muerta, estoy aquí porque el cuerpo fue encontrado. Si vos la viste, debió de haber sido un fantasma. U otra persona.

—Yo fui el primero en pensar que fue una visión, yo manejaba por el mismo lugar por donde ustedes la atropellaron, iba directo a ella, pero la mujer permaneció inmóvil, sin expresión, no tenía miedo. Mi auto volcó y ella desapareció.

—¿Pasaste a través de ella?, ¿la viste esfumarse?

—Después de volcar la busqué y ella ya no estaba.

—¿Volcaste?

—Y mi hijo murió en el accidente.

—Mis pésames... —dice la mujer y baja la mirada.

—Ella me quitó a mi hijo.

—Eso es imposible, querido. Yo la vi muerta. No pudo ser ella.

—Ella me quitó a mi hijo y yo tengo que vengarlo.

—Alguien me dijo alguna vez que todas las cosas pasan dos veces, pero en diferentes partes del mundo y del tiempo. Pero lo que estás diciendo es inaudito.

—No es inaudito. Esa mujer lo hace a propósito, es el demonio. Creo que ni usted ni yo la hemos atropellado; es más creo que nadie puede hacerle daño. Hace unos días la vi trabajando de *stripper* en un cabaret en las afueras de la ciudad. ¿Desde cuándo los fantasmas trabajan como *strippers*?

La presidiaria no se decide si seguirle la corriente o irse, se muestra dubitativa pero sigue en el mismo lugar y le pregunta:

—¿Cuándo fue el accidente?

—A principios de este año.

—Pero mi accidente fue hace tres años. ¿Creés que es la misma mujer?, ¿que no cambió nada, ni de ropa? Obviamente era un fantasma. A mí no me cabe duda de que la mujer murió cuando mi marido y yo la atropellamos. Lo que creo es que al final ella es quien se ha vengado; su espíritu se cobró la vida de un inocente en el mismo lugar en el que ella perdió la suya.

Vinny abre bien los ojos y dice:

—¿Usted cree eso? Porque si lo cree, y si fuera cierto, entonces ustedes provocaron la muerte de mi hijo y usted es quien debe morir —se pega al vidrio que los separa y lo empaña con su aliento rabioso, las guardias lo sacan a la fuerza.

ADIÓS MOTHERFUCKER

Ante mí, oficial Benito Buñuel, y secretario de actuaciones, compareció espontáneamente este maldito sujeto a lo veintitres días del mes de junio del presente año alegando saber por sí mismo quien fue el asesino de las muchas víctimas alladas descuartizadas entre el año mil novecientos setenta hasta el presente en rutas internacionales correspondientes a Chile, Paraguay, Uruguay, Argentina y Bolivia. Específicamente, el maldito sujeto se refirió ser él mismo el criminal apodado «El Lobo Feroz», revelando que sus verdaderas iniciales son C.D. y reusándose a especificar su nombre y apellidos completo para proteger a su familia de terceras personas.

El declarante, y también denunciante, acusador y acusado, de ahora en más C.D., de sexo masculino, de aproximadamente cuarenta años de edad, estatura de aproximadamente un metro noventa, tez pálida y cabello negro, de profesión camionero que no registra antecedentes policiales, a denunciándose a sí mismo como autor moral y material de los crímenes denominados por la prensa internacional como «Crímenes del Lobo Feroz»; en total, según C.D. fueron cincuenta y cuatro víctimas en once años, comprobando su responsabilidad al describir los asesinatos de treinta y cuatro mujeres y veinte hombres, entre los cuales hemos reconocido individuos reportados como desaparecidos cuyos cuerpos nunca han sido encontrados y otros cadáveres allados e identificados a lo largo de la última década. Relató que durante sus itinerarios de trabajo recojía personas en la ruta bajo engaño de llevarlas a su destino, luego fingía tomar un atajo pero en realidad conducía a sus víctimas a bosques de los cuales nunca saldrían vivas. Su proceder ha sido el mismo las cincuenta y cuatro veces: estrangulaba con una soga primero después las cortaba con nabaja para comerse delgadas rebanadas de carne humana. Este maldito sujeto no contento con sus crímenes hasta tal punto confiesa también haber fraccionado restos de los cuerpos para desparramar las partes a los costados de las diferentes carreteras por donde circula habitualmente y así obstaculizar la investigación. C.D. asegura no tener más testigos que él mismo o algunos animales silvestres que por su calidad de seres sin habla no pueden presentarse a declarar.

En cuanto a el por qué de sus crímenes, el desgraciado individuo ha manifestado: «Es culpa de la bruja de Jansel y Gretel». Explicó que existe una anciana de descendencia alemana a la que encontró a principio de los setenta, cuando su camión, instrumento de trabajo, se descompuso y la dama le ofreció alojamiento. Declaró también: «La mujer me cocinó exquisitos platos hechos con carne humana, actividad que yo reprobé en aquel momento. Pero, tiempo más tarde, estando yo estancado en la cordillera de los Andes, pasando frío y hambre junto a un camión descompuesto y sin más alimento ni bebida que la carne de mi propio compañero, recordé los

esquisitos platos de la anciana a la que terminé llamando bruja de Jansel y Gretel, porque se proveía principalmente de niños perdidos a los que engañaba con dulces para ganarse su confianza, y decidí sobrevivir alimentándome de la misma manera, poco a poco fui abituándome a esta forma de alimentación».

Al ser cuestionado sobre el estado de su mencionado compañero en el momento antes mencionado, aclaró: «Mi compañero no estaba muerto cuando empesé a comérmelo». Para C.D. este fue su primer asesinato, y causante motivador de los siguientes.

C.D. manifestó también a las autoridades que se entregaba ahora buscando eximir su culpa y respectivo peso de conciencia, según él mismo a declarado, acusando a su propia persona de peligrosa para la comunidad y para él mismo. Posteriormente, C.D. enseñó su cuerpo con fines plenamente policiales, para probar que había sido atacado con cuchillo en el baño de un bar por un desconocido al que él identifica sin pruebas como padre de alguna de sus víctimas. Señaló además que él creyó merecerse tal acto bandalico por sus pecados, y que dichos pecados ya lo habían separado de sus hijas, siendo esta la principal razón de su arrepentimiento. C.D. asegura haber vuelto de la muerte sólo para encontrar a esa hija que él mismo se encargó de perder, pero cansado de tanto esfuerzo de balde y de no obtener respuestas, decidió lo siguiente: «Me entrego por los crímenes cometidos, para tratar de hacer las pazes con el universo en nombre de mi hija perdida».

Por no ser caso netamente de nuestra jurisdicción, nos hemos puesto en comunicación vía postal con los encargados de la investigación, quienes todavía no se han comunicado con nosotros por razones ajenas a nuestro entendimiento, siendo posible, según este sumario, que nuestro informe haya perdido en el correo.

Ayer, cumpliéndose tres días de tenerlo encerrado en el calabozo, el oficial Quintín Marcos y yo Oficial Benito Buñuel, encontramos al maldito sujeto C.D., ahora identificado como Cristóbal Aaron Dubi Casiraghi (43), colgado de una viga del techo con su propio cinturón alrededor del cuello sin signos de vida. El cadáver ha sido expuesto en un cajón frente a la estación esperando a que alguien reconociese el cuerpo y lo reclamase, pero sin que nadie haya manifestado hasta ahora poseer parentesco con el señor Dubi. Esta mañana, a los veintiseis días del mes de junio, el oficial Marcos se percató a primera hora que el cuerpo del asesino y suicida fue sustraído del cajón, dejando este caso si no cerrado, para siempre sin resolver.

Fango Rojo, 26 de junio de 1981

BONITO CADÁVER

Todos los días a las 6:35 de la mañana Augusto Picolini sale de su casa para ir a trabajar. Su trabajo es sencillo: va a la casa de su madre y se comporta como un hijo hasta recibir su mesada. No es un trabajo común para un hombre de treinta y tres años, pero es el único para el que está capacitado.

Cada mañana entre las 5:20 y las 6:35, Augusto se dedica a tomar precauciones antes de salir. Algunas de éstas son: observar el vecindario con binoculares, hacer la rutina del palo de escoba con un sombrero asomándose por la puerta, decir en voz alta que está armado aunque no lo esté, etcétera. Él pediría ayuda a la policía, pero tampoco puede confiar en ellos. Día tras día sólo despierta para darse cuenta de que está solo en esto. Solo.

Su casa es de madera y tiene apenas dos habitaciones, la arrendadora es una mujer a la que conoce hace años, de no ser así preferiría vivir en un asilo antes que en la casa de personas desconocidas. Su humilde hogar está ubicado a media cuadra de un río, junto a otras casitas de estilo muy parecido. Al principio, el barrio se le hacía peligroso, pero luego de reflexionarlo comprendió que seguir en donde estaba antes era peor; en ese otro lugar, sin duda alguna, lo espían; en cambio, en esta casa él podía controlarlo todo, y otra ventaja era que no había que alejarse mucho para ir a visitar a su madre.

En la casa de ella hace una serie de cosas que, aunque parezcan no tener mucho sentido, para él gozan de plena lógica. Por ejemplo, todos los días les recorta a las fotografías del periódico las cabecitas de los hombres que tienen mirada sospechosa. Su madre no le dice nada, se adaptó a leer noticias con hombrecitos descabezados. Augusto retrocede dos horas en todos los relojes de la casa cada vez que llega y, obviamente, vuelve a adelantar esas dos horas antes de irse, pues a pesar de todo no es un tipo desconsiderado. Busca micrófonos ocultos en la ropa, cámaras espías en la casa y chips de inteligencia artificial que puedan estar implantados en los gatos o bajo su propia piel. Es la rutina. En cuanto a su trabajo como hijo, debe dejarse bañar, cobijar o permitir que le den de comer al estilo avioncito; pero también coopera para rastrillar el jardín, aspirar la sala o lavar los cubiertos. Su trabajo como hijo es sencillo, casi no le cuesta nada. A las 19:25 siempre está de vuelta, procede a controlar ventanas y puertas y se cerciora de que no le hayan puesto micrófonos o cámaras durante su ausencia y, finalmente, a dormir.

En este día tampoco nada ha alterado su rutina, o casi nada: llega a casa cubriéndose el rostro con un sombrero inclinado sobre la frente y lleva anteojos de sol, se apresura a abrir todos los candados y sacar cadenas. Una vez adentro realiza el proceso inverso. Verifica que las ventanas sigan cerradas, mueve los muebles altos contra ellas para reforzar la seguridad, inspecciona la ubicación de los objetos, que

nada haya sido cambiado de su lugar, busca cámaras y micrófonos. No hay nada, así que se dirige al siguiente cuarto, su habitación.

—Hola, Augusto —saluda un hombre sentado en una butaca junto a la cama.

Augusto está paralizado, no tiene explicaciones ni tiene el instinto de buscar alguna, el temor se ha apoderado de él. El hombre que lo espera en su propia habitación es de complexión atlética y está con el torso desnudo. Augusto puede ver completamente sus hombros y brazos cubiertos de escamas. Tiene guantes, pantalones de cuero y botas de cuero negro, el clásico modelo Paraspinna; está sentado con las piernas abiertas, desafiante, sonrisa sardónica. Augusto se pregunta si el hombre es ciego, sus ojos son casi blancos, pero no tarda en descartar esa idea.

—¿Qué hacés acá?

—Ay, pero si tú lo sabes bien, farifito.

—¿Cómo entraste? —pregunta Augusto acercando una mano a un jarrón.

—¿Me darás una escalpiza con el florero? —se ríe el intruso—. No seas tan *mamao*, Augusto. Deberías de estar un poco contento, ya ves, no estabas tan *tostao* después de todo, ¿por qué no llamamos a tu loquera y le decimos que siempre *tuvistes* razón?

—Yo siempre supe que no estoy loco. Siempre supe que en algún momento vendrían por mí.

—¡Nada de «vendrían»! Vine yo sólo, de parte de mí, de nadie más, *oístes* —dice enojado y escupe al piso—. Te *metistes* con la mujer equivocada. ¿Sabes quién soy?

—El Chupacabras.

El intruso se echa a reír cerrando los ojos e inclinando la cabeza hacia atrás.

—¿Por qué viniste? —Augusto se arrodilla como pidiendo misericordia—. Yo no le hice nada a Dila Dubi, ni siquiera la conozco personalmente, yo no le hice daño. ¡Por favor no me lastimes!

—¿No es cierto que *hablastes* de Fango Rojo? —pregunta El Chupacabras desenvainando un cuchillo de caza.

Augusto abre la boca pero se queda sin voz. Junta las manos como si estuviera rezando.

—¿No es cierto que le *dijistes* a alguien adónde buscar a Dila?

—Solamente a un viejo, señor. Él tampoco le hará daño.

—¿Cómo te has atrevido a hablar de Dila Dubi?

—Perdón, señor, no lo volveré a hacer.

—Le *dijistes* a un vejete cómo encontrar a Dila, le *distes* consejos de cómo hacerlo. Ese viejo es un arqueólogo que lleva años buscándola, y tú la entregas sólo *pa'* mudarte a esta cochiguera. Me das asco, más que guasa eres, entregando a una mujer a un viejo del que no sabes nada.

—No lo volveré a hacer, se lo juro.

—Es cierto, no lo volverás a hacer.

—No me mate —dice Augusto poniéndose de pie—. ¡Soy muy joven para morir!

—¿Y eso qué? ¿No has escuchado la frase: «Vive rápido, muere joven y deja bonito cadáver»? —dice y, luego, sin moverse de su lugar levanta el brazo, las yemas de sus dedos apenas rozan un cuchillo, lo alza a la altura de la oreja y lo lanza con una suavidad mágica, con el sólo impulso del índice; antes de que Augusto pueda reaccionar, el cuchillo ya está clavado entre sus ojos.

A DILA D LE GUSTA EL CINE B

Oh Dios, Ed Wood está soñando, Jacques Tourneur está filmando y el refrito lo hace Eli Roth. Algo debe estar pasando, porque hay una princesa vampira en una sala de cine, respirando, anhelando, enamorando, comiendo insectos de una bolsa de *popcorn*.

Hay una alita de mosca pegada a sus labios pintados con *lipstick* morado. Sus uñas largas y filosas, negras y curvadas, perforarían órganos y membranas, pero permanecerán intactas mientras a esas manos sigan ensambladas.

Todos los jueves y domingos después de medianoche hay cine bizarro y barato en el Cine Virginibus Puerisque. Dila es una adolescente inocente, pero ama la noche y una buena escena *gore*. Le fascinan los platillos voladores, los monstruos verdes y las luces de neón.

Nadie como ella ama a Béla Lugosi y a Boris Kar-loff.

La punta de su larga lengua emerge de la oscuridad, barre el vestigio de díptero con toda naturalidad; sus senos en pleno crecimiento inflan su blusa y revientan hilos con cualquier suspiro o vuelan botones y rugen los hombres. Por mirarla, el viejo verde de atrás se ha perdido el desenlace de *Devil Girl of Mars*.

Algunas veces se emociona cuando ve a Lon Chaney Junior; ella siente que lo lleva en cierto rincón de su memoria y corazón. Dila es huérfana y sus recuerdos infantiles han sido bloqueados por una experiencia terrible; pero la figura de Lon Chaney Junior se transfigura con amor y evoca a un padre ausente siempre presente, onírico e inestable.

Como ella, también Maila Nurmi admiraba a Norma Desmond, Morticia y Theda Bara, pero Dila Dubi no es ciencia ficción ni mucho menos hija del *shock rock*. Ella quiere, como todas esas otras, interpretar para cine un memorable rol: salir en blanco y negro, si es posible sin parlamento, conquistar con una mirada el nostálgico Hollywood.

Se ha embriagado con sangre de animales y detesta la carne cocida, es carnívora neta pero no por eso caníbal. Aunque ella no lo recuerde, mata con las manos desde que era una niña. Nunca ha probado carne humana, ni le atrae hacerlo; le bastan las gallinas, las vacas y los cerdos.

Se levanta de la butaca y sale de la sala de cine como si de su tumba brotara. Como un espectro nocturno, como un muerto viviente, con ambos brazos extendidos frente a ella, como momia, como zombi. Desde entonces, desde siempre, la gente la sigue.

ADVERTENCIA: CIENTÍFICOS LOCOS TRABAJANDO

—¿Ha escuchado hablar de la Reina Roja? —pregunta el profesor encendiendo un cigarrillo.

—No. Jamás —responde la doctora.

—En 1994, en Palenque, Sierra Madre de Chiapas, integré el equipo de excavación del Templo XIII. El objetivo era conocer la forma en que fue edificado y detectar la escalinata principal; se trataba de continuar una exploración iniciada en el 54 y que siguió hasta el 73. Al final localizamos la escalinata pero estaba totalmente desplomada. Cuando se llevaron a cabo los trabajos de limpieza y reconstrucción descubrimos una puerta tapiada y en el momento de retirar las piedras nos encontramos ante una crujía construida con grandes bloques de piedra caliza; en uno de los extremos hallamos tres aposentos, dos de ellos vacíos y el del medio misteriosamente sellado. Por los dinteles supusimos que alguna vez tuvieron la función de habitaciones. Al aposento que estaba sellado se le hizo una horadación en la parte superior y así pudimos ver lo que había adentro: un sarcófago. Durante casi dos semanas buscamos la forma de ingresar sin tener que dañar los muros, buscamos alguna entrada estudiando en cuál de las paredes habría menos posibilidades de que hubiesen inscripciones, así que basándonos en estas consideraciones regresamos al primer lugar que perforamos, desde donde se podía ver el sarcófago; con cuidado agrandamos la abertura, esperando no dañar nada. Al ingresar supimos que estábamos ante uno de los descubrimientos más importantes de Mesoamérica, la tumba estaba completamente pintada de rojo con cinabrio. Este mineral fue usado para pintar también el esqueleto, simbólicamente era como restituir la sangre a los muertos y es además el color del cielo con el que el sol resucita cada día. Encima del sarcófago había un incensario de la fase Murciélagos, pero recién después de catorce horas de cuidadoso levantamiento de la lápida que servía de tapa, vimos la espectacular osamenta de la que hoy conocemos como Reina Roja. El esqueleto rojo tenía casi dos mil piezas de jade, perlas y conchas, aretes, pulseras, máscara, collares, diadema y tocado de plumas de quetzal.

—¡Vaya descubrimiento! Entonces usted es un arqueólogo famoso.

—Sólo soy un antropólogo más, no recibí ningún tipo de crédito por aquella exploración; tuvimos algunos desacuerdos y me separé del equipo.

—¿Desacuerdos profesionales?

—Algo así. Verá, yo estaba interesado en los rituales funerarios mayas y en los esqueletos rojos, pero mis colegas consideraban mis propuestas muy... osadas, por así decirlo. Como usted sabrá, los mayas creían que el elemento eterno reside en la sangre, pues es indestructible porque pasa de generación en generación. Pero la

sangre de los reyes era considerada la más poderosa porque se creía que era la misma que la de los dioses. Debido a esta creencia de que la sangre era lo más valioso, el campesinado maya imitaba a los reyes de manera simbólica, ofrendando su sangre o la de otros, derramándola en los cultivos, en los funerales o en celebraciones; sabía que de la sangre vivían los dioses y de ellos dependía el funcionamiento del Universo. Pero los reyes, a través del rito del autosacrificio, eran los únicos que podían comunicarse con los dioses, la sangre de ellos era la única que podía salvar al mundo.

—Esto me recuerda a aquello de que Jesús, por ser el Hijo de Dios, al morir en la cruz se estaba sacrificando por la humanidad y esa acción podía salvar el mundo. Básicamente eso es lo que me está diciendo, que los reyes mayas eran hijos de los dioses y como tenían sangre divina su sacrificio era más importante, de tal modo que podían salvar al mundo. La sangre simboliza vida.

—No soy cristiano, pero ya que menciona a Jesús, ¿sabe usted cómo se lo puede resucitar?

—¿Me va a contar un chiste?

—Con la clonación. Suponga que se encuentran sus restos, suficiente material genético en óptimas condiciones...

—Pero eso de qué serviría, no va a ser él. Aunque haya certeza de que fuera el cuerpo de Jesús, si lo clonan, no va a ser él. Sólo será un cuerpo idéntico.

—Exacto, un cuerpo idéntico. No piense sólo en la fisonomía, piense en genética. Imagínese que hubiera existido un tipo de sangre que impidiera que se deterioraran las células, con el que se hiciera un tratamiento capaz de detener el envejecimiento, sería la clave de la longevidad.

—Sólo conozco el caso del doctor Alexander Bogdánov, que recibía transfusiones de sangre para rejuvenecerse.

—Claro, el fundador del primer instituto de hematología, un pionero. Un visionario. Profeta. A él se le encomendó el estudio del cerebro de Lenin con la pretensión de resucitarlo. En 1908 escribió una novela de ciencia ficción, *Estrella Roja*, sobre un viaje a Marte en la que ya predecía avances tecnológicos como las videollamadas, el cine 3D, las computadoras. Bogdánov no sólo se hacía transfusiones de sangre a sí mismo, sino que muchas otras personas se ofrecían voluntariamente, el tratamiento consistía en hacerse transfusiones con la sangre de alguien más joven y sano. El mayor rejuvenecía y el joven recibía la sangre con las inmunidades adquiridas por la persona mayor. Lastimosamente él falleció cuando recibió sangre de una joven con tuberculosis. Pero, imagínese, si transferir sangre de alguien joven a una persona mayor estimula el crecimiento de células nuevas, retrasando o deteniendo el envejecimiento o hasta revertiéndolo. Imagínese si ese alguien no es cualquier persona, sino un ser cuya sangre sea excepcional, alguien

biológicamente superior. Y olvídense de Jesús, piense en material biológico encontrado, de existencia comprobable y disponible.

—Como ADN de la realeza maya...

—¿Y si pudiera ir más lejos? Si lo único especial en los reyes era la sangre de los dioses, entonces piense en el material biológico de una deidad maya.

—Creí que había dicho que considere únicamente material de existencia comprobable y disponible.

—¿Y si los dioses en realidad eran criaturas mal interpretadas? ¿Y si esas criaturas ya fueron encontradas? Tenemos a los reyes, pero ¿se ha preguntado si había algo más? Las exploraciones del Templo de las Inscripciones y del Templo XIII por orden presidencial fueron declaradas secretos de estado. Estaban protegiendo el área de los saqueadores, porque hay evidencia de que habían estado por ahí. Nadie podía hablar sobre lo que había o no había en los templos sin que antes entendiéramos lo que habíamos encontrado y las revelaciones que surgieran de él. Recuerde que le dije que encontramos dos aposentos vacíos.

—A ver si entiendo, usted dice que en alguno de los templos mayas explorados pudieron haberse hallado restos del cuerpo de alguna persona o criatura desconocida pero fueron saqueados con anterioridad a los descubrimientos oficiales.

—Desde que comencé mis estudios antropológicos me he volcado, así como usted, a enfocar todos mis sentidos al significado y la importancia de la sangre para ciertos individuos o civilizaciones, como los mayas —sus párpados superiores suben, los inferiores se tensan, sus cejas se elevan, aumenta la frecuencia de parpadeo, sus pupilas se dilatan—. Creo que por esa razón ningún descubrimiento me ha conmovido tanto como los de Palenque. Vea usted, se determinó la edad a la muerte de la Reina Roja utilizando los métodos de Todd y Suchey-Brooks, la metamorfosis del extremo esternal del cuarto arco costal y la erupción dental se estimó que tenía entre treinta a treinta y cinco años. Al principio, debido al cinabrio, las pruebas de carbono-14 no arrojaban resultados fidedignos porque el mercurio se había mezclado con el material orgánico, tomó dos años extraer ADN intacto. Pero lo confuso es que todo indica que ella debería de ser la esposa del Rey Pakal II, y si así lo fuera, según datos epigráficos, debió de haber fallecido a los sesenta años. ¿Sabe quién fue el ahau Pakal II?

—¿Es aquel del que dicen los pseudocientíficos que aparece en la inscripción de su sarcófago como piloteando una nave?

—Jaja, sí, o una motocicleta. Es el rey maya que viajó al futuro para comprarse una Harley. En fin, Pakal el Grande fue uno de los gobernantes mayas más importantes, el descubrimiento de su tumba fue comparado al hallazgo de la tumba de Tutankamón, fíjese, así de importante fue para la historia mesoamericana. Cuando el doctor Romano Pacheco examinó su osamenta en los cincuenta, poco después del

descubrimiento, concluyó que falleció a los cuarenta años, pero según datos epigráficos debería de haber tenido el doble, ochenta años. ¿Qué le parece? ¿Qué tan exactos pueden ser nuestros métodos? Qué tal si el material biológico se hubiera detenido en cierto momento; es decir, que la edad biológica se hubiese quedado en cierto tiempo aunque la edad cronológica continuaba aumentando.

—Es una lástima que sea tan difícil establecer su verdadera edad.

—Qué conveniente diría yo.

—¿Conveniente por qué? ¿O para quién? Discúlpeme, doctor, pero cada vez lo entiendo menos.

—Quienes cubrieron de cinabrio los restos y la tumba, ¿querían proteger el material genético o destruir la evidencia? En cierta forma, si se llegara a comprobar mi teoría, sería catastrófico para la humanidad.

—¿Pero qué tienen que ver la secta y la chica con todo esto?

—He lidiado con el actuar de esta secta desde hace muchos años. Tienen su raíz en México, en principio estos devotos de la sangre se organizaron como una red de expoliadores de yacimientos arqueológicos. En los sesenta todos los arqueólogos hablaban de ellos, a veces había pistas de quiénes eran, luego todo quedaba en la nada. Recuperamos una estatuilla de cerámica de camazotz de manos de un sectario, aunque sólo tuvo que pagar una multa por el delito; al menos llegó a contar algo sobre cómo funcionaba la secta, pero amaneció muerto antes de que pudiera dar nombres. Era secreto a voces que estaban involucrados respetables científicos de mucho peso, médicos y políticos que hacían y deshacían lo que querían. Pero de pronto en los setenta dejamos de tener novedades de este grupo de expoliadores. Seguro que había otros, siempre hay ladrones, pero ya no era aquel grupo, aquellos eran expertos que iban un paso adelante siempre y estaban interesados sólo en un tema. La pregunta es, ¿por qué ya no encontramos rastros de ellos en las excavaciones? ¿Acaso se alejaron porque ya habían encontrado lo que buscaban?

—¿Y qué tiene que ver la chica con todo esto?

—¿No se lo he contestado aún?

Ella mueve la cabeza negándolo.

—Si encuentro a la chica, encuentro la secta. ¿No es por eso que usted la busca?

—La busco por muchas razones...

—Estábamos juntos la primera vez que la vi, quizás malinterpreté lo que usted trató de decirme. Pensé que usted sabía que ella estaba en Sudamérica.

—¿De qué habla? ¿Aquella vez en Quintana Roo? Le hablaba de mí misma.

—La malinterpreté —el profesor se sonroja y le besa la mano—. Pero al menos valió la pena, porque aunque la secta murió en México, resucitó en la cuenca del Río de la Plata, y eso yo no lo habría descubierto de no haber sido por usted.

—¿Por qué el Río de la Plata?

—Por las tierras guaraníes. La antropofagia. La sangre nuevamente. Los guaraníes destripaban a sus enemigos que caían prisioneros y comían sus órganos para llenarse del valor ajeno, de la vitalidad del otro. Energía vital. Comían sólo a los mejores, a los más valientes a los de rango superior, igual que los mayas.

—Pero practicaban la antropofagia, no la hematofagia.

—Ambos actos perpetrados por humanos se hacen con un mismo fin: consumir energía vital. No es simplemente gusto, es una creencia. Los Caballeros Eternos creen que la chica puede ayudarlos a alargar la existencia, tal vez ser inmortales.

—Creo que está sobreestimando a estos sectarios, sencillamente están locos. La sangre es un fetiche para ellos.

—Los grandes descubrimientos surgen a partir de lo que la gente común llama locura. En el siglo diecinueve, Andrew Ure, cirujano escocés y profesor de medicina en la universidad de Glasgow, experimentó con el cadáver de un convicto para demostrar que aplicando electricidad al nervio frénico y al diafragma se podía restaurar la vida en ahogados, ahorcados o sofocados. Durante el experimento, cuando el nervio supraorbitario fue estimulado, todos los músculos del rostro comenzaron a contorsionarse y eso les metió un susto de la chingada..., perdón. ¿Y cómo cree que surgió la galvanoterapia? ¿O cómo nacieron los desfibriladores cardiacos? Gracias a la aplicación de electricidad en cuerpos muertos por Luigi Galvani. Estamos hablando de profesores, científicos, estudiosos, personas reales que han hecho experimentos para revivir cadáveres. ¿Por qué habría de sorprenderle que un grupo organizado de personas esté unido para concretar un objetivo similar?

—Entonces, usted ha sido enviado para recuperar las piezas históricas que ellos robaron con otros fines. Pero ¿por qué ellos están tras la chica?

—¿No se le ocurrió que quizás no es que la secta haya venido tras la chica, sino que han huido con ella para ocultarse aquí?

—¿Cómo? ¿La secuestraron en México y ella escapó en Sudamérica?, ¿o cómo?

—ADN expoliado —la mira fijamente.

La doctora siente escalofríos, el silencio es absoluto por un momento.

—Disculpe, profesor, no quiero decir que lo que usted sugiere es imposible, pero no creo que hubiera sido tan sencillo manipular los genes de una momia o lo que sea que usted cree que los sectarios encontraron. Mi paciente, Ava Dubi, la mujer que usted piensa que es la misma que salió en televisión y que los sectarios creen que es su redentora, tiene más de treinta años. Estos sectarios deberían de haber podido contactar con un equipo de genetistas adelantados para su época, eso no se da nada más así. Ni en los setenta ni ahora es fácil conseguir a un doctor que replique una persona a partir de ADN. No quiero decir que usted está equivocado, sólo pienso que su teoría es muy compleja. Yo me imagino que la situación es un poco más simple, algo como que algunos fanáticos del vampirismo, con enfermedades mentales, se

autoconvencieron de que no pueden vivir sin beber sangre, con el tiempo la situación se descontroló y necesitaron más sangre para abastecerse y empezaron a matar personas ajenas al culto para extraerles la sangre. La historia de la reencarnación de su salvadora debió ser un cuento del líder para fortalecer la existencia de la secta.

—Y si tuvieran acceso a un experimentado biólogo, ¿le cabrían dudas respecto a lo que serían capaces de hacer?

—No. Debo reconocer que son capaces de cualquier cosa.

—Eso mismo. Son capaces de cualquier cosa. Lo que el líder dice es lo que se hará.

—En este caso, la chica sería superior al líder. Los dioses reencarnados son más que los sacerdotes o reyes. No sé si Ava Dubi sabe que la están buscando, si bien ha presentado delirios místicos, no creo que sea a causa de la secta sino al revés, que los sectarios pudieron haber escuchado alguna historia sobre ella. Por cierto, ahora que mencionó a los guaraníes, se me ocurre que Ava actúa como si fuera un payé guaraní, estos chamanes que se comunicaban con dioses luego de consumir alucinógenos. Sin embargo, no creo que ella haya puesto en peligro la vida de otros más que la suya. Ava Dubi no bebe sangre, no come carne humana. No comprendo qué tiene de especial, he conocido a otros psicópatas similares y ninguno ha generado una obsesión colectiva como ella.

—¿Ni Charles Manson, ni Richard Ramírez?

—Bueno, pero en este caso hablamos de una mujer a la que no conocen en persona y le atribuyen poderes que no tiene.

—¿Qué hay de Magdalena Solís?

—Pero ella sí bebía la sangre de sus víctimas; asesinó a ocho personas frente a sus discípulos. En cambio, Ava no ha sido vista asesinando a nadie o bebiéndose la sangre de otros.

—Charles Manson tampoco ha matado con manos propias, por lo que sabemos solamente ha instigado a hacerlo. Estamos hablando de lo que estas personas producen en otras, así como usted misma lo dijo: se le atribuyen poderes o virtudes. No es necesario que los fanáticos los vean hacer algo para que ellos los imiten, basta con que sean sugestionados.

—¿Y en qué momento ha instigado a beber sangre? En todo caso debería de ser tomada como promotora de la donación de sangre, por eso es que no entiendo. A menos que... esa persona que salió en televisión disfrazada de vampiro y la misma que yo vi en un afiche circense sean en realidad otra personalidad. Dedé o D. D. como dijeron en la tele. Tal vez sea una personalidad opuesta que ha estado instigando a la muerte, al canibalismo, a la hematofagia... ¿Cómo nunca pude darme cuenta de su doble personalidad? ¿Será que era una personalidad que sólo aparecía ante ciertas circunstancias? ¿O en ciertos horarios? Porque la secta no está tras Ava

Dubi, está tras Dedé...

El profesor cierra los ojos, carraspea y traga saliva.

—¿Conoce el mito de los gemelos Tupí-Guaraní?

—Algo, no lo recuerdo bien. Quizás me lo contaron cuando era chica.

—La historia es así: del cielo bajan al centro del mundo el Sol y la Luna, conocidos también como el creador y su compañero. Ambos crean el mundo y a la primera mujer, ambos preñan a esa mujer y engendran a los gemelos Tupí y Guaraní. Pero unos jaguares comen a la madre dejando a los gemelos huérfanos, viajan al sur en busca de un paraíso, se pelean y uno sigue su camino hacia el norte, el otro va al sur y cada uno procrea descendencias en diferentes regiones, pero ambos linajes tienen el mismo idioma, la misma cultura, las mismas creencias. Porque son iguales, son uno mismo y dos diferentes. Algunos agregan a la leyenda que los gemelos regresaron al cielo prometiendo volver sólo para darle fin al mundo y a la humanidad.

—Es la segunda historia sobre gemelos que me cuenta, ¿recuerda? Me había hablado alguna vez de los héroes gemelos mayas.

—Sí, claro, fue cuando nos encontramos en 1996 más o menos, le hablé de los héroes gemelos mencionados en el *Popol Vuh*, Hunahpú e Ixbalanqué, los hermanos que jugaban a la pelota y que fueron enviados al Inframundo, allí ganaron otro juego, pasaron pruebas, alardearon de ser inmortales, murieron, resucitaron y así se convirtieron en el Sol y la Luna. En el Templo de las Inscripciones, en donde se descubrió el sarcófago de Pakal el Grande, había unos jeroglíficos que muestran el descenso de este señor al Inframundo, en donde toma la identidad de uno de los gemelos que alcanzó la inmortalidad.

—¿Gemelos inmortales? ¿No estamos hablando nada más que de posibles arquetipos?

—Pero hasta los arquetipos tienen una razón de ser, estas historias paralelas sobre hermanos gemelos pueden estar contando una historia real. Así fue como Heinrich Schliemann descubrió Troya, buscando la verdad detrás de la *Ilíada*, confiando en su instinto. Los grandes descubrimientos surgen a partir de lo que la gente común llama locura.

—Está sugiriendo que... No hay una sola mujer con un desorden de personalidad... sino que... ¡son hermanas gemelas!

HABÍA UNA VEZ UN LUGAR LLAMADO FANGO ROJO

La primera vez que se mencionó el nombre de Fango Rojo fue en un memorial del famoso cronista e historiador peruano Lautaro Moyano, el documento tenía data de 1618 y aludía esporádicamente a una aldea erigida en medio de un valle de cazadores. En él se recuerda un pasaje de la vida de san Martín de Porres, específicamente referido a uno de los casos de bilocación protagonizados por el santo:

«... entre las montañas y a orillas del río Ichu, antes de llegar a Villa Rica de Oropesa, he aquí la aldea de cazadores a la que las gentes llaman Fang Vermell o Fango Rojo, en ella ha sido visto Fray Martín de Porres el 15 de enero de 1617, el mismo día que se encontraba sanando pobladores en Lima».

Pero aparte de éste no hay otro escrito perteneciente al virreinato del Perú en el que se mencione una aldea llamada Fang Vermell o Fango Rojo, y hasta el día de hoy los arqueólogos que estudiaron la región Huancavelica no han encontrado vestigios de tal poblado, con nombre ni características similares.

Por el contrario, otros dos pueblos de comprobable asiento, y por lo tanto existencia, no se hallan registrados hasta el momento en ningún mapa ni documento oficial de las localidades de las que forman parte debido a conflictos territoriales o gubernamentales. Estos dos pueblos son: Fango Rojo, en Chihuahua, México; y Fango Rojo, en Concepción, Paraguay.

En el estado de Chihuahua, México, alrededor de 1790, entre los actuales municipios de Gómez Farías y Madera, y en los territorios originalmente pertenecientes a los indígenas tarahumaras, campesinos chihuahuenses colonizan dos fracciones de estas tierras. En 1810 se fundan ambos poblados, uno de ellos es nombrado simplemente Villa Fango y el otro Villa Anselmo Rojo (en honor al segundo hombre blanco establecido en el territorio). En 1860, ambas aldeas deciden, bajo asamblea popular, integrar las dos villas en una sola, así nace Villa Fango-Rojo, o conocida comúnmente sólo como Fango Rojo. Ese mismo año crean un escudo y presentan al Congreso de Chihuahua la petición para ser ascendidos a ciudad; sin embargo, el Congreso desconoce la autonomía de la villa, ordena volver a segregarlas y se rehúsa a otorgar la denominación Fango Rojo exigida por los pobladores, inscribiéndolas como parte de otras ciudades y refiriéndose a ambas villas con otras denominaciones en los documentos oficiales.

Este Fango Rojo se encuentra a 2110 metros sobre el nivel del mar, entre llanuras occidentales del estado y la Sierra Madre de Chihuahua que va de norte a sur. Es una zona abrupta y quemada, de comunicación casi inaccesible. Frío riguroso en invierno y moderado en verano.

Terra Roxa del Espíritu Santo, actualmente conocida como Fango Rojo, es un pueblo ubicado en el Departamento de Concepción, Región Oriental del Paraguay. En

1554, antes de que el capitán García Rodríguez de Vergara fundara la Villa de Ontiveros, mandó a poblar un pequeño asiento al norte del país para detener el avance de los portugueses y bandeirantes, y lo llamó Terra Roxa del Espíritu Santo, llamada así por las características de su rica tierra que presentaba areniscas rojas de sedimentación volcánica y copiosa materia orgánica de la desfoliación de los árboles. Para el año 1840, poco después del fallecimiento del Supremo Dictador Doctor José Gaspar Rodríguez de Francia, las tierras de Terra Roxa del Espíritu Santo se convirtieron en latifundio de un general exiliado del Uruguay y el nombre de las tierras fue simplificado a Fango Rojo. Con la muerte de este general, el latifundio se constituyó en una pequeña aldea de agricultores. Se cree que después de la Guerra de la Triple Alianza, el pueblo, como tantos otros, fue incendiado y devastado. Perdiéndose sus demarcaciones para siempre. Sin embargo, aunque no hay ruinas que lo confirmen, los concepcioneros creen conocer un lugar que debió estar ocupado originalmente por Terra Roxa, y a pocos kilómetros de ahí existe cierto pueblo con menos de mil quinientos habitantes en medio de la selva; a la entrada puede leerse un cartel pintado a mano que dice: «Bienvenidos a Fango Rojo».

CRÓNICA BESTIAL PARA EL *MÓRBIDO NEWS*

El 12 de febrero de 1992 en Moca, Puerto Rico, Felipe Carrasco halla a sus gallináceos rígidos en el corral. Al tomarles el pulso en el pescuezo confirma lo evidente. En el mismo acto descubre dos agujeros de cinco milímetros de espesor en cada uno de los cogotes de las gallinas y el gallo. Ese mismo día, un vecino de Carrasco descubre que su gato Higinio Luz también ha muerto en la madrugada sin haber alertado a su amo de ninguna invasión a la propiedad como generalmente lo hacía. Higinio Luz, al igual que las gallinas y el gallo de Carrasco, presenta agujeros en el cuello. A las 18:34 un prestigioso veterinario de Moca reconoce que la causa del deceso de los animales fue desangramiento.

A poco de amanecer, el viernes 6 de marzo del mismo año, y también en Moca, una patrullera descubre vacunos muertos cerrando la ruta. Al acercarse a inspeccionarlos, los oficiales de turno se percatan de que los animales presentan características similares a las de las aves de corral de Carrasco y a la mascota de su vecino, el felino conocido como Luz. Inmediatamente llaman por radio al zoólogo Edwin Vázquez, quien confirma el deceso por vaciado de sangre a través de los orificios en el pescuezo, algunos presentan una sola perforación y otros dos. También tienen traumas en el cuerpo e infecciones bacterianas. A raíz de este acontecimiento, tanto los vecinos como los policías y medios de prensa locales se hacen eco de que un posible vampiro ronda la isla.

Cuatro días después del último incidente, cabras, caballos y pájaros son encontrados en el cauce de la quebrada de Cupey. Éstos no sólo presentan señales de extracción de sangre sino que también poseen mínimos cortes hechos con algún instrumento preciso y de filo, como un bisturí o una pezuña larga. A través de esos cortes los animales han sido desprendidos de ciertos órganos, en algunos todavía podían apreciarse pedazos de intestinos colgantes que presumiblemente fueron estirados con fuerza pero arrancados sin precisión. El vampiro cobra relevancia nacional y los pobladores poseedores de ganados vacuno, caprino o equino se ponen en alerta para proteger a los suyos.

Al día siguiente la prensa se encarga de difundir fotografías de las matanzas y alerta a la población de un misterioso depredador al que llaman el Vampiro de Moca. No tarda en dispersarse el rumor que sostiene que posibles miembros de un culto satánico estarían involucrados en la muerte de estos animales. En la siguiente semana la policía realiza algunos allanamientos buscando a los practicantes de satanismo responsables de los hechos, entre ellos ocurre el incidente «Abuelo Pepe», en el que un comando ingresa a una casa donde los vecinos alertaron sobre un supuesto ritual de adoración a Lucifer; sin embargo, una vez adentro descubren que el supuesto ritual no es más que el velatorio al abuelo José «Pepe» Díaz. Luego de este incidente cesa

la búsqueda de los miembros del culto satánico en cuestión y la policía se limita a patrullar calles, establos, granjas.

Recién tres meses después los atentados vuelven a ocurrir. Esta vez en Canóvanas aparecen cinco cabras muertas, pero sólo presentan orificios a la altura del cleido occipital. Ningún otro animal ha sido afectado, tampoco ninguno ha hecho ruido ante la presencia del intruso, ni siquiera los perros guardianes han advertido la invasión del depredador. Algunas personas lanzan conjeturas, como que los demás animales habrían sido inmovilizados o hipnotizados por el depredador para que no alertaran de su presencia. El secretario del Departamento de Recursos Naturales y Ambientales (DRNA), Javier Páez Aroncho, inicia una intensa movilización para buscar pistas que lleven al responsable de los hechos, ya sea animal, humano o alienígena. Los investigadores Edwin Vázquez (zoólogo), Álvaro Álvarez (antropólogo) e Ignacio Teodoro Bécquer (ecólogo) instan a la ciudadanía a unirse a la búsqueda y de ser posible recoger algún tipo de evidencia física del depredador, como pelo, saliva o excremento, con la promesa de que si las pruebas de ADN llegaban a arrojar contundentes resultados que demostraran que el depredador que asechaba la isla no era ningún animal o ser vivo conocido por la ciencia, se otorgaría una generosa recompensa a la persona identificada como la que haya recogido y entregado las evidencias. Específicamente, se lo haría acreedor de la cuantiosa suma de USD 15000. Tanto la prensa escrita, como la radial y televisiva hacen eco de este pedido y difunden como titulares las nuevas matanzas. Esta vez el depredador ya no es sólo de Moca, ni hay certeza de que se tratara de un vampiro. El ufólogo José E. Brown propuso que el asesino quizás no era de este planeta y advirtió que los alienígenas podrían estar experimentando en la isla.

Aunque muchas personas han entregado evidencias físicas a las autoridades, la mayoría pelos y estiércol, éstas pertenecen a animales domésticos (hasta ha habido quienes presentan heces humanas, probablemente alguna broma de estudiantes). En definitiva, ninguno de los elementos hasta ahora han sido provenientes de un animal desconocido por la ciencia o de origen extraterrestre.

Otro tipo de pistas salieron a relucir a finales de 1992 y dos años después, a comienzos de 1994, los pobladores de Orocovis y Corozal denunciaron el avistamiento de ciertas criaturas con características físicas que no coincidían con ningún animal antes visto. Entre las características mencionadas por los testigos oculares, se pueden citar algunas de las más recurrentes: «parecido a gárgola», «bípedo», «un metro de altura», «piel verde y escamosa», «ojos redondos grandes y saltones», «cabeza en forma de huevo invertido», «tobillos de canguro», «patas de conejo». Otros dicen que se parece a un ser humano calvo, o a un perro; inclusive están los que lo han visto volar con alas de murciélago.

A principios de 1994 una nueva matanza de cabras sacude a San Juan y un locutor

de la WKAQ Radio Reloj llama por primera vez a la misteriosa bestia succiona-sangre: «chupacabras».

En septiembre de 1995, luego de una masiva matanza con las mismas características ya mencionadas, el identikit del chupacabras es difundido por los medios de prensa escrita y televisiva. Día tras día los bocetos de diferentes testigos que describen a la criatura se multiplican, cada uno diferente al otro; si los primeros se parecen a los clásicos hombrecillos verdes de cabeza ovalada popularmente reconocidos como extraterrestres, a las semanas de reproducidas las primeras ilustraciones éstas mutan hasta parecerse a un ser canino de dientes afilados que se para en dos patas o a una gárgola. Las autoridades puertorriqueñas se comprometen a cazar al monstruo, el mismísimo gobernador vestido con sombrero estilo Indiana Jones y provisto de machete se adentra en la selva seguido por las cámaras de la prensa y documentalistas dispuestos a tomar el momento exacto en el que el depredador de la isla será atrapado.

Lamentablemente la cacería frenética es en vano. La criatura ya ha atravesado el océano. La prensa mexicana comienza a divulgar la presencia de extraños casos de vampirismo en las zonas rurales y desiertos, todo indica que el *chupacabras* ha llegado a tierras aztecas. La bestia está suelta y busca sangre fresca.

EL PERRO MUTANTE DE CHERNOBYL

Los osos se sentaban alrededor de la mesa y golpeando sus patas contra el tablón, hacían girar y saltar las tazas hasta ponerlas frente a ellos, era la versión radiactiva de Ricitos de Oro.

Juan y Dila contemplan el atardecer chihuahuense, el sol se parece a Marte y la Tierra a la Luna; han elegido una llanura rocosa para sentarse a ver cómo el enorme disco naranja baja por detrás de un peñasco. A Dila parece extasiarla el silencio y la lenta muerte del día. Le gusta presenciar cada despertar de la noche y, mientras se abstrae en ese sol aniquilador, Juan la observa disimuladamente. Dila es su *Madonna Della Notte*, así la ha bautizado mentalmente comparándola con una virgen renacentista. La virgen *dark* santificando la crucifixión de la luz. Trae la cabeza envuelta con un pañuelo negro que le cubre todo el cabello y se ajusta al contorno de su rostro, viste una túnica de gasa negra que le llega hasta los tobillos, con la transparencia suficiente como para que Juan glorifique su blanca desnudez.

«Ella en éxtasis por la nueva noche, yo igual pero por contemplarla. Me desarmaba, me convertía en un cordero de suavidad inmaculada, ella era la Virgen y yo todo su rebaño. Tenía una sonrisa dulce, tan dulce que sabía a tristeza. Siempre la veía descalza, y aquella vez no era la excepción, sus pies blancos, esqueléticos, se asomaban debajo de la gasa negra y yo pude ver todas esas cicatrices que envolvían sus pies, heridas marcadas para siempre por el camino de su vida. Y yo moría entonces por besar cada cicatriz de su cuerpo, cada lunar sobre su finísima piel; moría entonces como moría el día; y ella, quizás, sabiéndome moribundo, se alegraba como se alegran las dalias en otoño, se alegraba con júbilo oscuro, íntimo y taciturno, le alegraba matarme de amor, desangrarme el corazón sin tener que mover ni una hebra de pelo negro para atravesarme el alma».

Dila levanta la vista y señala con el dedo índice por encima del morro que se erige entre ellos y el sol. Se pone de pie y entreabre suavemente la boca emitiendo un grito mudo. Juan dispara la mirada hacia donde el dedo indica y ve sobre las rocas la silueta de un animal que parece sostenerse sólo con sus patas traseras, pelado y oscuro como una estatua de cemento; tiene dos cuernos o dos alas que salen detrás de la cabeza; ella puede distinguir que del hocico saltan como estacas atravesadas, un par de colmillos torcidos y encimados que dan la sensación de ser uno solo y puntiagudo. «Tranquila, es mi perro». Dila entonces baja el índice y lo observa con otros ojos.

«Ya sé lo que piensas, que nunca has visto uno así. Es que no hay otro como él. Lo traje de Chernobyl hace unos años, cuando se acababa de disolver la Unión Soviética. Viajaba como polizón en buques pesqueros rusos que atracaban en Puerto Rico, dejé de hacerlo cuando descubrí que en realidad no eran pesqueros, sino de la

mafia rusa. Pero mientras viajé con ellos tuve la oportunidad de visitar Ucrania un par de veces, fui algunos kilómetros al norte de Kiev y entré a explorar la zona de exclusión. Te encantaría, es un sueño urbano, melancólico y bello. A Washington lo traje de ahí. Se llama Washington, como el perro de Condorito. No lo mires con miedo, él sería incapaz de hacerte daño, sólo está esperando que aparezca alguna vaca o alguna cabra, al igual que nosotros tiene hambre. En realidad, Washington se parece tanto a nosotros, en tantas cosas. ¿Acaso los *weirdos* no podemos tener corazón? Washington y yo nos hemos salvado la vida mutuamente una y otra vez, nos hemos facilitado la supervivencia el uno al otro. Y lo que hacemos por nosotros, también lo haríamos por ti. No te imaginas la cantidad de gente que nos persigue y nos pone trampas. ¿Qué? ¿Me culparás a mí, linda? Yo solía criar mis propias cabras, pero después perdí mi trabajo y lo perdí todo, no tuve forma de seguir manteniéndolas. Ok, admito, me las comí a todas, además yo no puedo estar siempre en un mismo lugar, yo sé que las fronteras son imaginarias, yo rodeado de mar, y tú, de tierra; pero los dos teníamos otro tipo de fronteras, ¿o no? No puedo quedarme en ningún lugar, ni Washington, y yo sé que tú tampoco. Así que comenzamos a cazar, es lícito cazar, ¿o no? Socialmente es aceptado como uno de los deportes más antiguos, en algunos lugares o épocas hasta otorgaba estatus. Comemos animales crudos o insectos para sobrevivir, ¿qué tiene de malo? Además también lo hacen Bear Grylls en *Man vs Wild*, o Les Stroud en *Survivorman*, y nadie quiere enjaularlos. ¿O me equivoco? Es injusto lo que Washington y yo tenemos que pasar. Nosotros tenemos olfato, sabemos a qué animales comernos, no desequilibramos la naturaleza, quizás volvemos locos a algunos pastores, pero... ¿*so what?*».

Dila lo escucha sin apartar la vista del cánido deforme, la acorrala la ternura más sagrada reservada sólo para los hijos en los vientres, y profana todos los sentimientos humanos al entregar esta simpatía a un monstruo. Luego se dirige a él, le habla bajo, más bajo que el silencio, pregunta sobre los fantasmas de Chernobyl y él dice que no hay fantasmas en Chernobyl, sólo animales silvestres que se comportan como humanos, que se han adueñado de la ciudad y encarnan una porción del Apocalipsis o un cuento de Lewis Carroll. Tendrías que haberlos visto, linda, los animales se han adaptado a las ruinas, ellos simplemente se comportan como personas. No, no todos son deformes, quizás presenten enfermedades genéticas más adelante, no lo sé. Washington debió nacer después del accidente, por eso tiene estas mutaciones, era tan adorable, uno de los poquísimos animales en el pueblo que buscaba compañía humana, que buscaba domesticar a un hombre. Pero tú sabes, nena, que yo soy un animal. Washington y yo estamos hechos el uno para el otro. ¿Cómo que qué es esto que te estoy dando? Es *Count von Count* de Plaza Sésamo. Ah, te refieres al cartoncito, no al dibujo en él... ¡Ey, no te lo llesves tan rápido a la boca! Ok. Ahora tendrás que atenerte a las consecuencias. Es lsd, con el dibujo de *Count von Count*,

muy apropiado ¿no? Ya verás, no hace falta que te explique lo que ya vas a experimentar. ¿Quieres saber más de Chernobyl? Es un pueblo, con todo lo que un pueblo debe tener, excepto por actividad humana. Están todavía los edificios con emblemas de la URSS, hay muelles, embarcaciones, ruinas de casas. Están las escuelas, con juguetes esparcidos por el suelo, uno que otro lince todavía chiquito juega a las muñecas; están los zapatitos de niños en el mismo lugar donde los dejaron, las pizarras todavía tienen lecciones en ellas, todos esos juguetes *vintage* que pueden llevarnos de vuelta a nuestra propia infancia. ¿Sí la has tenido, no? Aunque no la recuerdes, todos hemos tenido infancia, buena o mala, pero la hemos tenido, *babe*, y yo creo que estas piezas no sólo podrían transportarnos a nuestra infancia por la edad que tienen, sino por el aura desgarradora que los rodea; he visto muñecas que parecen mutantes, deformes como si hubiesen nacido ahí, camioncitos, tambores de plástico, ositos destripados, tú sabes, con cortes en los vientres, con el relleno saliéndoles sin ninguna gota de sangre, ¿los habremos visto antes? He conocido las aulas más tristes jamás vistas, me he visto de niño, como fantasma sentado al fondo de una de esas aulas vacías de paredes grises resquebrajadas, me he sentido castigado como un niño fantasma abandonado en un futuro tóxico, con un reloj que marca las horas para atrás. Había, y quizá todavía hay, fotografías del salón de baile con todas esas niñas con tutú practicando ballet y que hoy en otro lugar quizá sean hermosas señoritas sin ciudad natal, pero al estar ahí uno no puede dejar de verlas como espíritus inamovibles de ese salón de baile que cae a pedazos, en el que la respiración de uno hace eco y en el que ya sólo danza con el viento la hierba que invade la escuela. Hay hospitales con medicamentos nunca abiertos, drogas impolutas, camillas en la que duermen gatos salvajes y en el centro de una sala quirúrgica el piso está roto para que un árbol brote. También he visto una fábrica de motos, el Hotel Polissia, el Cuartel General y hay otros edificios con murales coloridos que caen a pedazos. Hay carteles y carteles, pero yo no sé nada de ucraniano, así que para mí eso no sólo era otro país u otro continente, era otro planeta. La triste oficina de correos con palomas y colirrojos anidando en las casillas; la cancha de básquet en la que he visto lobos sentados en las graderías, como esperando que algún partido empezara. No te miento, los he visto, *I swear*. Una vez vi nieve derritiéndose y, sabes, era como la fusión del invierno y la primavera, los caballos salvajes de Przewalski galopaban a través del charco de nieve derretida, como en un sueño. También vi un par de vacas en la parada de buses esperando un transporte que nunca llegaba, ni habrá de llegar jamás. Y, sabes, todo transcurre en silencio, uno nada más observa el espectáculo como si se tratara de ilustraciones de un viejo libro de cuentos para niños, en escala de grises y con todo el rigor de las páginas que no emiten sonidos. También estuve en el Bosque Rojo, había pinos marrones rojizos atrofiados y secos, entre ellos había más jabalíes, pájaros y alces. Pero lo más bello de todo fue ir a los suburbios, a esas casitas de familia de los

ochenta, y ahí fue en donde presencié a todos estos animales silvestres mofándose de la civilización; vi osos que abrían las puertas con sus garras, movían los picaportes y entraban en fila, corrían los muebles para acomodarse, empujaban por ejemplo la cómoda haciéndola rodar para hacer espacio en la sala, sobre la chimenea todavía había fotografías en sepia de los antiguos residentes que ahora miran a través de los nuevos inquilinos. Luego los veía entrar al comedor, los osos se sentaban alrededor de la mesa y golpeando sus patas contra el tablón hacían girar y saltar las tazas hasta ponerlas frente a ellos. Era la versión radiactiva de Ricitos de Oro. Había un periódico amarillento en la cabecera que el mayor de los osos parecía leer agachando la cabeza, y por último se acostaban en las camas de los dormitorios. Afuera, los jabalíes jugaban tirándose de los tejados como si fueran toboganes; y más allá, en un viejo parque, una rueda gigante y autitos chocadores averiados, volcados, atorados entre arbustos, y cerdos que jugaban a manejarlos.

Ey, ya puedo notar que el caramelo te hace efecto, ¿lo sientes?

LAS AVENTURAS UNDERGROUND DE MORENA IGLESIAS

Epipoteo Hernández tiene el carácter de un viejo, aunque sólo tiene como treinta años. Sus anteojos redondos pequeños le dan un aire intelectual, su barbilla está adornada por una franja vertical de pelo plateado y un sofisticado bigote puntiagudo torcido hacia arriba, el total de sus facciones parecen ser el resultado de un cóctel de José Zorrilla y Gustavo Adolfo Bécquer.

Morena Iglesias lo ha seguido hasta un club subterráneo, lo ha encontrado atractivo desde el primer momento en que lo vio en una conferencia en una zona arqueológica de México. Esta noche se ve tan rebelde y duro con su chaqueta de cuero negro, tal como le gustan a ella, por eso no le importó no saber a dónde iba. Algunos tipos tocan jazz fusionado con ritmos africanos y otros esperan su turno para leer poesía. Cuando Epipoteo se da cuenta de que está siendo perseguido no duda en detenerse para ser alcanzado. Morena se sienta en la escalera y pide cerveza, Epipoteo la acompaña.

—¿Estás estudiando psiquiatría? Te vi con el grupo del doctor Gómez-Spader allá afuera —le dice invitándole un carrujo—. Te ves muy hippie para ser psiquiatra.

—¿Vos estás en la excavación? Porque te ves muy *beatnik* como para ser arqueólogo.

—Bueno, estamos a mano. Pero al menos en el fondo nos gusta lo mismo, el amor y los Beatles.

—Yo escucho a Janis Joplin.

—Claro, tú eres muy Janis Joplin.

—Y vos muy John Lennon.

—Vaya, eso es lo más lindo que me han dicho en mi vida. ¿Pero me lo dices por la chamarra de piel? Porque prefiero al Lennon actual que al de los inicios de los Beatles.

—Lo digo por algunos rasgos de tu cara, por tus ojos. Si de algo sirve, a mí también me gusta más el Lennon actual, pero si no querés parecerte al John de hace diez años, creo que deberías de cambiar tu forma de vestir. Parecés un motociclista rebelde.

—Lo que yo creo... es que tenemos mucho en común.

Morena expulsa el humo y lo mira a los ojos:

—¿Querés decir que me conocés?

—No hemos hablado antes, aunque nos hemos cruzado muchas veces y no es difícil adivinar por qué. Hay tantos casos de vampirismo en la historia y tan pocos investigadores obsesionados con esto. Al final terminamos conociéndonos todos. A propósito, leí el libro sobre el Piuchén, del doctor Gómez-Spader. Sus estudios sobre

la conciencia del mito en la población mapuche me motivaron para realizar mi propia expedición en tierras andinas para conocer más sobre vampiro local.

Epipoteo extiende una mano y ella la toma; la ayuda a levantarse y la lleva a una zona aún más oscura, cerca de los baños. La pone contra la pared y le dice:

—Tengo fotografías del esqueleto de un vampiro del siglo dieciséis. Estuve en una excavación en Petén, creemos que el esqueleto fue de una mujer maya que fue asesinada de una estacada en el corazón por los colonizadores españoles.

—La estaca no certifica que haya sido una mujer vampiro —susurra acercando sus labios a los de él.

—La estaca no, pero sí el ladrillo en la boca.

—¿El ladrillo?

—En esa época, en Europa, creían que para hacer que un vampiro no siguiera mordiendo y chupando la sangre de la gente aún después de enterrarlo, debían atorarle las mandíbulas y cerrarle la boca introduciéndole un ladrillo.

—¿Podré ver las fotos?

—Te las daré todas si quieres —dice Epipoteo olfateándole el cuello—. ¿Y tú qué haces aquí?

—La procuraduría me mandó a llamar para trabajar en la investigación del más reciente caso de asesinato en serie en Ciudad Juárez. Aquí sí tengo trabajo.

Epipoteo la voltea, le levanta el pelo y le da besos en el cuello.

—¿No hay vampiros en Sudamérica?

—¡Uh, muchos! Empezando por los dictadores.

El antropólogo se ríe y vuelve a darle vuelta, la levanta sujetándola de la cintura, y los pies de ella flotan en el aire.

—Además de psiquiatra forense, hippie y cazavampiros eres comediante.

—No, esos tipos de verdad están enfermos. Se rumorea que secuestran niños impunemente para bañarse en su sangre y así absorber la energía de las almas jóvenes. Si no es cierto, es curioso que se diga lo mismo de todos los dictadores latinoamericanos.

—No me digas. ¿Como Erzsébet Bathory?

—Exacto, como la condesa sangrienta.

—Quizás lo hagan mal, no es la sangre de los niños la que deberían utilizar...

—¿También bromeas? —pregunta mientras él le muerde el labio inferior—. ¿Qué es esto? —Morena tiene la mano dentro de los pantalones de Epipoteo.

—Un *piercing* de obsidiana —responde sujetándole la mano—. Espérame, doctora. Es mi turno...

—¿Turno para qué?

—Para leer mi poema: «Contra-poema para nuestra oscuridad».

Contra-poema para nuestra oscuridad

*«En el inframundo está escrito tu nombre
Oscuridad, noche, sangre
Vagancias de la ciencia errada
Música, noche, sangre
Puente clandestino a la eternidad
Pasión, destino, sangre
¿Nos hemos visto antes?
Sangre, sangre, sangre
Nos volveremos a ver».*

LISERGIA OLD SCHOOL

Cuentan que sobre el pórtico de entrada había un letrero de neón que ya sólo anunciaba media palabra del burdo nombre del establecimiento. Que la puerta siempre estaba cerrada y tenía una mirilla por donde el monigote de la custodia se cercioraba de dejar entrar sólo a la gente correcta. Desgraciadamente, lo correcto para ellos en realidad era lo incorrecto para el resto de nosotros. Espirales fluorescentes. Y dicen, también, que adentro circulaba toda clase de drogas. Elefantes rosados.

En ese antro clandestino bailaban siempre nueve mujeres en una pasarela de cinco por uno. Las mesas dispuestas en torno a ellas estaban siempre cubiertas de alcohol, el alcohol atraía a los hombres que se pegaban como moscas, y estos hombres moscas se frotaban y se relamían cuando veían a estas nueve mujeres. Carrusel astral. De las nueve mujeres, sólo una estaba prohibida. No había ni dinero, ni droga, ni canción que hicieran al jefe aprobar su total desnudez. Calabazas asesinas. Esa mujer tenía un ángel especial, uno que se sentaba siempre atrás del salón tomando ron cañita junto a la salida de emergencia. Putas demoníacas.

También dicen que a la mujer que tenía el privilegio de conservar las bragas la anunciaban como Lixue Le Rouge y que, oficialmente, Lixue no tenía pasado ni futuro, sólo unas tablas con olor a tabaco en donde contonearse hasta caer de rodillas. Fantasmas duplicados. Y que siempre, siempre, caía de rodillas frente a un misterioso y solitario caballero, al que simplemente lo conocían como «El Viudo». Tormentas verdes.

Ni Lixue Le Rouge ni «El Viudo» hablaban con nadie o sonreían siquiera, pero en silencio entablaron un idilio que en otras circunstancias quizás hubiese sido imposible. Moluscos plateados. Después del *show*, cubierta con un piloto gris, solía pararse cerca de él y pedirle fuego, y algunos dicen que él no la llamaba Lixue, ni Le Rouge; sino que encendía un Zippo con el dibujo de una calavera y le hablaba llamándola «Fragola Selvatica», en italiano, el sabor de sus labios. Conejos humanoides.

Los que íbamos al lugar llegamos a verlos varias veces casi abrazados, a veces él le rozaba el muslo con el dorso de la mano, o le hablaba de cerquita al oído; a veces ella le sacaba los lentes y se miraban a los ojos por horas. Cuerpos acaramelados. Algunos apostábamos a que él no la amaba, ni quería nada con ella, pero tampoco sabíamos decir qué quería, podíamos notar en sus ojos tristes que había perdido el brillo de la felicidad ya hace muchos años, y que ninguna mujer se lo iba a devolver. Soles rojos. Ninguna mujer, ni ella. Pentagramas deslizantes.

Lo único que sabíamos era quién sentía algo real por ella. De lejos se notaba que el tipo que tomaba ron cañita, el que arrastraba las erres como si tuviera frenillo, se volvía un cachorrito manso cuando ella aparecía. Casas flotantes. Ése, el raro que se

sentaba junto a la puerta de emergencia. Lluvia peluda. Pero ella nunca lo veía, ella nunca veía a nadie que estuviera más allá de «El Viudo», y hubiese sido bueno que lo hubiera hecho. Flores carnívoras. Pero qué más importaba, si ella estaba muerta por el otro. Muerta por él. Combi rococó.

«El Viudo» la conquistó lentamente, poco a poco, no sabemos cómo, sólo sabemos que parecía un tipo bien, que parecía un maestro de escuela, que se veía tan común y corriente que contrastado con el resto de nosotros, era el más inadapto, el más incómodo de mirar. Mariposas transparentes. Era tan meticuloso, tan callado, que nos daba miedo. Labios tornasolados. Bebían de la misma copa de absinto y se fundían en otra dimensión. Cíclopes danzarines. Tenía cara de pedófilo empedernido y Le Rouge de niña ingenua teibolera. Muebles camaleónicos.

El guardián imperceptible, el del ron, no tardó en darse cuenta de que ella ya era del otro. Una lástima, porque él realmente la quería bien —suponíamos— porque se obligó a creer que ella ya podía cuidarse sola, que ella ya era feliz en brazos de otro. Brownies inmateriales. Un día simplemente se puso el casco negro y salió del recinto sin nunca haberle hablado, sin que ella supiera que él la cuidaba de lejos, montó su motocicleta y lo vimos alejarse para no volver nunca más. Lisergia Old School. Espirales fluorescentes. Elefantes rosados. Carrusel astral. Calabazas asesinas. Putas demoníacas. Fantasmas duplicados. Tormentas verdes. Moluscos plateados. Conejos humanoides. Cuerpos acaramelados. Soles rojos. Pentagramas deslizantes. Casas flotantes. Lluvia peluda. Flores carnívoras. Combi rococó. Mariposas transparentes. Labios tornasolados. Cíclopes danzarines. Muebles camaleónicos. Brownies inmateriales. Lisergia Old School.

COLECCIÓN OTOÑO–INFIERNO

Detendrás tu camión antes de llegar a la próxima colina, aparcarás junto a la ruta como esperando que alguien venga a rescatarlos; prudentemente aprovecharás su descuido para desconectar los cables de la batería y esperarás a que se duerma en la carrocería para buscar tu navaja y cortarle la garganta. No pensarás en tu familia, ahora tus hijas duermen en el asilo de la ignorancia y se criarán huérfanas de tus enfermizos errores, no tienes que preocuparte ahora por ellas. Cortarás rebanadas de tu amigo y luego dirás que no tuviste opción. Te va a gustar y lo volverás a hacer. Pero entre que termines hoy y comiences la próxima vez, olvidarás este placer, sentirás culpa y arrepentimiento y se lo contarás a tu mujer. Pero hoy, tu amigo tiene buen sabor y es nada más que el primero de todos los demás.

UNA NOCHE EN MIDWAY MOTEL

¡Que suenen las congas, la trompeta, el bongó, que suenen, arriba las maracas y el güiro! Juan coloca en la vitrola un vinilo de Ismael Rivera, el rey Maelo, y marca el primer paso cuando ella se sienta en la cama para verlo bailar salsa. El Midway Motel está escondido en una ramificación de tierra de alguna carretera del Brasil, es un edificio fantasmal con las paredes enmohecidas y un enorme letrero descompuesto colgando boca para abajo. Juan transforma esa habitación en una isla caribeña, cambia las paredes resquebrajadas por un ventanal al mar, el deteriorado techo con telarañas por una noche estrellada y la alfombra manchada con fluidos corporales por la arena negra de alguna playa puertorriqueña, la voz del Maelo incendia la habitación cantando «El incomprendido»: «Yo, yo, yo, yo / *Creo que voy / solito a estar / cuando me muera / he sido el incomprendido*». Juan se mueve al frente y al costado, entregándose al tumbao, permitiéndose pasos espontáneos que sólo se guían por el ritmo. Sin camisa y con el jean roto a medio desabrochar marca el baile con la pierna doblada, con pasos firmes, sus hombros escamosos se agitan en sincronía, mueve las caderas lentamente de un lado a otro, cruzando los brazos. Dila queda hipnotizada por el baile y la música. «Ni tú ni nadie me ha querido / tal como soy / bituqui pero yo, yo, yo, yo / solo estaré / y juraré / que cuando muera / aún así con mis presagios / tendré tu nombre a flor de labios y moriré».

Juan se acerca sin dejar de moverse al son de la salsa, le tiende una mano y la levanta de la cama, pone el otro brazo alrededor de su cintura y la aprieta hacia él, cadera con cadera, la empuja suavemente para mostrarle cómo llevar el ritmo, la hace dar una vuelta y luego la detiene entre sus brazos y sus narices quedan punta a punta. «Ismael Rivera llegó a formar parte de la Fania All Stars», murmura; se aleja bailando y vuelve a acercarse. «El Sonero Mayor, como le decían, fue uno de los mejores músicos de Latinoamérica y, particularmente, uno de mis favoritos, junto a Héctor Lavoe». Juan acaricia el cuello de la mujer rozándole suavemente una mejilla, y luego vuelve a mirarla de frente: «Tú sí sabés quién es Lavoe, ¿no?», pregunta, y ella meneaba la cabeza. «Bueno, el mejor salsero boricua. Una cosa curiosa de Lavoe es que saltó dos veces de edificios, desde mucha altura y no murió..., pero eso no viene al caso, lo que debes saber es que es el mejor de todos. ¿Sabes una cosa? Se llamaba como yo, Héctor Juan Pérez Martínez; ok, yo soy sólo Juan Pérez, y además, aunque admito que mi nombre es común, igual se me hace grandiosa la coincidencia de que sea él mi favorito. ¿No te parece, linda? ¿Crees en las coincidencias? No, tú eres de las que creen en el destino».

«Miro una estrella y deja de brillar, / toco una flor y se ha de marchitar / Negra suerte la que me tocó». Juan hunde su nariz en el pelo de Dila, se separa y le dice: «Sólo una cosa nos falta, ron cañita o un Cuba Libre», y ella sonrío. «¿Sabes que por

ti daría la vida?», dice apartándole el cabello del rostro. Ella le responde al oído algo inaudible, pero él la entiende. «Claro que la daría», insiste, «si la doy por Washington, cómo no entregarla por ti. Arriesgamos nuestras vidas para salvarnos el uno al otro, más de una vez me he metido por la noche a algún laboratorio para sacarlo y cambiarlo por un perro callejero o zorro sarnoso. No sabes lo gracioso que es cuando al día siguiente va la prensa a ver al tal monstruo y resulta que es un perro roñoso. Nos divertimos haciéndole bromas a la gente que nos tiene miedo. ¿Ya te había contado lo bueno que es haciéndose el muerto? De verdad, lo darías por muerto. A veces si lo están por atrapar, él se tira al suelo y extiende las patitas y cuando se acercan a tocarlo con un palo él se levanta de un salto y todos salen corriendo».

Juan la recuesta sobre las almohadas rojas con formas de corazones; él se acuesta junto a ella y con el dedo meñique desprende lentamente, uno por uno, los botones perlados del vestido negro de Dila. «¿Has leído *Los teólogos*, de Borges?», le pregunta y ella asiente moviendo apenas la cabeza. Él continúa: «Te lo pregunto porque yo no lo entendí. Dice algo sobre que el mundo concluirá cuando agote su cifra de posibilidades y algo de trasmigrar muchos cuerpos hasta obtener la liberación, y lo que yo entendí es que después de morir volveríamos a vivir pero de otra manera, y luego de otra, y de otra, y de otra, hasta haber llevado todas las formas de vidas posible. Me he quedado pensando en eso». Dila le pregunta algo como a qué se refiere o qué vida quiere vivir, y él dice: «En alguna de mis vidas seré Borges. Todos seremos Borges alguna vez». Juan comienza a lamerle la oreja lentamente. «En algunas vidas somos normales y en otras anormales. En algunas seres corrientes y en otras excepcionales». Ella lo aparta, parece preguntar algo más, él entiende casi sin siquiera escucharla: «¿Mi libro favorito? ¿Tú qué crees?». Y ella sólo sonríe. «*Las venas abiertas de América Latina*». Ahora ambos ríen.

«En Puerto Rico todos decían que yo era un monstruo, ¿tú no me tienes miedo? Soy un exiliado. Tú eres mi asilo. Sólo tú no me tienes miedo. Para los demás soy escoria. ¿Qué hice mal? ¿Nacer? Lo absurdo es que la misma gente que está en contra del aborto es la que más me persigue y ahora desean que yo nunca hubiese nacido. Los religiosos extremistas que quieren ser como Dios en realidad son Lucifer. Pero nadie los persigue por ser demonios. Yo solía ser un miembro útil de la comunidad, aunque nadie me diera trabajo, tenía que salir adelante, criaba animales, sabes. Pero las escamas fueron expandiéndose, mi cuerpo deteriorándose, eso fue suficiente para que nadie me quisiera en su comunidad. Recuerdo una vez, un joven me pidió dinero en la calle, se lo di y me dijo: “Dios te bendiga”. “Yo no creo en Dios”, le dije. Él me miró de arriba abajo y respondió: “Ya veo porqué”. Tomé su cuello entre mis manos y le dije: “¿Crees que eres mejor que yo? Tú eres un vago, estás sano y joven pero estás aquí mendigando, eres un traidor a la patria”. Entonces me dijo: “¿Y qué quieres?

¿Qué me vaya a robar?”. “Quiero que te vayas a trabajar”. Eso le dije. Puerto Rico es una isla caribeña en el centro del mundo, un paraíso, uno de esos lugares con lo que la gente sueña para ir en vacaciones. Pero lo estábamos haciendo mierda. A los que hay que desterrar es a los vagos que no quieren trabajar. Se quejan del desempleo, y entonces cómo los dominicanos y cubanos sí encuentran trabajo en nuestra isla. Hay que tocar fondo para lograr un cambio verdadero. ¿Pero cómo puede mejorar un país si los líderes no te inspiran, sino que son mediocres e insensibles? Hacen ridiculeces como casarse con un partido político de Estados Unidos. ¿Cómo podríamos tener un gobernante republicano en Puerto Rico? A los republicanos sólo les importan los ricos, y *pal* demonio la clase trabajadora. Nos hacen mierda. Y nosotros nos dejamos. Los Estados Unidos intervienen todo el sistema electoral, pero nosotros somos un país latinoamericano. Lo primordial para Puerto Rico es la descolonización. Si un pueblo no cambia, desaparece. Me dio esperanza escuchar a Hugo Chávez hablar de la independencia de Puerto Rico, dice que “algún día habrá que liberar a Puerto Rico”».

Se queda en silencio, sus pupilas vuelan sobre Latinoamérica, navegan el mar Caribe hasta llegar a la isla. Se recuerda a sí mismo surfeando a temprana edad, cuando todavía parecía un poco más normal. Cuando pasar desapercibido era una suerte de libertad. «Tú eres la única que me ofreció asilo, y eso que tampoco tienes adónde ir».

Juan le recuerda lo difícil que es encontrarla porque siempre está huyendo. «Sé perfectamente lo que es ser un prófugo, y eso es lo que somos. Prófugos de la sociedad. Somos prófugos». A ella se le humedecen los ojos. «No llores, *my little fighter girl*, tú no tienes la culpa de ser cómo eres, la culpa la tienen los que no nos entienden. Los que nos llaman diferentes. Ellos nos llevan por el mal camino, ellos nos obligan a portarnos mal».

«A veces, me siento como Toño Bicicleta, yo podría ser Toño Motocicleta», dice Juan riendo tristemente.

«Es el prófugo más célebre de Puerto Rico, es parte de nuestro folclore. Mira, como en 1968 este hombre asesinó a su esposa a machetazos, le dieron cadena perpetua, pero a los dos años se escapó de prisión y vivió fugitivo cuatro años. Dicen que violaba y asaltaba, dejaba un rastro de crímenes pero igual nunca lo podían atrapar, y eso que el apodo le viene de que sólo tenía una bicicleta, nada especial, ¿eh? Los vecinos y policías solían reconocerlo y se armaban persecuciones, pero Toño siempre lograba escapar pedaleando. Bueno, siempre no, después de cuatro años de andar prófugo volvieron a encarcelarlo. Estuvo en un campamento penal otros siete años, ¿y luego qué? Se vuelve a escapar. Creo que logró hacer un agujero en un muro y se volvió a fugar. Unos años después mató a un hombre y secuestró a la novia de ese hombre, la tuvo en cautiverio durante ocho años. ¿Puedes creerlo?»

También mató a su tío y padrastro. Al final, recién en el 95, cuando trabajaba en una finca, alguien lo reconoció y llamó a la policía. En la balacera le dispararon en sus genitales, y así murió el Toño Bicicleta, desangrándose por los testículos, con el bicho *empapao* en sangre».

Juan se acerca lentamente a ella, reptando. Dila tiembla, cierra los ojos, aguanta la respiración. Juan le olfatea el cuello y con sus dedos realiza golpecitos breves y rápidos en su cintura; él también cierra los ojos, respira hondo luego de catarla, de sentirla con todo el olfato. La acaricia con dulzura, con ternura, hunde la nariz en su clavícula, emite un gruñido como de animal y retrae los labios enseñando los colmillos, largos, brillantes. Da la sensación de que crecieron de repente como si antes no los tuviera, y ahora listos para clavarse en cualquier superficie. La desea con toda el alma, con todo el cuerpo. Él ha derribado búfalos y coyotes sólo con las manos, pero ante ella está indefenso. Abre la boca todo lo que puede y le roza el filo de los dientes sobre su fina y blanca piel, ella se estremece, se arquea, trata de cruzar las piernas pero él vuelve a abríselas. Con la nariz pegada a ella sigue haciendo ruidos de sabueso que reconoce a la presa, y aplasta la cara en el escote de Dila, con las manos le sube el vestido buscando sus costillas, tocándolas una a una. Ella quiere gritar pero se retiene, se muerde los labios. Entonces él levanta la cabeza y pregunta: «¿Estás en tus días?». Ella, sorprendida por la pregunta, abre los ojos y se incorpora buscando ver sus ojos, a ver si acaso nota que está bromeando. «Que si tienes la regla, tu período», se explica Juan. Pero como ella no contesta, agrega: «No hace falta que mientas, ni que me digas la verdad. Sé que lo estás, puedo olerte. Nunca he probado sangre humana; tú sabes que sólo soy adicto a los animales. Pero esa sangre que tienes ahí abajo, tibiecita, recién salida de tu cuerpo, me enciende. ¿Todavía eres virgen, verdad? Yo no te voy a hacer nada que no quieras, linda, sólo quiero que me satisfagas esta pequeña... apetencia. Bajaré ahí, te besaré, te lameré, y después te chuparé la sangre, beberé todo lo que pueda. Te vampirizaré. Quizás te muerda sin darme cuenta. Quizás te duela, pero igual te gustará».

Juan la levanta con ambos brazos y la contiene contra la pared, se arrodilla frente a ella y se mete bajo el vestido. Dila abre los brazos, los lleva sobre la cabeza, voltea los ojos, se tapa la boca, trata de apartarlo, vuelve a atraerlo, lo escucha sorberla y se muerde los labios otra vez, se pone de puntitas, grita, grita, grita, y acaba suspirando, frágil, ligera, onírica. Juan se pone de pie, se limpia la boca con el dorso de la mano, y no se da cuenta que aún tiene una mancha de sangre en la barbilla. Ella sonríe. Él va hasta el tocadiscos, regresa el vinilo, y acompaña vocalmente a Ismael Rivera: «yo, yo, yo, yo, yo, yo solo estaré / y juraré / que cuando me muera / (Dila) que aún así con mi presagio / tendré tu nombre a flor de labio / y moriré / ¿comprendido? Yo soy (Juancito) el incomprendido / ja, ja, ja, ja, ja, ja / Epa, qué mala».

SANGRE QUE NO HAS DE BEBER, DÉJALA CORRER

La Orden de los Caballeros Eternos ha basado su existencia en la búsqueda de la Sagrada Maestra —como llamaban a la que en otros términos religiosos podría ser la Mesías o Redentora—, hasta que finalmente la encontraron hecha carne y hueso (o hecha tubos de rayos catódicos, porque la habían visto por primera vez en televisión). Ella era tal y como el Primer Predicador y fundador de la Orden la había descrito: «Luminosa, silenciosa, tan mortal que enciende la vida. La reconoceréis al verla. Es como nosotros y como ninguno». Así estaba escrito y así fue como la percibieron y reconocieron.

La Orden de los Caballeros Eternos era como una comunidad latina. Había peruanos, bolivianos, chilenos, ecuatorianos, paraguayos, salvadoreños, colombianos, cubanos, mexicanos y argentinos. Nadie sabía con certeza en dónde había surgido, pero eso poco importaba a los miembros, porque ellos mismos no sabían a qué lugar pertenecían, si al lugar en el que nacieron o en el que hicieron sus vidas. Hay dos versiones acerca de la creación de esta secta, una de ellas sugiere que fue fundada en México y que después del fallecimiento del Primer Predicador, la familia y los adeptos emigraron a Argentina. La otra versión es que fue fundada en Argentina y que de ahí se dispersaron para llevar la Palabra.

Al comienzo sólo se admitían hombres, pero eso cambió a principios de los noventa, cuando la mujer y la hijastra del fundador se incorporaron a la hermandad, iniciando así una nueva era de hombres y mujeres unidos bajo una misma causa, en pos de una misma búsqueda, el intercambio de sangre para alargar la vida.

La secta fue decayendo a raíz de algunos incidentes que los obligaron a vivir huyendo de la prensa. Y de la policía. Gracias al hermetismo con el que se manejaban acabaron siendo una organización fantasma por no dejar evidencias de su existencia. La reputación, si es que alguna vez la tuvieron, fue deteriorándose a medida que sus miembros eran arrestados en varios puntos del globo, acusados de asesinatos despiadados. En algunos casos, además de desangrar letalmente a sus víctimas se las comían. Para evitar o acaso truncar cualquier tipo de investigación, la Orden resolvió que el templo debía ser ambulante y de ninguna manera debía tener aspecto de templo. A alguien se le ocurrió comprar por E-bay una gran carpa de segunda mano de un extinto circo ruso y todos mocionaron a favor. Quién iba a relacionar un club de motociclistas que reunía a los miembros en una carpa de circo con una secta vampírica de asesinos seriales.

Luego de ver en televisión a la mujer considerada Sagrada Maestra de la Orden, la buscaron de todas las maneras que les fue posible dentro de los límites de la discreción; trabajaron como detectives tras sus huellas, pero siempre había algo que

no les permitía hallarla. La mujer era como el mismo templo: escurridiza, fantasmal, casi un espejismo.

Una de esas noches de integración con los nuevos hermanos, en las que parece que nada interesante va a pasar, excepto en la televisión, mientras se preparaban para una maratón cinéfila —era la noche de Darío Argento—, relámpagos y truenos anunciaron la llegada de la mujer más buscada del vampirismo latinoamericano. Alguien dejó caer su tazón de palomitas rendido por el miedo a lo inesperado o acaso a lo desconocido; el robusto encargado de la entrada se levantó para inspeccionar quién llegaba, pero ya no fue necesario. Ante ellos apareció la belleza lúgubre más célebre de la historia de la Orden: Dila Dubi.

Los veintiún miembros que se hallaban esa noche reunidos en el Templo Ambulante se postraron de rodillas en los lugares en los que estaban y reverenciaron a la Sagrada Maestra, mientras ésta caminaba erguida abriéndose paso entre las oraciones herejes de las sanguijuelas humanas.

Ella misma se guio hasta el salón ceremonial y ocupó la silla gótica digna de un cardenal, que hasta ese momento había permanecido vacía, esperándola.

Una mujer tomó la palabra y pidió permiso para levantar la cabeza y mirarla de frente:

—Estamos muy honrados de tenerla finalmente entre nosotros, Sagrada Señora Nuestra...

La Sagrada Maestra la interrumpió levantando una mano extendida frente a ella, indicándole que guardara silencio.

—Sí, soy yo, hijos. He venido a salvarlos.

Los sectarios le aplaudieron, pero ella volvió a callarlos con la mano extendida.

—Ya estoy aquí para ocupar mi lugar, no volveré a dejarlos.

—Gracias, Sagrada Maestra Dila...

—Llámenme Lucy en el Cielo.

La mujer que había tomado la palabra volteó hacia los demás, con los que cruzó miradas de confusión por el requerimiento. Continuó:

—La hemos buscado durante mucho tiempo, ¿le importaría que comencemos el ritual inmediatamente?

—En lo absoluto. Para eso estoy aquí. Necesitamos teonanacatl o peyotes y, si no hay, traigan cucumelos. Yo misma he traído conmigo salvia divinorum. Necesitaremos cerdos, muchos cerdos, tres para cada uno, y lodo, lodo rojizo. Supongo que nos purificaremos y luego haremos transfusiones de sangre... ¿Eso es lo que hacen verdad?

—No es tan simple, Sagrada Maestra —dijo la mujer que representaba a todos los demás—, tenemos que cumplir con el ritual principal que el Primer Predicador nos ha dejado por escrito. Este rito le fue revelado a través de un dictado divino mientras

peregrinaba por el desierto en 1958.

Lucy en el Cielo frunció el entrecejo y miró a su alrededor:

—¿Ustedes tienen una ceremonia preparada para mí?

—Sí, Su Excelencia. ¿Nos permite ir a buscar nuestros instrumentos para honrarla?

Lucy en el Cielo asintió y los sectarios se levantaron uno a uno para formar una fila india. De esta manera desaparecieron detrás de un biombo que parecía ilustrar el Infierno. Otro de los biombos que servía como cercado del salón ceremonial estaba formado por dos paneles que parecían pinturas del siglo XVII, en el primero se representaba a Jesús y los gadarenos endemoniados; en el segundo se veía a Jesús echando a los demonios y enviándolos a los cerdos. El tercer biombo era para ella misterioso y estremecedor, estaba formado por un díptico, dos pinturas casi iguales de Jesucristo mirándola de frente. La única diferencia era que una de las figuras tenía una sombra que formaba un par de cuernos.

Comenzó a golpear nerviosa el posabrazo de su trono, bajó la mirada y descubrió en los tablones de la tarima manchas secas de sangre. Como sus «súbditos» tardaban, se puso de pie y husmeó todo el salón. Había un cristalero con dibujos de una mujer que se parecía mucho a ella, restos de velas consumidas y recortes de periódicos con noticias sobre asesinatos y mutilaciones en diferentes lugares y años. Sobre una mesa había una calavera usada como cenicero, entre los dientes faltantes descansaban restos de cigarrillos. Al lado había un tablero de ajedrez y sobre él un revólver que ella reconoció como un Colt 45 *Peacemaker*. Tenía la necesidad de tomarlo en las manos y no intentó siquiera resistirse, abrió el tambor y se encontró con que había una sola bala. Pensó en que seguramente jugaban ruleta rusa. La dejó en su lugar pues vio otro instrumento que llamó más su atención: un gran artefacto de apariencia espeluznante reposaba inocentemente sobre una de las sillas. Lo levantó entre sus brazos y se quejó del peso, deslizó las yemas de los dedos sobre la madera, observó el arco y la saeta metálica, comprendió que tenía entre sus manos una ballesta, quizás medieval.

—¿Qué está haciendo, Su Excelencia? —interrumpió un hombre con el rostro pintado de azul.

—Estoy explorando —contestó observando extrañada el aparato que él llevaba en sus manos.

—Muy bien, pero ya traje el irrigador.

—¿Irrigador para qué?

—Para hacernos enemas de cachaza. ¿O prefiere pisco?

—No prefiero nada. ¿Para qué es eso?

—Es lo que hacemos antes de los rituales. Pero es opcional, aunque yo lo recomiendo. Lo que no es opcional es que debo pintarla. ¿Se sacaría la ropa?

—¿De qué hablás?

—El Primer Predicador ha indicado específicamente en las escrituras que los súbditos nos debemos pintar el rostro con pigmento azul para este tipo de rituales, y había señalado también que, de encontrarla a usted, la pintáramos no sólo el rostro sino todo el cuerpo.

—No creo que él se haya referido a mí.

—¿Es usted nuestra Sagrada Maestra, la Redentora?

—Sí, soy yo.

—Entonces sí se refería a usted.

—¿No era éste el color con el que los mayas pintaban a quienes iban a sacrificar?

—Sí.

—¿Y entonces por qué me quieren pintar a mí?

Antes de que la pregunta pudiera ser respondida, los otros sectarios ingresaron al salón vistiendo túnicas negras, con las caras también pintadas de azul. Se acostaron de lado en el suelo con la ropa levantada por encima de las nalgas; no llevaban ropa interior. El hombre con el irrigador se acercó a ellos, se arrodilló frente al primero en la ronda, desfundó la sonda rectal y se la introdujo, abrió la llave de paso y la persona agachada reía y gemía.

—¡Basta! No hagan eso frente a mí, pónganse de pie —ordenó Lucy en Cielo visiblemente perturbada.

Se escucharon algunos murmullos de decepción, pero acataron la orden. Se preparaban para iniciar la ceremonia limpiando lancetas con sus túnicas. Cada uno tenía una.

—¿Qué hacen con eso? —preguntó Dubi señalando los instrumentos.

—Como dice nuestro Gran Libro...

—¡Qué hacen con eso!

La líder del clan respiró hondo mientras colocaba un libro gordo en un atril y lo hojeaba para luego leérselo:

—Como dice nuestro libro sagrado —levantó una espina de mantarraya mientras leía—, te cortaremos las venas de la cara, justo debajo de los ojos, las del cuero cabelludo, las de la sien, las del brazo, las del hombro, las del cuello, las del codo, las del antebrazo, las de la mano, las del muslo, las de la parte superior de la pierna, las de la parte inferior de la pierna y las de los pies. Y a continuación, procederemos a beber tu sangre.

—¿Eso harán ahora? —preguntó Lucy en el Cielo, se frotó las manos y luego las presionó contra su pecho.

—No. Primero debemos leer las oraciones para preparar nuestros cuerpos para el don que vamos a recibir. Se suponía que sería después de los enemas, pero como no lo hicimos iremos directo a esto.

—Ok. Hagámoslo —dijo desprendiéndose el vestido negro—. Pueden extraerme hasta un cuarto de toda mi sangre. Sí, un cuarto, he soportado más que eso y creo que será beneficioso para todos.

—El Primer Predicador anticipó en sus escrituras que Su Alteza diría algo así para probarnos. Sagrada Maestra, le informamos que le será extraída toda su sangre por medio de nuestras succiones.

—Está bien, pueden sorber la mitad de toda mi sangre. Sé que lo soportaré... Sí, lo soportaré.

—El Primer Predicador también escribió que usted insistiría con eso; pero, afortunadamente nos ha instruido qué contestarle. Sagrada Señora, nos beberemos su sangre hasta que no quede ni una gota.

—Pero entonces, ¿cómo va a funcionar mi cuerpo? ¿Sólo me van a sacar sangre? ¿O me la van a restituir por otra? ¿O por la misma? ¿De qué se trata? —los sectarios la miraban en silencio—. Esto no puede ser, yo soy la Salvadora, vuestra Reina, deben hacer lo que digo, deben respetarme. Deben honrarme.

—Su Majestad, bebiéndonos su sangre la estaremos honrando. Para eso nos la enviaron.

Lucy en el Cielo volvió a abotonarse el vestido y retrocedió acercándose a la mesa del tablero de ajedrez. Sudaba, se agitó y volteó hacia ellos con la ballesta en las manos.

—Yo soy la Maestra Sagrada y vengo a cambiar todo lo establecido. Vengo a proponerles una nueva forma de vida.

—El Primer Predicador también...

—¿También anticipó que diría esto? —rio nerviosa.

—Señora Nuestra, no caiga en tentaciones... mundanas..., no haga el ridículo. Entréguese con dignidad, su alma lo necesita. El libro dice que traerá vida eterna, que su milagrosa sangre depositada en sus súbditos le dará descendencia y la hará inmortal a través de nosotros. Su energía, Sagrada Maestra, ha venido al mundo para salvarnos y sólo será posible a través de su sangre. Sangre inmortal. Déjeme leer las páginas del libro y empezar el ritual.

—¿De qué carajo hablan! ¡Aléjense! ¿Quién demonios mata a su mesías, malditos *freaks*?

—Sujétenla.

—¡No! ¡Atrás! —gritó tratando dificultosamente de posicionar la ballesta para disparar.

—Por favor, Su Alteza, no haga el ridículo. Esa ballesta no funciona, lleva más de cuatro siglos sin ser usada.

—Ok. Entonces no están del todo seguros si funciona o no. ¿Quieren probar?

—Usted no sabría cómo utilizarla.

—Acérquense y lo averiguaremos.

Uno de los hombres dio un paso hacia ella. Lucy en el Cielo lo apuntó y lanzó débilmente una saeta que cayó sin fuerza sobre su pie.

—Ok. No funcionó.

Cuatro hombres se abalanzaron sobre ella e intentaron sujetarla, pero Lucy en el Cielo forcejó, arañó, gritó, les dejó trozos de su vestido y corrió hacia la Colt 45.

—¡Ya me colmaron la paciencia! ¡Aléjense de mí! Vamos, abran el portón.

—El revólver tiene un solo cartucho. Aunque logre disparar a alguien, cómo se deshará del resto.

—¡Me vale! Para que suceda eso alguien tendrá que arriesgarse primero y no creo que nadie quiera recibir esa bala.

Un hombre dio un paso sin dudar, Dubi se asustó y jaló el gatillo inmediatamente. La única bala fue al hombro del atacante, derribándolo.

—Ok. Eso sí que fue inesperado —dijo observando al caído.

—¡A ella! ¡Ahora!

—¡Hey, hey! ¡Esperen! —los frenó llevando los brazos hacia delante—. Todavía puedo pegarles un culatazo —dice volteando el revólver.

Todos se tiraron encima de ella y la arrastraron hasta un altar. Ella se dejó llevar mientras pensaba cómo escapar. La mujer que conducía la ceremonia se dispuso a leer su libro mientras los otros sectarios iban sentándose alrededor. Sólo dos hombres se encargaron de atarla. Ella seguía pensando. Podría salir de la misma forma que entró: ilusionismo.

—Hey... —musitó, acostada en el altar—. ¿Ves esto?

—¿Una moneda? —preguntó el hombre que la estaba sujetando al altar.

Dubi cerró la mano y al abrirla apareció en ella una lanceta. El hombre buscó en el cinturón con vaina de su túnica y ya no halló la suya. Lucy en el Cielo aprovechó el descuido para clavarle la lanceta en la entrepierna, rozándole los testículos.

—¡Sacame de acá o te las reviento! ¡Te juro que te las reviento! ¡Te la hundo entera! Te juro que va a explotar como una piñata. ¿Quieres ver los confetis?

El hombre miró a los demás y les pidió:

—Por favor, no se muevan. Sólo denme las llaves.

Uno de los que estaban sentados levantó un brazo y le lanzó un manojo de llaves.

—Vamos, Sagrada Maestra, la sacaré de este lugar —susurró tratando de no hacer ningún movimiento brusco.

De esta manera, salieron de la carpa de circo el hombre con el rostro azul y la túnica negra echando lágrimas amargas y la mujer con vestido negro rasgado gateando entre sus piernas, apretándole un testículo como rehén.

Mientras salían se escuchaba a alguien murmurar: «¿Qué dice el libro sobre eso?». Otro interfería: «Igual puede servir de algo, según los mayas la mejor sangre

para las ofrendas es la del pene». Una de las sectarias, incrédula, gritaba: «¡No creo que alcance para nada con ese pene! ¡Ofensa más que ofrenda!».

Una vez afuera, Lucy en el Cielo obligó a su rehén a que le diera su Harley. Él le dio las llaves y la ayudó a subir. Igual le clavó en el muslo la mitad de la lanceta para asegurar que no corriera tras ella. El hombre cayó al suelo revolcándose de dolor.

Caía una suave llovizna, la pintura azul del rostro del hombre se corrió como si se le derritiera la cara.

—¡Se escapa! ¡Se escapa! —gritó desde el suelo.

—¡Callate, idiota! —alcanzó a patearlo.

La Sagrada Maestra puso en marcha la Harley Davidson que robó para huir, pulsó el primer botón que vio, giró el puño acelerador y salió despedida, cayendo algunos metros más adelante. Se levantó y miró hacia atrás, los Caballeros de la Orden salían de la carpa, se dirigían a sus motos y a una casa rodante estacionada entre ellas. Dubi volvió a subir y esta vez no cometió equivocaciones, se largó de ahí a toda velocidad, directo a la carretera.

Lucy en el Cielo iba a contramano, hacía lo que podía para esquivar a los pocos vehículos que pasaban por ahí. «Por suerte ésta es una carretera muerta», se decía a sí misma, sin dejar de mirar hacia atrás. Casi una docena de personas con caras azules, envueltas en túnicas negras, la perseguían montados en sus Harleys, y detrás venía una casa rodante pintada con payasos y domadores. La moto de Dubi zigzagueaba y ella no pudo controlarla. Cayó junto a la calzada, afortunadamente tenía ventaja sobre sus perseguidores y eso le dio tiempo para zafarse de la pesada máquina que cayó sobre sus pies.

Un vehículo que venía por la ruta era apenas un punto frente a ella, pero iba a toda bola, se deslizó sobre el pavimento y ella pensó que ésa era su oportunidad. Corrió como pudo, pero su pierna estaba lastimada; se detuvo y dijo:

—No tengo que hacer nada. Esto es para mí. El Señor me lo envió.

A través del parabrisas pudo ver que el hombre que conducía no miraba el camino, estaba discutiendo con su pareja.

Dubi estaba asustada pero todavía alcanzó a murmurar:

—En nombre de la Redención de la Humanidad, este vehículo debe detenerse y ayudarme...

La mujer que iba en el auto miró al frente, gritó, se tapó el rostro, la Sagrada Maestra fue barrida, su cuerpo dio vueltas sobre el techo, cayó y rodó doblándose aparatosamente hasta estancarse con la cara sobre el pavimento.

El auto cayó a una zanja al costado de la ruta. La acompañante del conductor bajó y corrió a ver a la víctima; al voltearla se manchó las manos con sangre, pero lo único que escuchó fue el llanto de su bebé. Ese llanto se sintió como un eco ausente en alguna prisión a la que no quería pertenecer nunca. Miró el auto y vio que no todo

estaba perdido, subió y le dijo algo a su esposo, quien inmediatamente se convenció de huir.

Las Harley Davidson se detuvieron alrededor del cuerpo abandonado y un hombre se sacó el casco, miró a sus compañeros y dijo:

—Después de todo, no creo que ésta haya sido la Salvadora.

SI ME AMAS, DEJA DE CAZAR VAMPIROS

De: <m.iglesiasjoplin@hotmail.com>

Para: Epipoteo Hernández <epipoteoelsol@hotmail.com>

CC:

Asunto: Creo que todos están muertos

Estimado profesor:

He estado llamándolo a su celular pero sólo doy con el contestador, no sé si cambió de número o quizás esté en un lugar en donde no hay señal, bueno, se me ocurren un montón de cosas. He llamado a la universidad a preguntar por usted, pero nada saben, incluso me comuniqué con otros colegas suyos de México, pero nadie sabe nada. Estoy bastante preocupada.

Le escribo para avisarle que hace dos días me llamaron los de criminalística para que los ayudara en el caso de una masacre en el interior del país. Apenas escuché la descripción de la escena supe que podría estar relacionado con nuestro tema.

Cuando llegué se me puso la piel de gallina o chinita, como diría usted. El panorama era espantoso: en medio del bosque había una carpa de circo desarmada y un olor nauseabundo que agarraba todo el lugar. Alrededor había algunas motos y enseguida sospeché de qué se trataba todo. Algunos oficiales habían comenzado a trabajar levantando la carpa por detrás y en cuanto lograron armarla, ingresaron uno a uno, tratando de no mover ni tocar las evidencias. Desde el interior, levantaron toda la carpa para que el equipo forense ingresara, ¿y sabe lo que encontramos adentro? Un caos. Como si un terremoto hubiese destrozado un templo, supongo que ya se imagina de qué le hablo; yo inmediatamente me percaté de que era un sitio en donde se llevaban a cabo rituales. En el suelo había pinturas extrañísimas rasgadas y tiradas, jeringas, drogas, armas. Y luego descubrimos un pilón de restos humanos. Realmente parecía como si el diablo hubiese pasado por ahí. Eran cuerpos desmembrados, en su mayoría sólo huesos. Pero tenían una característica singular, eran huesos todavía con restos de carne, con rastros de haber sido rebanados y mordisqueados. ¿Entiende? La carne de esos cadáveres había sido arrancada a mordiscos. También encontramos piel en estado de putrefacción, por lo que dedujimos que los cuerpos fueron despellejados antes de ser devorados por algo o alguien.

Por los símbolos encontrados en el lugar suponemos que los Caballeros Eternos practicaban sus rituales en el lugar. Hasta el momento no se ha confirmado quiénes son las víctimas, pero se presume que son los mismos sectarios y que una sola persona fue la victimaria.

He trabajado en el perfil del asesino; sin lugar a dudas fue un hombre que pertenecía o perteneció al grupo, uno con fuerza por encima de lo normal y con velocidad superior; también puedo decirle que no es la primera vez que asesina a

sangre fría. Aunque algo me dice que quizás ésta fue la primera vez que se ensañó tanto con sus víctimas. Nos recordó al Lobo Feroz, pero eso es imposible, él murió hace veinte años. De forma concluyente, fue un arreglo de cuentas.

En la carpa encontramos fotografías e ilustraciones de Dila Dubi, cosa que no me sorprende. También había cintas de video de Bárbaro Félix. Sabe quién es, ¿no? Las películas halladas parecían ser muestras de su trabajo: androidismo, formicofilia, belonefilia y otras parafilias. En una de las cintas, en la que las tomas parecen haberse hecho con una cámara escondida, pueden verse imágenes de un ritual en el que los miembros de la secta se sacan sangre unos a otro para luego bebérsela. Aún no tenemos idea de si uno de los cuerpos pertenece a Félix.

El atacante conocía a uno o más miembros, por eso pudo encontrarlos e ingresar a la gran carpa. Como verá, querido profesor, no dudo que el asesino haya sido Juan «El Chupacabras» Pérez. Luego de enterarse por usted de que atraparon y mataron a Dila Dubi, él fue a buscarlos con la firme decisión de aniquilarlos despiadadamente. Sospecho que estas personas tenían muchos enemigos, pero el único que podía actuar con tal violencia y con un motivo tan poderoso era él. Le ruego, profesor, que esté donde esté tenga cuidado, El Chupacabras es implacable y seguramente estará creyendo que usted tuvo algo que ver con la muerte de Dila, así que no sería extraño que él estuviera tras sus pasos en este mismo momento.

También es muy importante que le mencione otra cosa que encontramos, y sobre todo aquello que NO ENCONTRAMOS. ¿Sabe a qué me refiero? Encontramos objetos antiguos, arqueológicos, pero no había fósiles, ni momias, nada de restos biológicos. Otra cosa que me ha sorprendido fue encontrar en un baúl un cuadro viejo con una placa con la leyenda de «Primer Predicador». Lo curioso de este retrato es que el hombre se parece mucho a usted. Si el Chupacabras vio ese retrato, es categórico que usted será el próximo en su lista negra. Pero necesito que me aclare porqué el hombre del retrato se parece a usted. ¿Era pariente suyo? Estoy bastante asustada, necesito que me lo explique, sabe bien lo que yo siento por usted, no importa lo que haya hecho en su pasado, juntos podremos superarlo. Sea lo que sea que haya hecho... Por favor, estoy en el equipo de investigación, yo puedo mover contactos y ayudarlo, sólo debe contarme la verdad de por qué usted estaba detrás de la secta. Eso, no comprendo por qué, ¿es algo personal? ¿Tiene algo que ver con su trabajo? Por favor, contésteme, yo lo ayudaré en todo, solamente le pido que se aleje de todo eso.

Suya siempre,
Morena

SAN PEDRO ES UNA DRAG QUEEN EN LA PUERTA DE UN GRAN BOLICHE

Epipoteo tiene muchas cosas en qué pensar, empezando por su café: está hirviendo. Podría agregarle un chorrito de agua helada o acaso esperar a que se enfríe solo. El tema es que no tiene tiempo y el agua podría arruinar el sabor. Además, todavía le da vueltas a la noticia que le dieron ayer: Dila Dubi está muerta. Todavía no se sabe cómo, pero por algunos testigos anónimos comprende que la secta estuvo involucrada. Le ha pedido a la doctora Morena Iglesias que le consiguiera más detalles y sobre todo que averiguara a dónde llevaron el cuerpo. Hasta ahora ella no le ha contestado. Su teléfono suena como a las 9:35. Como no conoce el número, duda en contestar, pero se decide a hacerlo por si acaso quien llama tiene la información sobre dónde está el cadáver de Dila Dubi.

—Bueno... —dice llevando el celular junto a la oreja.

—Aló... —responde un hombre del otro lado.

—¿Quién habla?

—Mi nombre es Cacerolo Lunes, lo llamo desde Atacama, Chile. ¿Estoy hablando con el profesor Hernández?

—Pues sí, soy yo...

—Ya. Quizás no me recuerdes, pero nos conocemos del Facebook. Es que yo estaba buscando a un chupacabras y tú me pediste que te avisara cuando tuviera novedades; me dijiste que tenías contactos, que si lo atrapaba podrían estudiarlo y que se encargarían de él.

—Ah, sí, claro que lo recuerdo. ¿Qué ha pasado? ¿Ha vuelto a atacar?

—No, te llamaba porque ya lo atrapamos.

—¡Vaya, qué maravilla! ¿Y qué cosa es?

—Bueno... es... es... es un hombre.

Epipoteo se levanta de la silla y va hasta el mostrador, hace el gesto de escribir en el aire con un lápiz invisible y el mozo le pasa un bolígrafo y un pedazo de papel.

—Pues, a ver... ¿Un hombre?, ¿cómo es él?

—Está rapado, tiene escamas, tiene colmillos y ojos muy claros. Primero pensé que era ciego. Se parece a una serpiente. No sabemos qué hacer con él.

—Pues, díganle a la policía que lo detenga mientras llevo, podría ser un hombre peligroso. Por favor, dígame dónde está exactamente, salgo esta tarde para allá...

En el aeropuerto un hombre bajito, de barba y mucho cabello, sostiene un cartel que dice «Epiteo». El profesor presume que debe ser él.

—¿Cacerola? —pregunta pasándole la mano.

—Cacerolo. Cacerolo Lunes. ¿Epipoteo?

—Ah, pues, veo que sabes pronunciar mi nombre, ¿entonces por qué lo escribiste mal?

—¿Oh? ¿Lo escribí mal? —se extraña el hombre volteando su cartel para verlo de nuevo—. Ah, perdón, es que tienes un nombre muy raro, *po'*.

—Pues ni que te llamaras Carlos. Mejor me hubieras dicho que tenías dislexia. Llévame a ver al chupacabras, es lo primero que quiero hacer.

Juan está acostado en un calabozo, se levanta cuando ve llegar al profesor.

—¡Vaya, vaya! —dice Juan—. Ya me preguntaba de quién eran las cabras que me había comido como para que me caigan éstos encima. Pero veo que no es cuestión de cabras, sino de cabrones.

—Ya, ya, Juancito, a poco me quieres hacer creer que sólo hay animales en tu historial... Entre tú y yo sabemos que llevarías al mundo entero hasta el infierno por la Dila ésa.

—Al mundo entero.

—Pues ya sabemos que no vas a ir al Cielo. A menos que exista uno para *freaks*.

—¡Para qué viniste! No voy a entregar a Dila. No voy a decirte nada sobre ella, primero muerto, *piece of shit*.

—Ja, ja, ja... —ríe Epipoteo—. Ya no hace falta que te hagas el héroe, costeñito... Tu noviecita ya está muerta.

A Juan parecen soltársele todos los cables que lo mantienen cuerdo y con vida. Se le rompen todos los hilos, todos los cristales, se le caen los puentes y edificios que trae en el alma. Saca las manos a través de las rejas y lo trae hacia él mostrando los dientes.

—Relájate, hermano —Epipoteo intenta soltarse—. Yo no la maté. Apenas me dijeron ayer que Dila Dubi murió. Parece que fueron los méndigos sectarios esos, porque dijeron que en el último lugar en que fue vista circulaba también una banda motorizada... Pues, ya sabes, esos güeyes en sus Harleys. Aún no sé dónde está el cuerpo, pero de ser cierto lo que cuentan, ella ya no me sirve.

—¿Servir? ¿De qué hablas?

—De su sangre, obvio, hermano. «Bebed de ella todos; porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados». Si Dila es quien creo que es, debe seguir con vida, y si no sobrevivió para dar su sangre, al demonio con ella, quiere decir que nada más era cualquier fulana.

—¡Ay, bendito! ¿Y me dice *freak* a mí? —dice golpeándose la frente—. ¿Pero existe la posibilidad de que siga con vida?

—No lo sé, conozco a una persona que me dijo que vio el cadáver y la reconoció, no por la cara porque estaba desfigurada, sólo por su disfracito de vampira. Pobre

diabla, no tiene ni familia ni hogar, nada, su cuerpo está perdido en alguna morgue, terminará en una fosa común. No te aflijas, también sus compañeritos del circo en el que trabajaba están buscando la morgue en la que está su cadáver. Dicen que se les mostró la foto del cuerpo y también la reconocieron. Qué tiernos, quieren hacerle un funeral y cobrar la entrada, ¿te imaginas? ¡Pasen y vean, la vampira sin rostro! ¡La vampira muerta! ¡Qué chafa! ¡Los vampiros no se mueren! Me consuela pensar que quizá Dila fue sólo una impostora.

—Si Dila está muerta, imagínate lo que haré... —dice Juan soltándolo y caminando en círculos dentro de la celda—. Masacraré a los Caballeros Eternos. Veremos qué tan eternos son.

—¿Y cómo piensas hacerlo?, ¿telepáticamente? —bromea Epipoteo encendiendo un cigarrillo.

Juan apoya ambas manos frente a la cara, como si rezara y luego vuelve a preguntar:

—¿Para qué viniste, maldito?

—Quería verte, conocerte, que me hablaras de ella, ya que nunca la conocí.

—Basura, ya te sacaste tu ticket al más allá. ¿En dónde quieres tu asiento? ¿Cerca de las hogueras?, ¿o junto a Vlad El Empalador? —contesta tocándose los labios con las uñas. Epipoteo las mira con asco.

—No te queda opción, hermano, yo puedo hacer que te quedes tras las rejas o ayudarte a que quedes en libertad. ¿No te encantaría que oficialmente alguien dijera a las autoridades que estás bien enfermo y que no eres responsable de tus actos? ¿No te encantaría la aceptación social? Porque yo conozco a una psiquiatra que...

Juan le escupe en los pies. Un salivazo naranja, casi rojizo.

—Óyeme, pinche isleño, estoy ofreciéndote una tregua, hijo de la chingada. Te atraparon como rata, y como rata te tendrán si no aceptas mi proposición. Escúchame bien, chinga... Lo que yo quiero es simple y no te cuesta nada si la vieja está muerta ya. Creo que algo anda mal, se supone que Dila Dubi vino a traer energía vital inagotable, ¿cómo es posible que se vaya de este mundo sin que nadie haya bebido su sangre? ¿Por qué no se cumplió la profecía?

—¿Quién escribió esa profecía? —se ríe Juan. Se ríe a carcajadas.

—¿Quieres o no que te saque de aquí?

—No necesito tu ayuda.

—Pues sí que la necesitas, así que mejor ya dime... ¿Qué sabes de su hermana?

—¿Hermana? —pregunta Juan consternado por la pregunta.

—Ava. Su gemela. ¿Qué sabes de ella?

—¿Gemela? —pregunta acercándose a Epipoteo, como un animal manso que sólo quiere olfatearlo.

—¡Uf! Veo que no lo sabías. Creo que no la conocías tan bien después de todo,

así quizás no me seas de utilidad.

Juan salta hacia las rejas, lo estrangula con sus garras, su aliento a carroña aturde al profesor; muestra sus dientes y frunce las cejas.

—¡Podría matarte aquí mismo! ¡Dime quién es Ava! —gruñe Juan.

—Es la hermana gemela de Dila. Está loca, tiene delirios místicos, se cree la Salvadora del mundo. Qué irónico, ¿no? Su hermana que sí lo es ni siquiera está interesada en eso. *Estaba*, perdón.

—Yo no sabía que tenía una hermana gemela, y no creo que Dila lo supiera tampoco. Ella no conocía a su familia, ni recordaba nada de su pasado.

—¡A poco me dirás que tampoco sabías que el Lobo Feroz era tu suegro!

Juan lo suelta y se toma la cabeza con ambas manos, camina hasta el fondo de la celda y se sienta en el catre.

—Bueno, eso casi no lo sabe nadie. A nadie le importa la vida de ese hijo de puta —agrega el profesor—. Sabes, Ava sí recuerda su pasado, aunque no lo comprende, para ella sólo son ideas, delirios, no sabe qué es real y qué no. Y como Dila ya no está, entonces, me gustaría encontrar a Ava Dubi.

—Jamás... jamás... —repite Juan sin gritar, sólo murmurando.

—Dime, ¿dónde queda Fango Rojo? Si quieres salir de aquí y vengarte de los sectarios que la mataron, dime dónde queda Fango Rojo.

El Chupacabras levanta la cabeza y le atraviesa los ojos con su mirada.

—Juan Pérez —dice un carabinero acercándose a la celda—. Puede irse.

—¿Por qué? —pregunta el profesor confundido.

—Porque él no es el chupacabras, acabamos de encontrar a un perro monstruoso matando guanacos, los mordía en el cuello y les chupaba la sangre. Le pedimos disculpas, señor Pérez.

Juan baja la cabeza, sonrío y susurra: «Washington, me salvaste otra vez». Epipoteo se hace a un lado y lo deja pasar, Juan ni siquiera voltea a verlo, va a buscar algunas cosas que le sacaron antes de meterlo a la celda, un par de monedas de diferentes países, unas llaves, un reproductor de música y una estampita de «La Virgen y Los Cerdos». Mientras guarda esas cosas en el bolsillo pregunta:

—¿Quién vio al perro?

—Lo vimos muchos, mi amigo hasta le sacó una fotografía.

—¿Pudieron atraparlo?

—¿Que si lo atraparon? Le pegaron un balazo justo en su endemoniada cabeza. ¿Quiere ver la foto?

Juan siente presión en el centro del pecho, luego los hombros, el cuello, la mandíbula, no puede respirar, se entierra las uñas en la tráquea, quiere gritar, quiere moverse, pero no puede. Entonces sujeta al hombre del cuello y le dice casi sin voz:

—Sólo dígame quién disparó al perro.

Escucha el nombre y muestra los colmillos.

ROJO QUE TE QUIERO ROJO

La doctora Iglesias no sólo es cada vez más bella, sino que es cada vez más inteligente. Más intuitiva, diría ella. Digiriendo mejor los años conforme a las expectativas, agregaría. Y nunca ha envidiado la belleza de nadie más, mucho menos la de una paciente; pero como a toda regla la excepción es la que la confirma, en este caso la confirmación de su regla de bellezas no envidiadas se llama Ava Dubi. De alguna manera —piensa mientras finge tomar notas— esa mujer es más bella que todas las demás; algo tiene en algún lugar del físico, alguna simetría o acaso asimetría que a los ojos humanos resalta como una perfección imperceptible. Como cualquier otro que haya conocido en persona a las Dubi, se pregunta si acaso hay algo en la sangre de estas mujeres que no hay en la de nadie más. Se pregunta, también, cómo habría sido Dila en vida, en persona, qué sensaciones o ilusiones provocaba como para tener a tanta gente buscándola, persiguiéndola. Cualquier cosa que haya sido le costó su paz y hasta su vida. Pero eso no es suficiente como para que Morena calle y deje de envidiar; igual se pregunta cada día que si Ava tiene una llama invisible que la ilumina sobre las otras, qué más tenía Dila. No puede dejar de contemplarse al espejo cada vez que piensa en ellas. Se mira detalladamente, cada poro, cada vello invisible, cada lunar, cada arruga que el botox no puede contener. Sobre todo observa sus arrugas, las doblescés lánguidas y tristes que ya han entregado sus armas. «Ésa no estaba ahí antes, ni ésa, ni ésa». Y trata de esconder detrás de sus rizos las cicatrices de los años congelados, esas ondas oscuras hacia afuera que homenajean a Farrah Fawcett. Pero la gloria es ella; es tan gloriosamente hermosa, una Sofía Loren con sangre aborigen, aunque ella no se ve así. Se observa tan microscópicamente de cerca que el conjunto se le pierde; sólo ve poros y arrugas y ausencia de brillo juvenil. Se pasa lápiz negro alrededor de los ojos, frotándose la punta como si coloreara un cartón con crayolas, con la misma fuerza bruta e indignación de un niño que no puede pintar sin pasarse de la raya; se aplica base en mousse, se extiende polvo compacto, espolvorea el rubor, se delinea los labios con un lápiz terracota, se los pinta con un labial *anti-age* rojo rubí, extiende una sombra delicada que ilumine los ojos, y lleva el pelo hacia adelante; se arregla todo el tiempo.

Y después del ritual de belleza, sale a recibir a Ava. «Querida Ava, tú que nunca envejeces, ni en días ni en años». La perdió un año entero y la recuperó cuando ya ni siquiera la buscaba; ella simplemente entró a su oficina diciendo que venía a buscar su libertad. Morena notó una gran mejoría y lo anotó en su expediente: Ava reconoce la libertad. Reconoce su problema. Ava comprende que de mí depende que ella pueda volver a tener una vida normal sin deberle nada a nadie. Esa deuda, claro, la había dejado el incidente en el banco de sangre, y era la cárcel o la terapia. Y Ava eligió lúcidamente su libertad al retomar su tratamiento un año después de haberse escapado

(«y de intentar matarme», escribe en un paréntesis mental). Durante los próximos días Morena intenta evitar en lo posible todo contacto visual; trata, sin querer admitirlo, de esquivar la belleza ajena o la tortura propia. «Sobre todo, yo quisiera su juventud». Desde un primer momento, la doctora presintió que no se verían mucho tiempo más, que sus horas psicóticas estaban contadas; lo que sea que le haya sucedido a Ava durante ese año, la había cambiado, ahora era una mujer con los pies en la tierra, racional, agradable, sin rastros de delirios místicos. Así que, motivada por todas estas mejorías, Morena decide mirar a su paciente a la cara, recorrer su incorruptible figura, pulgada a pulgada su blanca anatomía. Y entonces lo comprende todo. Se levanta, se acerca a ella, la observa de arriba abajo, hasta pasa sus manos por su rostro, y luego va al baño, se encierra ahí y se mira al espejo. Piensa: «¡Está más hermosa que nunca! El tiempo corre en mi sangre, pero en la de ella se ha detenido para obrar maravillas. Por eso Epipoteo estaba obsesionado con ella». Abre la puerta del baño y camina decidida hasta su paciente, acerca una butaca, se sienta frente a ella y la mira a los ojos: «Cuéntame de tu padre». Y Ava se retrae, abraza sus rodillas y retira la mirada. Morena insiste en que sólo responda un par de preguntas más y será libre, la declarará oficialmente curada. Entonces Ava vuelve a mirarla y le dice que nunca conoció a sus padres, que ella fue dada en adopción. Morena sonrío malévolamente, o gozosamente, que suele ser lo mismo. Busca el teléfono y mientras levanta el tubo piensa en otra pregunta, una que confirme sus sospechas de una vez por todas, la mira y le pregunta: «¿Cómo es posible que no recuerdes a tu padre, si siempre hablamos de cómo lo salvaste?». Entonces, Ava se levanta y pregunta quién es su padre. Morena escucha del otro lado del teléfono sólo un contestador y cuelga para responder la pregunta; pero cuando voltea a verla, ella ya no está, ni volverá.

CHUPAR SANGRE ES UN OFICIO SOLITARIO

Atraviesa Sudamérica como una ráfaga de sueños perdidos, incendiando los campos con la furia del amor arrebatado. Es una película de Tarantino que cobró vida para cobrar muertes, el humo negro de las pesadillas forestales y el humor negro de las vidas reales. Él no tiene a nadie. Tuvo a todos, pero ahora no tiene a nadie. Es el alma en pena de los chicos malos. Juancito tiene hábitos perturbadores, se tienta con la sangre caliente de algunos animales, se le hace agua la boca con la merienda McCabra que desciende hacia los pastizales, afila sus cuchillos y atraviesa rebaños como un fantasma. No es el Zorro, no es Batman, es el maldito Chupacabras.

Ahora puede viajar a velocidades afiladas sin hacer ninguna parada, ya no tiene que esperar al perro mutante que le cuida la espalda, el único amigo que ha conocido. Se envuelve en el sonido grave del motor de su motocicleta, saboreando las explosiones en los cilindros como si ocurrieran en sus arterias, desafiando al viento, a la frontera, a los documentos; liberándose como un demonio, como un genio disparado de una botella de cerveza. Los cartoncitos mágicos desde el epicentro de su lengua revientan en carcajadas pintándole funerales psicodélicos para la mujer y el perro que han sido, si no un vaso lleno, una raya de alegría en su solitaria vida.

Su vida ha estado marcada por una necesidad incontinente de equilibrar su propia naturaleza con la del resto de la humanidad, manteniendo siempre y por siempre la independencia tan difícil de alcanzar por el resto de nosotros. Independencia tanto de otras personas como de sí mismo.

Ahora él es un justiciero que ajusticia su propia buena suerte, se mantiene vivo y libre mientras que los únicos seres que amó han sido perseguidos y cazados, muertos y olvidados. Al fin y al cabo él no es ni libre ni sigue con vida; está preso de los compromisos que nunca ha tomado, de la rutina que nunca ha escogido; está preso de los sentimientos más profundos que cualquier hombre común pudo haber sentido pero que él creyó que nunca conocería.

Juancito busca el horizonte y viaja con el sol hacia la muerte del día, sacrificando la luz como ofrenda a Dila. A ella, que amaba el crepúsculo. A ella que disfrutaba la noche. Habrá de perderse en la oscuridad otra vez, para encontrarse, quizás vivo, quizás muerto, quizás zombi, reviviendo la memoria de su única felicidad al ejecutar con frialdad su deliciosa venganza.

BÁRBARO Y DERLIS VIAJAN EN LA MÁQUINA DEL MISTERIO

En la mañana del 14 de octubre del año 2009, Bárbaro Félix se rasuró la cabeza con una afeitadora eléctrica que se ganó en una rifa local. Al verse en el espejo sin barba ni cabello recordó su verdadero nombre, José Félix Martínez Herralde. También recordó su vocación: cineasta. Encendió las luces de su pequeño apartamento y contempló con lástima su propia vida, al menos lo que había hecho con ella en aquellos últimos tres años. Sobre un sofá desgarrado por un gato que ya había huido hace meses, estaban amontonadas sus ropas sucias y calcetines impares hechos pelotas. Restos de *pizzas* cubiertos solemnemente con cuadritos de papel higiénico, pirámides de botellas de coca-cola, colillas de cigarrillos y cuentas por pagar convertidas en barquitos de papel. Pero lo más triste fue ver sus dos cámaras revestidas de polvo y sus rollos de cinta olvidados entre trastes sucios. Se acercó a una cómoda que apenas podía verse bajo aquel cúmulo de artículos desechables que nunca desechó; abrió un cajón y observó sus guiones incompletos, los abrazó y los olió como una actriz huele una camiseta blanca en un comercial de jabón en polvo.

En ese instante Bárbaro decidió que no era tarde para recuperar su vida; todavía mejor, no era tarde para impulsar su vida. Empezó por tirar las cosas que ya no servían, sacudió el polvo y luego trapeó los pisos. Lavó toda su ropa, cambió sus sábanas, ordenó los muebles, eliminó los alimentos vencidos de la heladera. Probó el funcionamiento de sus cámaras, revisó sus viejas cintas, corrigió sus guiones y compró un diario para buscar trabajo.

En las páginas de avisos clasificados encontró uno que le pareció muy interesante, la retribución no era cuantiosa pero al menos consistía en hacer algo que a él le fascinaba: filmar una película. En este caso, un documental sobre un suceso paranormal.

Bárbaro se presentó a la dirección indicada en el anuncio. Al principio temía que fuera a encontrarse con algún psicópata, o peor, con un grupo de psicópatas. Se tranquilizó cuando vio al anunciante en persona; éste se presentó como Derlis Montenegro, quien lucía y se expresaba como una persona común y corriente. Bárbaro sintió alivio porque ya extrañaba a las personas comunes y corrientes.

Derlis le invitó un café y le explicó en qué consistía el trabajo. Le dijo claramente: «No pago mucho solamente porque no tengo más dinero de lo que estoy ofreciendo, el video debe ser un regalo para mi papá, y yo por él lo daría todo. Por eso mismo, si mientras te cuento la historia se te ocurre pensar que mi papá y yo estamos locos, quiero que me lo digas, porque si ésa es tu manera de pensar no podremos trabajar juntos. Sobre todas las cosas, busco respeto».

Bárbaro le respondió que a él le podía contar lo que sea, que con las cosas que él

mismo había vivido en carne y hueso nada más podía sorprenderle.

Entonces Derlis se sintió cómodo para soltarlo todo. «Quiero financiar un documental sobre objetos voladores no identificados, avistados en Bolivia y Paraguay, partiendo de la experiencia personal de mi propio padre. Me gustaría que la gente lo tome en serio, que lo respeten, que le crean. El problema es que le faltan evidencias para sostener su historia, por eso quiero que filmemos un documental que sea testimonio de lo que mi abuelo y mi papá vieron, algo que pueda servirnos de evidencia».

—Vine por el trabajo porque necesito terminar mi película sobre vampiros latinoamericanos, así que no tengas vergüenza de contármelo todo, podés confiar en mí. De hecho, ahora que te conozco, no voy a cobrarte nada, solamente voy a pedirte que a cambio me ayudes con mi propia investigación.

Sellaron el trato estrechando sus manos, sonriendo sinceramente, mirándose ambos con respeto, sintiéndose menos solos y por fin comprendidos.

Un miembro del Club de Avistadores de Ovnis informó a los Montenegro sobre lo que creyó ver en las serranías del Amambay, explicó apoyándose con dibujos lo que vio entre las plantas, una figura humanoide de casi dos metros de altura que al percatarse de la presencia de él se esfumó. Los nuevos socios documentalistas decidieron que aquél sería el primer lugar para recabar imágenes y acamparon entre los cerros donde hay petroglifos grabados en las rocas. Para Montenegro, sin duda había actividad alienígena en ese lugar. Durante tres noches permanecieron en vigilia, con telescopios, largavistas de visión nocturna y cámaras preparadas para la ocasión. En uno que otro momento lograron avistar luces extrañas y lejanas, pero no era suficiente para ellos, necesitaban evidencia única y reveladora, un destello no era suficiente; lo ideal era encontrarse con un objeto distinguible, no sólo una luz ni una forma. Querían ver las puertas, las compuertas, las turbinas y antenas; marcianos verdes saludando, lo más concreto posible. Necesitaban un encuentro cercano y estaban dispuestos a todo.

Durante esos días y noches de convivencia hablaron de todo, desde el acetato escondido en una de las tres mil sillas del museo de Marciano Montenegro hasta de la película inconclusa protagonizada por Dila Dubi. Esta mujer intrigó tanto a Derlis, quien desde pequeño estuvo ligado a la búsqueda de la verdad, que se comprometió enteramente a la ayuda a su amigo y comenzó a investigar por su cuenta.

Cuando regresaron a la ciudad, Derlis hurgó en los archivos de los diarios y en internet, y acudió a su nuevo amigo para comunicarle sobre su hallazgo. «¿Sabías que la policía está buscando tu cuerpo hace tres años? Te dieron por muerto en la masacre de unos sectarios argentinos. En teoría deberían de haber investigado qué pasó contigo, sin embargo como nadie reclamó tu desaparición, eso quedó en nada». Bárbaro quedó en shock, no por su supuesta muerte, pues siempre supo que si moría

a nadie le importaría; se sorprendió al escuchar algo que no sabía: «¿Masacre de sectarios?».

Se sentaron, Derlis le contó lo que Bárbaro no sabía por haberse aislado del mundo todo este tiempo. En los archivos periodísticos, encontró una nota que salió un día en la prensa roja. Sólo describía los cuerpos, la sangre, en fin, toda la violencia, y días después no volvieron a publicar más nada al respecto. Bárbaro se sintió algo aliviado, después de todo, esa secta fue la principal razón por la que se recluyó en su departamento con miedo a todo. Pero lo que su amigo le dijo a continuación, lo dejó devastado.

—Dila Dubi también está muerta. Esta otra pequeña nota periodística la menciona como víctima en un accidente de tránsito, la fecha es de semanas antes de la masacre. Ya no estás atado a nada, todo terminó hace años y no lo sabías.

Bárbaro Félix recuperó la compostura de sus mejores momentos, lo miró a los ojos y preguntó lacónicamente:

—¿Terminó todo lo de tu abuelo y tu padre cuando los militares le dijeron que se quedaran callados? ¿Terminó todo cuando les dijeron que sin evidencias ni testigos su historia no era verídica? Vamos a corroborar los hechos de una vez por todas. Dime, en qué carretera dice que fue hallado el cuerpo. Bárbaro y Derlis investigaron la muerte de Dila Dubi. Todo lo que obtuvieron extraoficialmente en la comisaría en donde se registró el accidente fue un nombre: Isabella Domínguez de Islas. Después de algunas semanas, Bárbaro finalmente consiguió entrevistarse con ella en la prisión.

Isabella escuchó a su visitante y lo segundo que dijo, luego de pedir un cigarrillo, fue:

—¿Qué pasa con esa mujer? Nunca nadie me vino a visitar, pero en quince días recibo dos visitas y los dos me preguntan por ella.

—¿Quién vino aparte de mí?

—¿También la viste viva? Ahora yo también dudo si es que realmente la maté, le diré a mi abogado que lo investigue... —dijo con tono sarcástico.

—¿Qué me está diciendo, señora? Por favor explíquese.

—Mirá, lo voy a decir una sola vez más, y después que nadie más me venga a joder. Mi esposo y yo atropellamos a Dila Dubi, la matamos y la abandonamos. Su cuerpo fue identificado por personas que la conocían. Debe estar enterrada en algún lugar, podrías tomar una pala y confirmarlo vos mismo. Pero hace quince días vino un hombre a preguntarme si es que yo estaba segura de que era ella, cómo se veía, si realmente estaba segura de que está muerta... Si yo no hubiese estado segura de haberla matado, si no hubiese visto sus restos, créeme que no estaría aquí. El tipo que vino era muy raro, sabés, me dijo que creía que él fue quien la atropelló, además en el mismo lugar y de la misma manera, pero tres años después. Lo más raro es que me dijo que la volvió a ver hace poco, esta vez trabajando de *stripper* en las afueras de la

ciudad. ¿Podés creerlo? ¡Un tipo loco! ¡Y soy yo la que está encerrada!

De vuelta a la furgoneta en la que Derlis lo esperaba, Bárbaro le repitió todo lo que Isabella le había contado, y antes de que su socio pudiera sugerir cómo averiguar el nombre del visitante misterioso, Félix se apresuró a enseñarle una falsa acreditación de prensa. «No te imaginás todo lo que se puede hacer con una acreditación así. Conseguí el nombre al instante, lastimosamente nunca escuché hablar de ese tal Vincent que la visitó y que vio a Dila viva».

Derlis se sintió más intrigado de lo que estaba en un principio y sumó a la conversación las pistas que podrían llevarlos a Dila, cosas que había descubierto en una cabina de internet usando Google mientras esperaba: en la escena del crimen de la secta, estuvo presente una psiquiatra forense llamada Morena Iglesias y, según sus indagaciones, esta psiquiatra estaba ligada a la vampirología. «Amigo, creo que ésta es la persona a la que debemos entrevistar para tu película, sin duda ella sabe algo sobre Dila Dubi». Bárbaro quiso explicarle la diferencia entre una película de ficción y un documental con entrevistas, pero le inquietaban otras cosas como qué relación tenía el accidente de Dila y la masacre de los sectarios semanas después o el porqué de la Dila duplicada, esa visión que tuvo el tal Vincent tres años después en el mismo lugar, o por qué hay una *stripper* idéntica a Dila Dubi en las afueras de la ciudad. ¿Será porque es inmortal como un vampiro?

Derlis lo despertó de esas deducciones improbables recordando sus propias palabras:

—Como le dije una vez a mi padre, noventa y cinco por ciento de los misterios pueden resolverse con las explicaciones más obvias; el resto no puede ser explicado nunca porque simplemente no tiene explicación.

Bárbaro subió los pies al asiento, sus largas piernas dobladas parecían encapsularlo en la zona desconocida, su rostro no era un rostro vencido, era quizás una furia secreta por desenmascarar la verdad. Derlis sabía que podía confiar completamente en él, ya no estaba solo en esa búsqueda, seguía lanzándole datos que superficialmente podían parecer vanos y hasta ridículos, no se callaba ningún segundo; firme y decidido en la combi de cara al sol, persistía leyendo sus anotaciones mientras Bárbaro procesaba la información en silencio:

—Es difícil rastrear este tipo de casos, sólo tienen un interés sensacionalista por lo que la prensa es descriptiva en cuanto a la escena del crimen pero luego no hace un seguimiento porque a nadie le interesa la vida de estas personas, sólo les interesan las fotografías y las descripciones llenas de morbo. No sabemos si atraparon al asesino de los sectarios, apenas tenemos fechas y causas de muerte. Recolecté nombres de psiquiatras que han atendido a asesinos seriales con los perfiles de los sectarios, tengo archivos de noticias sobre asesinos bebedores de sangre de las últimas cuatro décadas. También encontré estas tesis sobre vampirismo: «El vampiro como

paradigma de la sociedad», Garza Bogado, M.; «Los vampiros literarios», Pétain, J.C.; «Drácula en Nueva York», Eckheart, L.; «Hitler y los vampiros», Guevara, F.; «Los Vampiros a la luz de la Medicina», Gómez Alonso, J.; «Transmitología histórica de los héroes gemelos y los murciélagos vampiro del *Popol Vuh*», Hernández, E...

—¡Detente ahí! —exclamó Bárbaro—. ¿Dijiste héroes gemelos?

Derlis asintió con la cabeza mientras se cercioraba de que efectivamente había leído bien el texto.

Bárbaro lo tomó por los hombros animado por una súbita inyección de alegría. «¿Te das cuenta? ¡Esta podría ser una pista clave para descubrir lo que pasó!». Parecía dibujar en el aire una ecuación mientras intentaba explicarle atropelladamente la suposición: «Vos decís que el noventa y cinco por ciento de las veces, la explicación es la más obvia, la más simple. De ser así, ¿cómo explicarías la visión de una misma persona en dos partes?».

—Una persona enamorada cree ver al objeto de su afecto en varias partes. O un sujeto paranoico... Podía ser que nada más las personas se parecían entre sí... Podría ser... ¡Claro! Dila Dubi podría tener una hermana gemela. Pero eso no explica cómo fue atropellada dos veces, una en el 2003 y otra hace algunos meses. Y que a pesar de eso, este mismo año haya sido vista haciendo striptease.

Bárbaro volvió a decepcionarse, se tocó la cara, muy preocupado, le apareció un tic nervioso, ansioso, parpadeaba rápidamente.

—Entonces son trillizas... o no tenemos nada... —suspiró.

—Si Vincent atropelló a una de las hermanas Dubi, ¿no debería de estar en la cárcel como Isabella? ¿Y no se te hace extraño que haya ocurrido en el mismo lugar?

—Debió haber sobrevivido o Vincent debió haberlo imaginado. ¿Pero cómo imagina algo que sucedió en el pasado?

—Obviamente fue un fantasma.

—O quizás Vincent tenga un sexto sentido.

—Quizás la *stripper* es un fantasma.

—Prefiero la explicación de las hermanas gemelas.

—O Vincent atropelló a un fantasma. Quizás ese accidente pertenece al cinco por ciento de los sucesos que nunca tendrán explicación.

El teléfono de la doctora Iglesias suena, generalmente la llaman colegas o familiares, atiende tranquilamente mientras revisa su correo. Inusualmente, esta vez se trata de otra cosa, el que llama dice ser un gran admirador, un reportero que se encuentra haciendo un documental sobre la rabia y la porfiria como origen del mito del vampirismo.

A Morena le interesa el asunto, así que se acomoda en un sillón cerca de una ventana que da hacia la calle y le cede toda su atención. El hombre quiere que ella sea

su fuente de información, dice que la pondrá en los créditos, le regalará copias, lo que ella quiera. Morena responde que pueden reunirse a tomar un café algún día, pero no la próxima semana porque ella estará viajando a Denver para una convención. Él, muy seguro, le dice que no se preocupe por el tiempo, pueden trabajar a distancia. Ella insiste en que quiere conocerlo en persona. Entonces luego de un largo silencio, el supuesto reportero le dice:

—Mi nombre es Bárbaro Félix.

Morena responde con otro silencio, se dispone a cortar el teléfono, pero luego se pregunta si es cierto y decide no quedarse con la duda.

—¿Bárbaro Félix? ¿O el fantasma de Bárbaro Félix?

Bárbaro cubre el micrófono y le susurra a Derlis: «Veo que no es difícil hacerse pasar por fantasma».

—¿Por qué me dice fantasma? ¿Acaso reconoció mi cuerpo en la carpa de la secta?

—Muchos cuerpos quedaron sin identificar, admito que no se hizo un seguimiento al caso. Después de todo, los miembros de esa secta eran despreciables. Pero encontramos muchos objetos que le pertenecían a usted, Félix. Es mejor que crean que está a muerto a que es el asesino, ¿no? Casi lo pusieron como sospechoso de los asesinatos, afortunadamente otros investigadores y yo lo defendimos. Usted no tiene el perfil y teníamos en la mira a otro hombre. ¿Por qué se escondió todo este tiempo?

—Metí una cámara oculta a la secta y me descubrieron, temía por mi vida. No sabía lo que pasó con ellos. Ni lo que sucedió con Dila Dubi.

—¡Cierto! Ella debió ser su amiga, ¿no? Dicen que actuó para usted, ¿cómo lo consiguió?

—Ella era una chica sencilla que sólo quería ser actriz. Una historia similar a tantas.

—Similar a la de Elizabeth Short, la Dalia Negra, por ejemplo. ¿Qué piensa hacer, Bárbaro? ¿Va a hablar con la policía sobre lo que sabe? Por otra parte, le puedo asegurar que nadie lo está buscando y que...

—Doctora, estoy en un teléfono público y se va a cortar la llamada en unos segundos, así que iré al grano. La verdad es que necesito saber si usted me puede ayudar a descubrir qué sucedió con Dila.

Después de todo, Bárbaro comenzó a pensar que todo esto era buen material para un documental sobre su película.

—La atropelló un auto y murió al instante por traumatismo intracraneal. Los responsables están identificados, una mujer está detenida. ¿Algo más?

—¿Sabía que dos personas diferentes creen haberla atropellado? ¿Usted vio el cuerpo? ¿Puede asegurar que está muerta?

—Sí, vi el cuerpo. No la conocí a ella personalmente, pero pude identificarla porque conocí a su hermana gemela.

—¡Su hermana! Eso es lo que yo sospechaba cuando me dijeron que vieron a Dila viva en un antro en las afueras de la ciudad...

—¿Así le dijeron? ¿Dila viva? —Morena se fregó los ojos como si quisiera despertar—. Supongo que quien sea que dijo que vio a Dila viva, en realidad vio a la hermana, mi paciente.

—Permítame hacerle otra pregunta, ¿usted identificó un cadáver sólo basándose en la fisonomía de la hermana gemela?

—¿Está cuestionando mi forma de trabajar? Quizás usted conoció a Dila en persona, pero yo la conozco de manera más profunda; de hecho soy muy amiga de un antropólogo que lleva casi una vida tras la Orden de los Caballeros Eternos, nadie sabe más de Dila que él.

—¿Un antropólogo? ¿Qué tiene que ver un antropólogo con las hermanas Dubi?

—Los sectarios eran saqueadores de excavaciones arqueológicas. Como creían que Dila Dubi era reencarnación o algo así de lo que sea en lo que ellos creían, el profesor creía conveniente seguirle el paso a Dila.

—Saqueadores de zonas arqueológicas hay miles, qué tiene de especial lo que ellos robaron para que el antropólogo gaste toda su vida en ellos.

—¿Qué está tratando de insinuar?

—Me parece que de repente esto dejó de ser una cuestión de vampiros para volverse una cuestión de momias perdidas.

—Por qué mejor no nos encontramos en algún lugar para charlar. Podemos intercambiar información. ¿Sabe en qué lugar supuestamente fue vista Dila?

—¿Qué es una momia después de todo? Un cuerpo que no se descompone...

—Escúcheme, Félix, le exijo que me responda en dónde está la mujer que se parece a Dila Dubi. ¿Hola? ¿Sigue ahí?

BOHEMIO, BERRETA Y BASURA

De: <m.iglesiasjoplin@hotmail.com>

Para: Epipoteo Hernández <epipoteoelsol@hotmail.com>

CC:

Asunto: Dila vive

Epipoteo, ya estoy cansada de tu actitud. Te ruego, no, te ordeno que me llames; si todavía me tenés al menos algo de respeto, si es que acaso ya nada de cariño, llamame. Tenemos que hablar. ¡Ya no sé si estás muerto, preso, loco, no sé nada de vos! Además, tengo algo importantísimo que contarte, si no me llamás por esto, entonces quiere decir que te pasó algo grave y voy a tener que ir a buscarte.

Tengo algo urgente que contarte: ayer, justo cuando estaba totalmente ensimismada escribiendo mi libro, sonó mi teléfono. No esperé que fuera nadie en especial, pero resultó ser una llamada extraordinaria. La persona que me llamó era Bárbaro Félix. ¿Te acordás? El cineasta que filmó a Dila. Está continuando su película y la está buscando; me dio a entender que él cree que ella sigue con vida. Yo intenté disuadirlo, pero él ha estado investigando y tropezó con una revelación, alguien le aseguró que vio a Dila vivita y coleando y que ahora es bailarina de cabaret, ¿te imaginás? Hay más, para que Ava estuviera libre de los cargos en su contra, yo debía aprobar que ya no requeriría observación constante. Así que, tiempo después de la masacre, Ava regresó a verme, la había notado totalmente cambiada. Ya no era un peligro para ella ni para los demás. Estaba tan diferente que se me ocurrió que tal vez no era Ava. Me acordé entonces de Isa, el Jesús del Corán. Un amigo musulmán me dijo una vez que Isa no murió en la cruz, que él ascendió al Cielo y que el hombre que crucificaron era un doble. «Ellos no lo mataron», eso dice el Corán. Los dos últimos años sólo quise contactarlo para contarle eso, que la Dubi que regresó no era Ava, sino Dila. Ella no murió. Estuve con ella dentro de las mismas cuatro paredes y se me escapó. Pero ahora lo vuelvo a llamar sólo porque tengo esta nueva información, que Dila quizás ya no luzca como una vampira, sino como una bailarina erótica.

Morena

EL HOMBRE QUE DEVOLVIÓ LA LLAMADA

—Soy yo... Oye, perdón por no haberte hablado antes... Yo... en realidad no tengo excusas... Mira, la verdad, nunca creí que la verdadera Dila podía haber muerto, pero tú viste el cadáver, ¿cómo no reconociste a tu paciente? Como sea, la información que me diste me ha animado a continuar. Yo estoy viviendo en Fango Rojo desde hace tres años. Ava es una leyenda aquí, la llaman la Virgen de los Cerdos, pero ella desapareció un día y nunca regresó. Así que todo este tiempo sospeché que quien había muerto fue en realidad Ava. Nunca he dejado de buscar la verdad. Sé que si Dila está viva y algún día recordará su pasado y regresará a Fango Rojo. Y yo estaré aquí esperándola.

»Morena, sólo quiero decirte una cosa más... Yo siempre te he querido, lamento que las cosas no se hayan dado de la mejor manera. Mi destino simplemente no estaba en mis manos. Adiós.

CUENTO DE HADAS EN TELEPROMPTER

Dila Dubi, serás más famosa que John Lennon. Serás parte de la vida de toda una generación. Dila, todo el mundo hablará de ti. Harán libros y películas que hablen de tu vida. Tu rostro aparecerá en pósters y camisetas. Todos sabrán tu nombre, aunque no puedo garantizarte que dejarás de estar sola, puedo asegurarte que serás famosa. Serás grande. Serás una estrella. Sólo tienes que aprenderte un guión, firmar aquí y el miércoles preséntate a grabar el programa. No pierdes nada con salir en televisión al menos una vez para que toda Latinoamérica te vea. Los conquistarás. Por qué limitarse a trabajar en un circo, si lo que siempre soñaste es ser estrella de cine. Ésta es tu primera oportunidad, tu primer paso, no lo arruines.

¿Qué es lo peor que puede pasar? Lo único que debes hacer es lo que siempre haces, fingir que eres un vampiro. Únete y a partir de mañana serás inmortal.

LAS ARMAS LAS CARGA EL VIUDO

Lo primero que se le ocurrió fue usar una estaca. Ya tenía el martillo y estaba sentado en una carpintería leyendo una *Architectural Digest* mientras el carpintero terminaba de hacerle la punta a un palo. El Viudo quería una estaca perfecta. Éste sería su primer asesinato, pero llevaba meses imaginándolo. Sólo le faltaba su víctima y hace unas semanas ésta se puso frente a sus ojos con portaligas y botas de vinilo hasta las rodillas. Sin embargo, cuando tuvo la estaca entre sus manos y la imaginó penetrando en el corazón de ella, se le ocurrió que quizás para su víctima ése sería el final anhelado. Y los asesinatos, piensa, no deben dar placer a la víctima sino que un asesinato cometido por venganza debe, además de acabar con la vida de ésta, robarle identidad e imponerle dolorosamente un final contrario a su voluntad y obediente a la sustantividad del asesino.

Su siguiente opción fue escoger un arma de fuego. Frente a un mostrador dudaba entre tres posibles revólveres: un Smith&Wesson calibre 44 Mag, de disparador muy suave y mucha fiabilidad; pero quizás muy convencional para lo que él pretendía. El otro era un 340PD, todo negro, hermoso, parecía un juguete, pero le incomodaba que fuera muy pequeño y ligero. El tercero era un Taurus calibre 44, lo tomó entre sus manos y lo levantó frente a él; el cañón era tan largo que se imaginó desnudo en la portada de una revista porno con el revólver entre las piernas. El vendedor lo miraba incrédulo, seguramente se preguntaba a quién podría dañar ese *nerd* de piernas largas, finas, chaleco con rombos, peinado hacia atrás con mucho gel efecto mojado y gafas enormes y gruesas. Cuando sus miradas se cruzaron, al vendedor se le erizó la piel. Nunca antes vio ojos de psicópata como aquellos. El *nerd* le pidió que le mostrara algo más raro, el vendedor dijo que lo único que le quedaba era un mosquetón de 1865 usado por soldados paraguayos en la Guerra de La Triple Alianza. La más sangrienta de Sudamérica. El cliente pidió verlo y hasta trató de asirlo ayudado por el vendedor; pero cuando vio que por el arma pasaron termitas tuvo que preguntar si todavía servía. El vendedor se rascó la cabeza y, sin ganas, supuso que ya no funcionaba, pero era la única arma que tenía «fuera de lo normal», como el cliente le había solicitado. El Viudo volvió a dejarlo sobre la mesa, y señalando los revólveres preguntó a cuál de ellos le iban las balas de plata. Entonces el vendedor se echó a reír, provocando la ofensa del cliente que se retiró sin adquirir nada. Al salir pensó que quizás fue lo mejor, tanto la estaca como la bala de plata habrían ratificado las postulaciones existenciales de su víctima.

Con convencimiento pensó que el arma que él buscaba quizá lo esperaba en una tienda de antigüedades, por lo que su siguiente parada fue una tiendita que se parecía a un garaje donde los objetos más inusuales se aproximaban a las estanterías procurando llamar la atención de los curiosos, y en muy pocos casos, como éste, de

los compradores. Lo primero que tomó entre sus manos fue una lanza alabarda; según el propietario de la tienda, la alabarda de casi dos metros de longitud era alemana, medieval, específicamente del siglo diecinueve. El Viudo sabía que aquella muerte debía ser poética, debía ser una digna hazaña épica que resistiera al tiempo y al castigo que le depararía; debía ser un asesinato inspirador, que redimiera por fin su pena y sus años de miseria. Tocó la cuchilla con forma de media luna por un lado y se imaginó cortando una cabeza con ella. Pero el acto debía ser rápido y efectivo, magistral; necesitaba práctica para utilizar esa alabarda. Aunque le tentaba la idea de decapitarla y empalarla en el patio de su casa, el arma era muy compleja. Lo mismo pensó de la lanza griega de dos metros y medio.

Pensó inclusive en comprarse dos perros rottweilers, hacerlos pasar hambre y luego meterlos al departamento de ella para que, al entrar, los perros se le arrojaran encima y la matasen a mordidas. Pero eso no era lo suficientemente poético. Al lado de la perrera había una juguetería bastante interesante; en la vidriera estaba exhibida una réplica de la katana Hattori Hanzo de Budd, que vio hace un par de años en *Kill Bill* y quedó fascinado. Ingresó a la juguetería, la desenfundó y se miró al espejo sosteniéndola. Simplemente no iba con él, parecía uno de esos *geeks* fan de *Star Wars* jugando con el sable láser. El vendedor le preguntó si no estaba interesado en un par de sais originales, traídos directamente de Okinawa; hasta se los puso a cada lado del cinturón y le enseñó cómo utilizarlos, lanzarlos o bloquear katanas con ellos. El Viudo no quiso escuchar más, se miró al espejo y se sintió aún más ridículo, como Rafaelo de las Tortugas Ninja.

Finalmente, en una ferretería cercana se interesó por una sierra eléctrica Black&Decker, habría sido su homenaje a las películas *slashers*. Sin embargo, también habría implicado mucha sangre; y ella amaba la sangre, por lo que nuevamente contradecía a su filosofía de asesinato por venganza. Se sentó frente a la vereda desdichado, rendido ante la falta de ideas espectaculares para llevar a cabo su plan maestro. Sobre la calzada dibujó y desdibujó con el pie posibilidades que no lo satisfacían nunca, hasta que levantó la mirada y del otro lado de la calle vio algo que lo animó nuevamente, tenía frente a sus ojos el asesinato más dulce y lírico de todos.

MI SANGRE CORRE POR TUS VENAS

¿Por qué me mirás así? ¿Acaso no me esperabas? ¿O te preguntás cómo entré? Es que las puertas, querida, para mí nunca han sido obstáculos. Estoy acá porque mi sangre corre por tus venas; pero claro, eso se nota con sólo vernos, somos espejo una de la otra. Veo en tu expresión que no lo sabías, que no tenías idea de que yo existía. A decir verdad, yo también crecí con la idea de que era única, aunque en los recuerdos de mi infancia siempre me vi duplicada. Pero mi psiquiatra decía que no era más que una forma de expresión de mi subconsciente que trataba de enseñarme sobre mi propia dualidad. Resultó que no era mi imaginación, toda la vida hemos sido dos. *Ella lo supo siempre pero se adelantó a vos para quedarse con tu vida, con tu misión, para robarte todo lo que es tuyo.* Por alguna razón nos separaron y por equivocación vos tomaste mi camino. ¡Sí, mi camino! ¡Mi vida! *Arrebátaselo nuevamente, como ella te lo arrebató cuando sólo eras una niña.* ¡Vos calláte! Y vos, devolvéme mi lugar. ¿No sabés de qué hablo? No te hagas la mosquita muerta. Qué bien me salió eso: mosquita, vampira, es lo mismo. ¿Cómo? Claro, antes que nada te digo cómo te encontré, es que yo sé que estás todo el tiempo huyendo de todo el mundo, eso es porque estás interpretando un papel que no es el tuyo, ¿me explico? El saco te queda grande. En cambio, para mí las cosas son más fáciles, porque para el Señor yo soy muy especial, y él pone en mi camino todo lo que quiero. Sentate, por favor, y te cuento cómo fue. ¿Tenés un vaso de agua? Mirá que dije agua, no sangre. Sólo bromeo. *Sí, eso, hacéla entrar en confianza, que coma de tu mano.* Shh, tranquilizáte, yo sé lo que hago. No, querida, no te hablé a vos. Ahora sí; mirá, hace unos días yo no sabía nada de vos, no tenía idea de que existías; en eso, un hombre bien raro se me acercó en la calle... *No le digas dónde.* Y me pidió un autógrafo, o sea, entiendo que me pidan autógrafos, después de todo vine a este mundo nada más y nada menos que a salvarlo. Sin embargo, fue la primera vez que me sucedió algo así, y por lo general, aunque la gente me mira con cierto respeto en la calle, nunca recibí una atención tal, que llegue alguien y me pida un autógrafo. Entonces, lo lógico fue que le preguntara cómo sabía sobre mí o si no se equivocaba de persona. Entonces el hombre me dijo que claro que me conocía, que yo era la mujer vampiro del circo y que mi nombre era... ¿Cuál es tu nombre, querida? ¡Ah, Dila! Eso dijo, me dijo que yo me llamaba Dila. Por favor, ¿acaso tengo cara de Dila? No, no tenemos cara de Dila. Me sentí bastante confundida luego de aquel episodio, pensé que quizás mi psiquiatra siempre tuvo razón y yo tenía más de una personalidad, así que lo primero que creí — estúpidamente ahora que lo pienso — fue que efectivamente yo también era la mujer del circo. Hasta que encontré ese circo y te vi en tu patético acto, volando con arnés sobre payasos mientras la gente te abucheaba. Qué humillante que hayas caído tan bajo y que hayas ensuciado no sólo tu imagen, sino también la mía. Según me

contaron, hace algunos años también hiciste el ridículo en televisión y entiendo perfectamente que hayas tenido que esconderte después de ese nefasto acto en el que no te aguantaste tus instintos animales y mordiste a la conductora. No lo puedo creer, Dila, ¿en qué pensabas? ¿Tanto necesitás dinero que te prestas para cualquier cosa? ¿No tenés otro talento más que esto? ¿Cómo llamás a esto? Disfrazarte de bruja y salir a corretear payasos. «Vampira», perdón. ¡Cómo si esa palabra existiera! Fue lamentable haber presenciado eso. Lamentable verte así, y de paso verme a mí en una situación tan patética. ¿Para eso te robaste mi vida? No sabés aprovecharla, querida, tenés un montón de admiradores que harían lo que fuera por vos. Para eso el Señor me puso aquí, para que me adoraran. No para jugar con payasos. He escuchado hablar de los Caballeros Eternos... Deberían de estar buscándome a mí, no a vos. Ellos son mi ejército. *Suficiente. Decíselo de una vez. Si no acepta la harás renunciar a la fuerza.* ¿Conocés la historia de *El Príncipe y el Mendigo*? Sabés, era un libro que solía leerme mi padre..., nuestro padre. Es sobre dos chicos que se parecen mucho físicamente, sólo que uno es hijo del Rey de Inglaterra y el otro de un pobretón miserable. El príncipe está cansado de todo ese trato protocolar y quiere probar una vida normal, y el pobre, obviamente sueña con ser príncipe. Entonces un día se conocen, cada uno envidia la vida del otro y hablan así como hablamos vos y yo ahora, terminan intercambiando sus ropas y sus vidas sin que nadie lo note. Mirá, de mi vida no me quejo, es sólo que yo tengo una misión acá, y desde dónde yo estoy no la puedo cumplir. En cambio a vos te vendría de maravilla, tengo una casita linda, una vida bastante normal, nadie me persigue. Sólo hay un detalle, cometí un error hace mucho tiempo en el trabajo y en lugar de ir a la cárcel unos meses o de pagar fianza, me hicieron ver a una loquera. Como verás, la diferencia entre vos y yo es que yo puedo ser libre cuando yo lo decida, solo tengo que convencer a mi psiquiatra, pero vos no podés ser libre de quien sos. *Ya, calláte, no hay necesidad de que le vendas más la idea, mirá su cara, ya mordió el anzuelo.*

LOS QUE VAN A MORIR TE SALUDAN

A la misma hora en que El Viudo enciende la luz de su casa y hace pasar a Lixue Le Rouge, otro acontecimiento importante sucede en el único bar del pueblo que todavía conserva una rocola. Un tipo con la dentadura hacia afuera y con mucho vello facial, al que no en vano comparan con un hombre lobo, se dirige a su compañero de trago y le dice con la garganta ahogada en alcohol:

—Qué te parece, hermano, a que no te imaginás a quién me encontré esta tarde... —sonríe desastrosamente tratando de ocultar su ebriedad—. A un tipo que asegura haber visto a un zombi. Una zombi, mejor dicho. Sí, eso que escucharon... Zzzombi —dice volteando a ver a los demás borrachos del bar—. Me llamó por un *delivery* de ladrillo, estaba tan fisura que me contó que lleva casi dos semanas conquistando a esta zombi y que por fin ésta es su noche. Él había dado por muerta a una mujer, por eso dice que es una zombi.

El profesor aleja la cabeza para evadir el aliento a carne podrida paliado sólo por la combustión de sus palabras, cierra los ojos y vuelve a abrirlos en cuanto su compañero le revela algo inesperado.

—... y porrito de por medio me reveló el apellido de esa zombi: es Dubi.

Mientras tanto, El Viudo descorcha un champagne y lo sirve en dos copas delgadas con las bocas doradas. Lixue puede ver, sin querer, que las copas aún conservan la etiqueta con el precio en el pie. Se sonroja, y se enternece, pensando en que quizás ésta sea la primera cita del hombre después de lo que sea que le haya sucedido a su mujer. Lo mira dulcemente, aceptando cada una de esas torpezas que lo hacen más humano, y cuando él voltea ella rasca las etiquetas hasta arrancarlas para evitarle la vergüenza de darse cuenta que le sirvió a su invitada en una copa sin lavar.

En el bar, el tiempo pasa más rápido. El profesor limpia sus anteojos empañados mientras el hombre lobo continua:

—La esperaste estos tres últimos años, todos pensamos que si no estaba en Fango Rojo entonces estaba muerta. Y él, que no la buscaba, la encontró de casualidad. ¿Sabés dónde vive? Del otro lado del pueblo, con otro nombre y otra imagen. Todos estos años estuvo ahí, mientras vos la asechabas acá... ¡Qué irónico!

El profesor se siente mareado, sus amigos se burlan de él; les pide una moneda y dice que tiene que hacer una llamada urgente. Va hasta el teléfono junto a la barra, aprovecha la oscuridad, el bullicio y se exalta con sus palabras. Éstas dicen algo así: «Morena, soy yo. ¡Al fin podremos estar juntos! ¡Mi búsqueda ha terminado! Voy a verla ahora, pero necesito que vengas a buscarme, cuando termine con ella tendremos

que huir. Te lo explicaré después. El Universo nos ha proporcionado un regalo único. Tienes que arrancar el auto ya, tomar un avión urgente o teletransportarte, debes venir a como dé lugar a Fango Rojo. Sí, Fango Rojo. No me creerás en dónde queda. Te daré la dirección del bar en dónde nos encontraremos... ¿Tienes en qué anotar?».

El Viudo abre una alacena y la puerta de ésta cubre su rostro estratégicamente. Lixue supone por el silencio y el tiempo que lleva así que quizás esté llorando, tal vez sintiéndose culpable por traer a otra mujer a la casa. Él parece leerle la mente y dice:

—No creas que estoy llorando. Sólo estoy mirando algo y me quedé pensando —mientras habla estira los brazos introduciéndolos en el mueble, hace fuerza para sacar algo pesado. Ella pregunta si necesita ayuda. Él se apura en decir que no—. Estoy bien, gracias —agrega y atrae hacia él un par de grandes platos que lucen étnicos—. ¿Qué te parece si pedimos una *pizza*? No he preparado nada —se disculpa mientras ubica lentamente los platos en la mesa. Ella sonrío y asiente con la cabeza.

Epipoteo pide fuego mientras espera que su amigo le diga en dónde encontrar a Dila Dubi.

—Yo creo... que iba a llevarla a su casa. Ya saben... —dice levantando las cejas y haciendo un gesto obsceno con la mano—. Zombi o no, dijo que la chica está buena. ¿Cuántos años tendría que tener ahora? Según la describió, todavía parece que sigue siendo una pendeja...

—¡No mames, cabrón, deja de decir idioteces y respóndeme! —exclama Epipoteo levantándolo de la camisa. Los muchachos se sorprenden al ver que el viejo tiene tanta fuerza—. ¡Dónde vive ese hijo de la chingada! Consigue una pluma y dibújame el plano en esta servilleta, muéstrame cómo llegar...

«Porfi» se sujeta la cabeza como si ésta fuera a caérsele con el más mínimo movimiento. Trata de sostener el lápiz e intenta con mucho esfuerzo de trazar las líneas que representan calles, pero está tan mareado que no puede hacerlo. Epipoteo se impacienta y continúa gritando, toma la servilleta así como está. Pide a alguien que le dé un aventón, pero nadie puede manejar de la borrachera que traen o no tienen vehículos. Pide al menos que le den dinero para el taxi; pero un taxi hasta el otro pueblo costaría una fortuna y los borrachos sólo se ríen de él. Epipoteo golpea la mesa con rabia, va hasta la calle esperando encontrar a alguien que pueda llevarlo hasta allá. Comienza a golpear las ventanillas de los vehículos estacionados en la calle como buscando a un alma compasiva que se ofrezca a llevarlo, pero los autos están vacíos. La calle está vacía. Mira desesperadamente hacia todos lados, se asoma a los vidrios para ver si nadie dejó las llaves puestas, no tiene otra opción más que anhelar un milagro. Entonces, llega al callejón que queda junto al bar y ve entre los

contenedores de basura algo que lo estremece. Retrocede asustado, casi asqueado, tropieza y se levanta corriendo para alejarse de esa Harley Davidson que se ríe burlonamente de su desesperación, que lo acorrala como un ave carroñera que sólo ha venido para devorarse lo último que queda de él. Alguien lo ha estado vigilando. Epipoteo corre en medio de la calle de tierra roja, perdiéndose en la noche, sólo habrá de detenerse minutos más tarde al sentir que un par de faros lo iluminan desde atrás. Al que maneja ese pedazo de chatarra le pedirá que lo lleve hasta el próximo pueblo.

El Viudo la deja unos minutos sola, mientras ella se come las uñas preguntándose a dónde habrá ido; mientras tanto observa detenidamente el mobiliario del comedor, todo es tan clásico, hasta femenino, y se mantiene tan limpio. Sonríe con amor, aceptando en su corazón que eso es un hogar de verdad. Un hogar con una mujer que no está, con hijos que no están. Un hogar que, tal vez, esté esperando por ella. El Viudo regresa arrastrando un baúl que parece bastante pesado, lo coloca junto a ella y se sienta en el suelo; con la mirada le pide que haga lo mismo. Lixue se sienta también en el piso, juntos ponen sus manos en las manivelas de la tapa del baúl y tiran a la vez para abrirlo. Ella observa, sin mucha satisfacción, ni alegría, que en el interior hay fotografías, papeles, prendas femeninas y hasta juguetes de bebé. Él sonríe tristemente y ese gesto se convierte rápidamente en una expresión de profunda melancolía. Levanta un suéter rosado y lo presiona contra su rostro, aspirando el rastro de un perfume. Ella abre un álbum y observa las fotografías, señala delicadamente a la mujer que lo abraza a él frente a un pastel de cumpleaños.

—Sí, es ella. La amaba con locura. Quizá nunca se lo demostré o quizá yo no lo sabía, pero ella era todo en mi vida. Mi hijo y ella —al decir esto busca los ojos de Lixue y los penetra con dureza—... Te diré cómo murió: se lanzó de un noveno piso. Pero lo peor fue que sobrevivió sólo para quedar paralítica. A los tres meses, estábamos en casa de sus padres y, sin que nadie se diera cuenta, ella simplemente fue con su silla de ruedas hasta la piscina y se dejó caer. Logré rescatarla a tiempo, le devolví el aire a sus pulmones, y así la traje de vuelta a su miserable vida. Al día siguiente la encontré en esta misma cocina con una sonrisa en el rostro y un cuchillo atravesándole la garganta. Ese día llegué tarde, no pude hacer nada más. Vi morir tres veces a mi esposa, así que me merezco más que nadie el título de El Viudo.

Juan espera que Epipoteo se aleje lo suficiente y sale del bar, se pone el casco y sube a su moto. Él siempre tuvo la corazonada de que Dila no estaba muerta, deseaba tanto que esa corazonada no estuviera equivocada que hizo todo lo que pudo para descifrarla, decodificarla y utilizarla como mapa. No se sorprendió para nada aquel día en que antes de llegar a Fango Rojo la vio cruzar la calle vestida como una mujer

común y corriente. No estaba seguro si podía ser ella o una alucinación. Pero las alucinaciones no tienen vida propia, no bailan como diosas, no huelen a sangre caliente, no tienen la capacidad de despertar el corazón de un muerto, de guiarlo como un detector de metales directo hasta ella. Sí. Juan lleva años sabiendo que Dila está viva, viéndola una o dos veces por semana, protegiéndola invisiblemente, como siempre. Y de ese control no ha escapado el viejo profesor, que de haber sido más astuto y de haber intentado buscarla unos kilómetros más al norte, no sólo la habría encontrado sino que Juan ya lo habría descuartizado. Tal y como ahora pretende hacerlo.

El Viudo, o Vincent, como ha revelado llamarse, termina su porción de *pizza* de morcilla y mozzarella, le ofrece un poco más a Lixue pero ella tampoco puede comer más y se lo agradece sonriendo amablemente mientras intenta tragarse su último bocado. Entonces él guarda la caja en la heladera y lleva los platos al fregadero.

—La primera vez que te vi bailando sobre las tarimas del club no pude dejar de pensar en lo hermosa que te veías —dice mientras lava los platos y la escucha reírse—. No podía entender cómo una mujer tan bella podía ser a la vez un zombi.

Lixue reacciona sorprendida, pero sigue riendo, creyendo que Vincent bromea. Sin embargo, él ni siquiera sonríe; abre un cajón y saca una navaja cabriterera; empaña la hoja con su aliento y luego la frota contra su camisa hasta dejarla brillante y la coloca sobre la mesa, frente a ella. Del mismo cajón saca una pieza de papel y lo pone en la cabecera, luego va hasta una planta artificial y de la maseta quita, como un conejo de una galera, un ladrillo de marihuana prensada. Toma la navaja y corta el envoltorio, separa una pequeña porción de cannabis y la desmenuza con la punta de la navaja. Extrae semillas y ramitas; pone la parte seleccionada sobre el papel, enrolla y lame la pega. Lixue lo mira con la boca abierta, todavía sin saber qué decir.

—¿Querés? —pregunta él después de una calada, pero ella no contesta—. Sabés, la primera vez que te vi, yo traía un poco de esto encima, por eso nadie me creía que lo que yo vi era real. Pero esto a mí no me hace nada... Más bien me relaja, hasta me hace más sociable. Algunas veces, es lo único que me ayuda a continuar viviendo. El mundo sería más pacífico si todos fumaran marihuana... Por ejemplo, yo no podría estar hablándote ahora si no fuera por esto —dice, pero parece que no le habla a ella, mira hacia arriba y enciende el cigarrillo como por inercia—. No me preguntaste cómo murió mi hijo —reclama llevándose el cigarrillo a la boca y acaricia el rostro de Lixue con su navaja, ella mira el brillo de reojo y se ve reflejada en el acero, eso la dispara brevemente al pasado, por primera vez recuerda perfectamente el rostro de su padre y entiende por qué lo había olvidado. Vincent le coloca un mechón de pelo delicadamente detrás de la oreja utilizando sólo la punta de la navaja; después, con un golpe inesperado clava la única manzana verde de entre varias rojas del frutero que

está en el centro de la mesa y la coloca frente a ella, con la fuerza de una sola mano corta una rodaja y la clava en la punta para acercarla a los labios con sabor a frutilla silvestre de Lixue Le Rouge. Ella abre la boca y se acerca a la navaja, muerde la punta, la mano de él tiembla. Lixue vuelve a retirarse hacia atrás apretando la manzana entre los dientes; ahora mastica sonriendo sensual, sin apartarle los ojos de encima.

—Te gusta lo rudo. Pudiste hacerte daño... —dice él dejando la navaja sobre la mesa, retira la mirada y le pasa la fruta, ella la toma entre sus manos, juguetona, y la sigue comiendo—. Quiero contarte cómo murió mi hijo... —insiste con el porro entre los dientes y ahora sí le clava la mirada, la penetra con los ojos como si fueran estacas en el corazón—. Vos lo mataste, señorita Dubi. ¿Creíste que ibas a escapar haciéndote *stripper*? A mí nunca me has engañado —dice parándose frente a ella, cubriéndola con su sombra; se endurece su rostro, sus ojos se llenan de sangre—. ¡Fantasma! ¡Zombi! ¡Vampiro! ¡Saliste de la nada y te paraste frente a mi auto, cuando yo no podía hacer nada más! Quise desviarte, pero debí de haberte pasado por encima, fui misericordioso contigo, pero igual mataste a mi familia. El recuerdo de Cornelius volando por el aire no se borrará nunca más de mi mente. Tenía que haberme sacado la vida como mi esposa... para no sufrir más. Pero entonces, cuando ya estaba convenciéndome de que era imposible encontrarte, la casualidad o el destino me llevaron hasta ese antro en donde comprobé el lado humano de los zombis: tienen cuerpos y los cuerpos no son eternos. Y así supe que algo más me quedaba en esta vida. Vengar la muerte de mi hijo. Te gusta la sangre, y te gustaría tener un final épico y feroz para que tus seguidores te aclamen. Pero no lo vas a tener. ¿Qué se siente? ¿Qué se siente que te arrebaten la vida? Ya... Ya me lo dirás en el Infierno, porque estás comiendo una manzana envenenada.

Este día iba a llegar tarde o temprano. De lo único que Juan se arrepiente es de no haber matado al viejo cuando pudo. No fue su culpa, también él quiso creer en lo que a Dila hacía feliz; en ese engaño de vivir la vida ajena sólo para ser libre de su propia naturaleza. Hace dos años, cuando la vio bailando en el club, la reconoció perfectamente en la oscuridad aun mejor que si la hubiese visto en la luz. Sólo distinguía un cuerpo, pero el olor y los movimientos le demostraron que era Dila y no Ava Dubi. Desde entonces, protegerla desde las sombras se convirtió para él en la única razón para seguir en ese pueblo. Y en este mundo. Pudo haberle dicho alguna vez que él estaba ahí y que venía a buscarla, pudo haberle dicho que la necesitaba con locura y que no la abandonaría nunca más. Pero pasaron los días, los meses, los años y él comprendió que Dila había sido por fin aceptada en este mundo, que había elegido la paz que otorga una vida normal, en contra de su naturaleza, pero de todos modos, paz. Ella podía ahora caminar entre la gente sin que la señalaran, sin tener

que justificar sus impulsos, sus instintos, su esencia. No podía decirle que venía a buscarla, ¿a dónde habría de llevarla? De nuevo a las persecuciones, a las burlas, a los castigos, a la marginación. Y él nunca podría dejar de ser un monstruo, no tardaría en terminar en una hoguera. La realidad para él, es que los aldeanos con antorchas todavía existen, y él no quería arrastrar a Dila a esa hoguera. Igual quiso decirle, proponerle, preguntarle; tomó coraje hace unos días y resolvió que ella debía decidir. Y justo entonces apareció El Viudo, y vio en Dila esa mirada que nunca le produjo él. Una mirada profunda, llena de amor, donde vivían los hijos que él nunca tendría, la casa que él nunca compraría, la vejez que nunca viviría. Día tras día aprendió a renunciar un poco y otro poco a ese amor que no le correspondía, a esa felicidad que siempre le fue negada sólo por ser él mismo y por rehusarse a ser otro.

El profesor Epipoteo Hernández derriba la puerta de una patada y se mete a la casa de Vincent. El silencio no lo alienta a seguir, por un momento piensa que posiblemente se equivocó de casa, pero huele mota y sigue el aroma hasta la cocina; desde la puerta se detiene a mirar a Vincent que fuma apaciblemente contemplando a una mujer pelirroja con la cabeza recostada sobre la mesa. Inmediatamente la reconoce; es Dila Dubi.

—No te quedes ahí, pasa amigo —dice Vinny sin voltear a verlo.

—¿Qué hiciste, pendejo? —pregunta el profesor con un nudo en la garganta, extendiendo la mano derecha hacia ella mientras se acerca lentamente—. ¿Cuánto tiempo lleva así? Si tenemos suerte su sangre todavía podría servirnos —murmura mientras busca algo en sus bolsillos.

Vincent no habla, su mirada sombría lee lo que el intruso busca, toma la navaja por la hoja y se la pasa a Epipoteo; él la agarra y se dirige hacia Dila, separa una silla y se sienta a su lado, gime como si llorara, pero se resiste a soltar las lágrimas.

—Maldito bruto. Ella era la oportunidad que tenía la Humanidad de ser salvada —dice mientras toma un brazo de la mujer y le hace un corte en la muñeca—. Ella no te ha hecho nada; al contrario, hombre, ella podía darte larga vida.

—La vida es una emboscada. Para mí que del infierno nadie se salva.

Epipoteo lame la sangre de la muñeca del cadáver.

—Ella no le hizo daño a nadie... —repitió en un susurro ahogado.

—No hables sin saberlo, viejo. Ella es la razón por la que mi hijo y mi esposa están muertos. ¿Para qué quiero vida larga sin ellos?

—¿Por qué dices que ella mató a tu hijo, imbécil?

—Yo la vi.

—Pues, seguramente viste a su hermana, pinche pendejo. Esta chica nunca ha hecho daño a nadie.

—¿Hermana?

Epipoteo se levanta aferrando la navaja con fuerza y toma a Vincent de los pelos, como si fuera a arrancarle el cuero cabelludo y pone la hoja de acero contra su garganta:

—¿Acaso te equivocaste méndigo idiota?

—Ya mátame, viejo, qué más da... —dice y apaga su cigarrillo contra la mesa como si apagara su propia vida.

El profesor realiza un corte rápido, profundo y preciso, y la sangre salpica los cristales de sus gafas. Se los quita y los limpia con su camisa.

—¡Epipoteo! —grita Morena Iglesias ingresando al último bar con rocola del pueblo. Al principio nadie la escucha, pero ella camina hasta el centro y rompe una botella contra la mesa para captar la atención—. ¿Alguien conoce al profesor Epipoteo Hernández?

El cantinero enciende el resto de las luces para que todos vean con claridad a la hermosa dama de disimulada edad, que con rostro angustiado suplica ayuda. Los amigos de Epipoteo la miran, pero por alguna razón hacen la vista gorda. El cantinero se compadece de ella y le dice:

—Aquellos tipos raros lo conocen.

Cuando los mira, antes de que haga otro escándalo, el sujeto de características licantrópicas se levanta y se acerca a ella:

—Madame, ¿ha venido en taxi? Porque necesitaré uno para ir a buscarlo...

El profesor le ha sacado los zapatos a Dila y está de cuclillas ante sus pies azules, torciéndolos como un par de trapos para escurrirles la sangre rosa en una palangana. Juan ve la psicodélica escena apenas ingresa a la casa:

—¡Detente ahora! —exige con un movimiento veloz que consiste en llevar sus cuchillos desde la cintura hasta encima de su cabeza.

—Es que no entiendes... ¡Ésta es nuestra última oportunidad para hacerle la exsanguinación!

—Aléjate de ella —dice mostrando los dientes.

—¡Aléjate tú! —ordena Epipoteo alzando la navaja bañada en sangre, con el pelo alborotado, los ojos saltones; totalmente fuera de sí—. No esperé tanto tiempo como para irme ahora con las manos vacías. —Extiende el brazo con la navaja en punta y a pasos grandes, casi a saltos se dirige al rival.

Juan lanza ambos cuchillos a la vez y se los clava en los pectorales, el profesor cae al suelo. Juancito aprovecha para mirar a Dila y la ve desplegada como una muñeca de trapo en una silla, con espuma en la boca, los ojos hundiéndose como aceitunas negras en dos copas vacías, sus pies sumergidos en sangre; y ese vestido

estampado de ama de casa de los cincuenta que encubre a la vampira *table dancer* que había en ella. Se le hace un nudo en la garganta y siente esa maldita presión en el pecho y dolor detrás de los ojos. Epipoteo grita al sacar los cuchillos de su carne, eso hace que Juan recuerde que está en medio de una pelea, va a buscarlo y se agacha para levantarlo; pero el profesor con toda la fuerza de su pies lo patea en las tibias y lo tira al suelo, se para frente a él y lo espera arriba con el filo de los cuchillos hacia abajo. El Chupacabras se levanta y Epipoteo le incrusta el acero en los hombros; pero esas hombreras de acero que le acaba de colocar parecen hacerlo más fuerte. El profesor se arrastra hasta la palangana con sangre y junta las manos para llevarse a la boca algunos tragos antes de que Juan lo tome del cuello con ganas y lo siente a la fuerza en una silla rústica de madera.

Juan desata de su cintura una tira de cuero de res y enlaza a Epipoteo a la silla.

—¡Desátame, imbécil!

—Nunca. Cometiste un error al matarla. Un error que no te voy a perdonar.

—¿Pero es que no entiendes, hermano? —pregunta relajando los músculos faciales, también su voz se suaviza—. Hace años arrastro la sospecha de que la muerta de la carretera era Ava y que Dila seguía viva en algún lugar... La he buscado sin cansancio y hasta he vivido en su pueblo sólo para esperarla, merezco quedarme con su legado. Yo no la maté.

—¿La mató el cadáver degollado que está en la cabecera de la mesa?

—¿No me crees? Yo sólo quiero su sangre. Ella es la Redentora de la Humanidad, en su sangre trae la salvación. Ella sobrevivió a todo aquello para darnos vida eterna a los elegidos...

—¡Shit! —dice Juancito para sí mismo, los cuchillos en los hombros no lo incomodan, se acerca a Epipoteo y lo mira desde arriba casi con compasión—. Estás más loco que una cabra, pana, así que lo único que te mereces es morir como una.

Lo rodea y se posiciona atrás del tembloroso profesor, dobla las rodillas, le pone una mano en la frente y la otra sobre el hombro, inclina su cabeza y le clava sus largos colmillos en el cuello. Comienza a succionar la sangre sin sacarle la vista de encima a Dila, mientras el cuerpo de ella va cambiando de color frente a sus ojos.

Juan deja a Epipoteo cuando siente que ya no queda nada más. Camina desolado hasta Dila, la carga en sus brazos y la aprieta contra su pecho, la besa en la frente. Por fin se suelta y se permite llorar en silencio, tan sólo emitiendo un ruido como de olas que se alejan de la orilla, como de hojas que se secan y se arrugan, se pregunta quién va a ser ella en su próxima vida, si la va a encontrar o si ya no habrá nada y una bala traspasa su cerebro, huyendo como su vida, dejándole un agujero en la frente, cae de rodillas antes de desplomarse sobre Dila.

La doctora Morena Iglesias baja el arma humeante y va hasta Epipoteo, mientras lo desata le pide que luche por su vida, aunque ya sabe que está muerto. Se sienta en

la mesa, le da un vistazo a Vinny y saca de entre los dedos del cadáver medio porro, lo enciende y vuelve la mirada a los cuerpos enredados de Juan y Dila.

—Todo esto es tu culpa, perra —le dice señalando el sangriento entorno—. La manzana podrida pudrió al resto —toma la fruta mordida que estaba sobre la mesa y la muerde con soberbia como pavoneando su vida frente a aquellos ojos muertos—. No eras inmortal después de todo —sonríe amargamente y luego de una bocanada de marihuana le da otra mordida a la manzana—. Después de todo, nadie lo es —finaliza y da una mordida aún mayor.

Baja la mirada a la manzana, hay algo que no le queda claro. Da otra pitada, prueba otro bocado y sólo para descifrar el sabor de la fruta da otra mordida más. Se lleva una mano a la garganta, acerca el vástago de la manzana frente a sus ojos y lo descubre. Es esa nada que cuelga de sus manos, ese pequeño y humilde esqueleto, quien tiene la última palabra, y sus pupilas se dilatan mientras comprende que su destino no es diferente al de los demás.



MÓNICA BUSTOS. Nació el 16 de marzo de 1984 en Asunción, Paraguay. Como toda pisciana, ella cree en la magia. Tiene una antena receptora detrás de la cabeza con el que capta las voces de los que no existen. Su novela *Chico Bizarro y las moscas* fue galardonada con el Premio Augusto Roa Bastos de Novela en el 2010, cuando ella tenía 26 años. Pero todo había empezado muchos años antes, posiblemente a los nueve años cuando escribía cuentos de hadas con finales trágicos. Escribía para ella sola, empezó a leer todo tipo de libros de cuentos y novelas y se animó a explorar nuevas formas de narración. Obtuvo premios y menciones por sus cuentos, aún así sentía estar muy lejos de poder llamarse a sí misma escritora. Publicó la novela «León muerto» a los 18 años y el libro de relatos «Complejo de Bustos» a los 19. Le dijeron muchas veces así no se escribe, pero siguió haciéndolo. En el 2010 participó del Programa de residencias Artísticas del FONCA CONACULTA en México, de esa experiencia aprendió de creativos artistas de todas partes de Iberoamérica. En el 2012 Alfaguara Serie Roja publica su novela *El club de los que nunca duermen*, la escribió porque quería leerla. En general, no tiene pretensiones estilísticas, simplemente hace lo que siente, como Bart Simpson. Tal vez, si ella hubiera sido hombre y nacido en otro país ya habrías oído hablar sobre lo que escribe. Lo lindo es que si estás leyendo esto es porque, al final, eso no importa.